JORGE RESTREPO URIBE
BIBLIOTECA

$48.00

Luis A:

Si Ud. recuerda un libro que de jovencito le ofrecí yo, conserve éste que me obsequió un amigo tan noble como Ud.

Dbre 6 - 9 - 28

Dr. [illegible] Uribe

LIBRERIA
"LA ANTICUARIA"
Ayacucho No. 47-46 Tel.:
45-40-21 Medellín

LUIS LOPEZ DE MESA

# LA TRAGEDIA DE NILSE

JORGE RESTREPO URIBE
BIBLIOTECA

EDITORIAL CROMOS
BOGOTA = 1928

L
C863
L864N
B28
Ej.2

FUE tan suave, tan benévola y discretamente alejada de toda exaltación verbal la confidencia que me hizo de su tragedia interior, que más me parecía estar escuchando una vaga reminiscencia juvenil que aquella inusitada serie de renunciaciones heroicas.

¿Me engaña este hombre?—pensaba yo—¿Habrá estallado en él alguna de esas perturbaciones mentales que nos conducen a la fabulación de dramas exóticos? Y le miraba con la escudriñadora serenidad que la medicina y la psiquiatría, muy principalmente, nos hacen adquirir.

Sentados en el costado occidental del amplio corredor de su palacio, que tal era su casa de habitación en aquella ciudad legendaria que dejó de vivir hace un siglo y hoy parece dormida en el pasado, blanca y silenciosa bajo el implacable fuego de su sol tropical, gozábamos en este instante del juego caprichoso de la luna, que al pasar por el tupido follaje florecido de las enredaderas dibujaba tapices

extraños en el suelo, en nuestras sillas mecedoras de ligero mimbre y sobre el mantel de lino blanco que cubría la mesita redonda en que estaban nuestros refrescos. Y aquel hombre de palidez marfileña, cuya cabellera blanca se levantaba aún con cierto vigor apolíneo de una frente serena y firme, no parecía mentir, no parecía poder mentir.

—¿Con que usted nos ha engañado.... —Al pronunciar yo esta palabra tan inconveniente, vi que sus ojos se cerraron un poco y, corrigiéndola con premura, añadí:—¿con que nos hemos equivocado al tomarle a usted por Belisario?

—No enmiende usted, porque es justo lo que ha dicho: los he engañado, mas sin engaño moral pecaminoso. Mi nombre, el nombre de mi segunda personalidad, es una composición imaginativa en que entra el recuerdo de la ficción legendaria de aquel general bizantino que en el ocaso de su vida divagaba por el mundo, ciego y pobre, al solo amparo de una hija fiel. Fue mi propósito inicial el vivir entre la selva, como un eremita de otros tiempos; mas hallé esta ciudad que perdió, cual me ocurre a mí, el impulso de su vida y yace aletargada a la vera de la civilización, envuelta en el misterioso hálito de otros siglos, y la adopté por patria mía desde el primer instante, impresionado, es verdad, y grandemente intrigado por la rara similitud de nuestra suerte: ¿no dejó ella acaso el sendero amplio y libre a la nueva capital que prospera y es feliz, orgullosa y joven, del otro lado de esa abrupta cordillera que tenemos al frente? Y no sólo motivos espirituales me detuvieron aquí, pues ya usted sabe cómo es fácil y apacible la vida en donde este palacio no vale sino cinco mil dólares con los hermosos patios que usted ve y ese huerto que hace la mayor gloria de mi vivir actual. Cuando en las noches, después de comida, salgo por esas calles silenciosas, cuyas casas de portones heráldicos y ventanas andaluzas de reja de hierro, parecen limitar el vacío más bien que ocuparlo y destruírlo, mi sombra proyectada sobre la acera de anchas baldosas resonantes de ladrillo rojo es mi sola compañía, y si no fuese por el susurro de las palmeras que el viento agita o el eco del rosario que voces apagadas entonan en la penumbra de los viejos salones, otro tiempo señoriales y fastuosos, creería recorrer una de esas mágicas ciudades que la leyenda de otros siglos suponía existiesen en el fondo del mar o en las entrañas de la tierra, color de nácar o alabastro, y dormidas en su augusta majestad de encantamiento. Cuántas veces al desembocar en una plazuela que

más parece el atrio del templo vecino que generalmente le da su nombre, y que empedrada de menudos guijarros deja crecer la yerba por falta de transeúntes, oigo alguna campanada del reloj que tiembla sonoramente en el espacio mudo, y miro hacia adelante la calle blanca que se prolonga bajo el reflejo opalino de la luna sin hallar término a su eterna soledad, y siento que ella, la abandonada urbe, y yo, su hijo adoptivo, somos un sér, y que yo—¿me perdona usted esta pequeña vanidad imaginaria?—y que yo soy como su alma desligada y errante.

***

En cierta ocasión un amigo mío me refería cómo estando en las dilatadas llanuras del Meta aguardaba, en una de esas mañanas luminosas de las pampas tropicales, la salida del sol, mas, creyendo mirar hacia el oriente, tal es ahí la engañosa claridad del horizonte, fue sorprendido de espaldas por la luz, con tan extraordinario desconcierto entre la expectativa de su previsión y la realidad de los sentidos que cayó a tierra con un vértigo inexplicable. Y recuerdo también, que muchas veces yo, al salir de las vías subterráneas de los trenes urbanos de las grandes ciudades europeas hacia calles vagamente conocidas, comoquiera que mi sentido de orientación es negativo, me de-



cía, es ésta mi dirección, mas tomaba la opuesta, seguro de acertar siempre contrariando mis previsiones, y entonces, por los primeros pasos, experimentaba con frecuencia un ligero malestar vertiginoso al marchar en la contraria dirección de mi orientación psíquica. Algo así me ocurría en aquella hora en que mi amigo me trastornaba por completo la noción de su personalidad que yo había formado y me hacía construír, con angustiosa instantaneidad otras nociones, tan diferentes, que en parte llegaban a la oposición con las primeras.

Nuestra amistad era antigua ya y para ambos muy grata siempre. Yo visitaba la ciudad de Antioquia de cuando en vez, y en ella le había hallado en su oficio de farmaceuta, un si es no es inclinado al ejercicio de la medicina, como en aquella profesión suele ocurrir por resultado de una larga experiencia y similitud de finalidad con esta otra. Y yo lo envalentonaba a hacerlo, sorprendido de hallar en sus consejos, como él llamaba las prescripciones que frecuentemente hacía, una rara capacidad que atribuí a sus grandes conocimientos de biología y a las extensas lecturas de su envidiable erudición. Mas, en este instante, acababa de decirme que él era un médico graduado en prestigiosas universidades, que había estudiado en los mejores centros científicos de

Europa y de América y practicado un tiempo ampliamente. Y los pormenores que me daba de profesores extranjeros y de hospitales, de teorías y problemas que conciernen a la intimidad de nuestra profesión no me permitían ya un momento de vacilaciones.

Mas, ¿cómo fue aquello?

La preocupación se resuelve en parte en cierta agitación motora, como cuando nos paseamos, encendemos un cigarrillo, miramos vagamente en torno nuestro, buscando en el vacío el centro de gravedad intelectual que se nos escapa. De ahí que instintivamente yo tomase de la mesa la alcarraza de tierra porosa y fresca en que nos habían servido un jugo delicioso de naranjas para calmar un poco el enorme calor que hacía, y que después de saborearlo lentamente, encendiese un cigarrillo.

—¿Insiste en no fumar?—le pregunté, indicándole con un vago gesto mi cigarrillera abierta.

—No puede ser—me replicó con ligera melancolía.

«No puede ser», me repetí yo interiormente, sin entender por qué no podía ser, y extrañando la solemnidad de esa lacónica respuesta, mas sin detenerme a analizarla, absorbido despóticamente por la preocupación fundamental de nuestra rara situación.



De cuando en vez una leve ráfaga de brisa agitaba las hojas de los dos altos cocoteros del patio e inundaba el ambiente con el concentrado perfume de azahares de la India, de miosotis y geranios trepadores que adornaban algunas éras del jardín, o movía un poco los tallos de la bellísima que, como una cortina de hojas y de flores, filtraba la luz hacia aquel lado del corredor. Y con esa peculiar manera de todo trabajo intelectual que por instantes se disipa para dar descanso a la mente, llevando la atención a hechos remotos de ninguna importancia a veces, yo me entretenía con el leve murmullo del agua de la fuente o con los inquietos arabescos que la luz formaba en nuestro rededor al proyectar la sombra movediza de los próximos ramajes. Mas todo transcurría en fracciones de minuto, de manera que sin dar de mí la impresión de un espíritu trastornado por la curiosidad y el desconcierto de tantas nociones adquiridas antes, dije muy queda y suavemente a mi amigo:

—¿Qué rompió su vida?

Y cuando le hice esta pregunta, que él aguardaba para dar comienzo a su narración, por mi cabeza habían cruzado ya media docena de explicaciones extravagantes, pareciéndome por un momento que alguno de esos ineludibles fracasos de nuestra profesión o un error fatal

en el ejercicio de ella lo habían obligado a renunciarla, sin detenerme mucho en esta consideración, pues estaba en desacuerdo con la ecuanimidad de este hombre que habría sabido corregir cualquier daño inocentemente cometido con media docena de sacrificios adecuados a una amplia reparación; pensé en una de esas imbéciles situaciones de la vida que nos obligan a veces a darla o a quitarla por razones que con el correr de los días se desvanecen como niebla fugaz, dejándonos invalidados para siempre; tal vez un desliz pasional de aquellos que se suceden con la presteza del relámpago y no se pueden enmendar ni con el propio sacrificio del bienestar o de la vida, y que van por decenios peregrinando al lado de nuestra alma como fantasmas de una tragedia inexorable; quizá un mal interno, una de esas enfermedades que rompen el decurso tranquilo de la existencia sin poderla nosotros confesar o por pudor de su origen o por convicción de su marcha indetenible, como ocurre con frecuencia a los médicos de cierta categoría, que son mártires ignotos de una dignidad irrenunciable; en fin, acaso una idea obsesionante, una de esas ocultas paranoias de discreta evolución...

Todo pasaba por mi espíritu con la rapidez de una llovizna fugaz, mientras él cambiaba



de posición en su asiento para dar comienzo a su relato.

***

—Al cumplir cuarenta años el balance de mi vida me era favorable y, excepción hecha de aquellas nimias preocupaciones que constituyen el hacerse y deshacerse de las ondas, considerada nuestra existencia como la lenta marcha de un río, o esas fugaces pesadumbres que nuestra natural preocupación contempla como catástrofes durante una semana o quince días, la fortuna fue mi amiga gentil, un si es no es reforzada a veces con la labor tenaz y alguna prudente audacia.

Sólo el amor no había hallado en mi destino un cauce sereno y perdurable. Lo valué muy alto, quizás, y de ahí el que considerase hasta entonces como ensayos suyos o emociones meramente aproximadas los sentimientos que pude hacer perdurables dentro de una mediocridad discreta. Mas, no me juzgue mal usted, que si en ello había una gran porción de vanidad juvenil, también la conciencia indeclinable de un sentimiento estético, contrariado por lo que hace al cuerpo o al espíritu de la mujer, paralizó la necesaria efusión de mi rendición absoluta. Y algo que es un deplorable inconveniente en estas materias cuan-

do las consideramos como una necesidad que se impone, como una misión que se cumple, la atracción de un tipo ideal, que sin ser precisamente perfecto de facciones o dotado de una inteligencia superior, es, sin embargo, una norma exigente de nuestro instinto amoroso. Hay «un menos» en las mujeres que se alejan de ese tipo ideal que casi no lo percibimos cuando estamos cerca de ellas disfrutando de aquellos otros de sus encantos que nos las hicieron atractivas y aun amables a su manera, pero que en la saciedad de las pasiones o en el alejamiento de su natural prestigio derrumba toda la fábrica de nuestros sentimientos. En otras ocasiones, el tipo de la mujer aproximado a nuestro ideal aparece, más ya ligada a otro hombre por un pasado de insolubles realizaciones que la desposee de aquel lustre de poesía y, diga lo que quiera el siglo XX, la embellece a nuestros ojos con un fulgor extraño, que una vez percibido no se olvida nunca ni se logra nunca reemplazar satisfactoriamente.

—Vamos, amigo, se aleja usted de la medicina un poco, ¿verdad?

—Nada tiene qué ver la anatomía con mi pensamiento, nada tiene qué hacer con él, tampoco, la fisiología. Ellas son las sirvientas de un mundo inferior. Harto mal me han hecho



en el curso cotidiano de mis emociones. Si le dijese que...

—¿También a usted?...

—Vamos, sea ello otro secreto más entre los dos.

Sentí que este hombre me dominaba con un dón de rapidísimas intuiciones, y que yo, días antes superior a él, según me parecía, tenía ahora que enfrentarme a su inteligencia con toda la disciplina de mi espíritu, más una prudente selección de mis recursos dialécticos. Lo miré en silencio para que continuase, sin añadir nada más.

—Vivía dentro del amor fortuito, tratando un poco de ennoblecerlo ante mis ojos. Consciente también de la gentileza innata de la mujer en estas materias, y de la poquedad de recursos y motivos que yo tenía para que me amasen, puedo decir a usted que hasta entonces fue mi conducta la mediocre expresión de un espíritu normalmente culto y a veces gentil en la realización de todos los sacrificios necesarios.

A medida que avanzaba en su discurso comprendí que le era difícil concretar el pensamiento, y que tendía al comentario para eludir por unos instantes más el motivo fundamental de su confidencia.—Es verdad—le dije entonces, para sacarlo de aquella penosa ela-

boración—que nada sabemos de nuestro espíritu hasta la hora suprema de las catástrofes. ¿Cómo llegó usted a esta suya, si es que catástrofe ha habido?...

Sus ojos se aquietaron un instante en una mirada imperceptiva hacia el suelo y, con un tic suyo peculiar de reflexión, se mordió lentamente el labio inferior, como cuando tratamos de desprender de él una partícula de tabaco. Luégo colocó los codos sobre la mesa y me miró, diciendo:

—Si usted recuerda el Club Interaliado de París, en el Faubourg Saint Honoré, sabrá que tiene un amplio jardín o parque más bien, donde se almuerza gratamente en los días calurosos del estío. Ahí nos encontramos por la primera vez. Es bella, me decía nuestro compañero de mesa, grande amigo de mis mejores años, mientras que, alternando el diálogo, murmuraba a su oído: ahí tiene usted quien la hará feliz. En realidad yo estaba sorprendido, no de su belleza, ni de su gracia o su cultura, sino de una campanada interior que me advertía una revolución espiritual. Esa mujer me pareció ya vista en alguna parte, siéndolo sólo en la intimidad de mis ensueños. Y cuando me di cuenta de esta verdad, se apoderó de mí una ligera inquietud: era demasiado tarde su aparición en mi vida. Ya los cabellos sobre mis sienes



comenzaban a blanquear con demasiada prisa, en tanto que ella entraba al mundo con el paso triunfal de la primavera. ¿Recuerda usted? Aquella marcha airosa que inmortalizó Botticelli. Mas no tenía los cabellos rubios de Simonetta. Eran sus ojos de española, negros e imperativos, cuya natural fiereza dominaba, a sabiendas, con una sonrisa de envidiable frescura, ingenua y hábil a la vez. Esta sonrisa me indicó que su conciencia de mujer estaba ya formada, y que delante de mí tenía una fuerza igual, si no superior, a la de mi espíritu.

—Mas, ¿cómo es posible, usted se rindió al primer instante como un rapazuelo colegial?

—No, no tan absolutamente: en verdad quise reaccionar analizando sus defectos para amortiguar el sortilegio de su influencia incipiente. Y los tenía. Cuatro pude entrever en el discreto examen que me permitió la conversación. Mas, hé aquí que esos cuatro defectos físicos los borraba como con una esponja mágica cada movimiento que hacía. Era de una estética prodigiosa su gesticulación, y sabía, sobre todo, dar actitudes de una insuperable atención inteligente a su fisonomía, en lo cual le ayudaban sus ojos y una exquisita reserva natural de su espíritu, tal vez demasiado concentrada y, así me lo pareció en ese instante, egoísta quizá.

—¿Coqueta?

—No. Y esto me afligió grandemente. No se manifestó coqueta conmigo, y digo conmigo solamente, porque nuestro compañero se mostraba intermediario nada más, y, por otra parte, era una amistad antigua de su casa, hombre de hogar y despreocupado por el momento de toda intriga amorosa. Espíritu sagaz, pero que amaba la sana alegría y el chiste, nos colocaba en pequeñas dificultades que ella vencía con una habilidad sorprendente, y en las cuales me complacía yo para estudiarla un poco, eso sí consciente del peligro que entrañaba para el futuro la reacción de esquivez que pudieran suscitar en su temperamento imperativo e insugestionable.

—Iba usted muy aprisa, pues ya pensaba en el futuro.

—Es verdad que no es esa la palabra justa para ser aplicada a aquel estado de ánimo en que me encontraba entonces. Porque en mí no había una precisión de pensamiento, sino un vago estado de tendencia, y mejor que al futuro, debiera aludir a una indefinible posibilidad. Lo cierto es que al final ya de nuestro almuerzo, me di cuenta exacta de que había hablado con mucho fervor, signo en mí de que me interesa grandemente el que me escucha, pues de otra manera mi elocución es



más bien lenta y difícil, hasta llegar casi a la inhibición mental delante de quienes aprecio poco en relación con mis ideas o sentimientos. Estaba, pues, enamorado. Y con una nueva actitud, en franca rebeldía ya con mis sentimientos, miré en todas direcciónes, como estudiando el conjunto del parque, que hasta entonces no había contemplado, y que ciertamente aparecía digno de alabanza en este instante, lleno de mesas cubiertas con manteles blancos bajo la sombra de quitasoles de encendido color, hasta el límite de los árboles que dan a la avenida de los Campos Elíseos. En la próxima estaban otros convidados, y más distante aún, los padres de ella, en plática festiva que animaba sus semblantes. Desde otra de las mesas me indicó una amiga con un guiño de ojos que todos aguardaban una posible intriga amorosa. Y esto mismo me era francamente agradable, a pesar de mi voluntad ya formada de eludir aquella fascinación incipiente. Y sin embargo, cuando nos levantamos de la mesa escruté sus ojos con avidez, y pude darme cuenta de que su iris aterciopelado permanecía quieto y mudo, a pesar de la sonrisa cortés de sus labios encendidos por la alegría y el borgoña.

—Espero que usted no tomaría como valor absoluto el gesto inicial de una mujer corte-

jada por primera vez en tales condiciones.

—No tomé como valor absoluto el gesto mudo de sus ojos, mas sí la actitud varonil de su mirada, que cuando una mujer esconde solamente situaciones espirituales es siempre femenina, sumisa ya en la fiereza de su arrogancia, pero el silencio de unos ojos altivos es la expresión inconfundible de una plena libertad de conciencia en la mujer. El silencio de unos ojos.... usted no sabe cómo nos desarma y aniquila. La odié vagamente, y al odiarla, comprendí que me vencía dos veces, porque me vencía sin quererme vencer. Es decir, que me humillaba. Y mi amor sin cauce, el orgullo de mi personalidad, el orgullo de mi obra, mis cuarenta años y las canas de mis sienes me crearon un conflicto espiritual, en el cual perdí un poco el equilibrio de mi personalidad y tuve, probablemente, una actitud infantil, una vacilación de voluntad que la mujer no perdona sino dentro de la maternidad o del amor ya triunfante y confirmado. —Me será grato verla de nuevo—le dije, y se lo dije con emoción y sin querer decírselo. Con qué naturalidad me dio las gracias y con qué feminidad me aceptó la oferta, dejando en el aire la posibilidad de su cumplimiento.

—¿Al menos en la conversación la habría usted dominado intelectualmente?



—No, mil veces no. Me había vencido en cortesanía, y por lo que hace a lo intelectual, opuso a mis disertaciones, muy cordial y gentil, breves frases en que se mostraba al corriente de mis ideas y me las hacía aparecer como moneda gastada, sin brillo, sin personalidad. Y si por desgracia, perdidos ya los estribos de mi criterio, me atrevía a la paradoja, en una loca ansiedad de desconcertar el suyo, me desorientaba con una sola palabra, como cuando decimos fantástico, curioso, sutil, en la cual se conserva toda la exquisitez de una refinada cultura, sin abandonar una reserva mental recóndita. Y yo sentía que era más grande que ella, que mi disciplina ideológica la dominaría al fin, mas, como un ejército en mala posición, me veía vencer sin poder desplegar todas mis fuerzas.

—Diga usted, pues esto me desconcierta extraordinariamente, ¿en ese instante se daba usted cuenta de todas estas lucubraciones que me está contando?

—No. Las preveía como una vaga intuición, al modo de esa conciencia esfumada que da la embriaguez de los licores. Además, usted lo sabe, sólo la simpatía hace brotar de nuestro espíritu una verdadera creación, sobre todo en arte, y el amor es el arte supremo de la vida social. Dicen que unos cuantos grados

más de temperatura, dentro de los límites óptimos que convienen a la vida, digamos cuando se pasa de una atmósfera de quince a veinticinco grados del centígrado, la energía del sér crece en un tercio. Tal así, el amor es una temperatura favorable al triunfo.

***

—Los recursos íntimos de la vanidad personal son inagotables, y por mi parte, muy pronto me consolé de ese leve fracaso que ante el público pareció un triunfo que abandonaba. ¿Cómo es que usted no la sigue? me decían; mujer más simpática no hallará fácilmente, ni una oportunidad tan propicia para casarse: es lástima que usted sea así. Y yo gozaba de aquella explicación ajena, sin enmendarla en lo más mínimo. La había dejado partir sin avanzar un paso más hacia ella, previendo íntimamente de que sería inoportuno, festinado al menos y, ¿por qué no decirlo? me ofendía la previsión de un rechazo, aun considerándolo natural y justo. Pues ¿qué sabía ella de mí, fuera de unos cuantos elogios dichos en voz baja por un amigo común? Y bien claramente veía yo que ni mi presencia ni mis discursos la habían afectado, que su ambición era más alta y que mi porvenir la desviaba



grandemente de sus rutas normales. Tenía de la mujer moderna el gesto altivo y el espíritu amplio, mas de su educación y de su raza conservaba una noción solemne del matrimonio, como yo, también, por otra parte, con la diferencia de que si para mí ella representaba el ideal, yo no sería para sus sueños sino una mediocre realización. Y podía muy bien pensarlo con sus maravillosos veintidós años, una educación refinada y un cuerpo modelado para el triunfo.

Mas, oiga usted: a pesar del enérgico rechazo que yo hacía de seguir adelante, había en mí una elaboración inconsciente que me era deleitosa en las sugestiones que a veces me revelaba, como por ejemplo, la asociación de su nombre a mi apellido: Nilse me decía, hay que confesar que es bello...

—¿Y se llamaba realmente así?

—¡Oh, no! Mas nunca quiso su verdadero nombre, porque éste es el mío, me dijo alguna vez, y basta. Tenía razón: bastaba. Me era grato también el evocarla al lado mío, pareciéndome que su personalidad contribuiría a engrandecer mi obra, que entonces preparaba con fervor; y la veía como madre a veces, de una maravillosa dignidad, sin que nunca se mezclasen en mis divagaciones temas persistntes que las deslustraran, en lo cual com-

prendí yo estar hondamente impresionado por su espíritu.

Y esta misma subconsciencia fue guiando mis pasos. Su presencia en Roma me hizo, hoy lo puedo comprender claramente, precipitar un viaje a Italia que tenía vagamente proyectado entonces. Habitaba ella en la vía Merulana, y yo me alojé en un hotel de Santa María La Maggiore, bueno es verdad, mas no lujoso, como que en mis planes entraba el no apartarme un punto de la sinceridad, eludiendo toda ostentación que pudiera hacerme aparecer mejor de lo que por mí mismo fuese, es decir, un grande orgullo disfrazado en el fondo. Porque, sin habérmelo dicho, yo iba por ella, y todo lo hacía en una instintiva proyección hacia su personalidad. Viera usted con el afán con que telefoné a su casa desde el primer instante en que pude hacerlo, y la grande alegría que me causó el saber que esa misma noche podía ir a saludarla. Su voz por el teléfono me parecía como una voz nueva de la naturaleza, de un timbre sugestivo y raro, en lo cual su acento español contribuía a deleitarme, indudablemente.

—Diga usted aprisa cómo pasó aquello.

—Como todo en las grandes expectativas, con una decepcionante lentitud. Salió ella primero a recibirme, y me pareció inconsciente



de mis sentimientos o, al menos, lo supo disimular muy bien. Ningún cambio de emoción en su fisonomía, que en ese instante afeaba con un exceso de color hacia la parte alta de los pómulos y las sienes, lo cual le alargaba las mejillas desgraciadamente.

Fui presentado a su familia, y pude pensar que al menos esa noche estuve algo más feliz en mi conversación, en gran manera animada y festiva. Mas ni un instante hallé para refugiar discretamente una confidencia. Salí contento, pero vacilante en mis combinaciones para llegar a una solución inteligente. Porque una mujer a quien ya interesamos es hábil en hallar la ocasión de recibir una declaración amorosa, mas, si la esquiva, el mundo es estrecho y el tiempo inasequible por toda una eternidad. Regresé pronto en busca suya, y entonces confidencias familiares, anécdotas sociales, fueron el tema insustancial de mi visita. Sólo que esta vez, entre los retratos de parientes y de amigos, pude ver uno que me perturbó de instinto, sin saber yo mismo por qué. Era un joven diplomático, amigo de la casa, al decir de una de las tías presentes, pero del cual no dijo palabra alguna ella, sino es que con cuidado, lo colocó en sitio de notoria preferencia. Lo miré sin odio, aunque comprendí que me superaba en mucho, sin

contar con su carrera, de tánta atracción para una mujer joven.

Tenía que salir de aquella situación ambigua en que me asfixiaba un vago sentimiento de ridiculez, al menos de incapacidad o irresolución. Invité para un concierto del Augusteo, que me pareció podía entusiasmarlas, a ella y a sus tías, y en efecto, me aceptaron. Desgraciado concierto que, como tal, no me dejó ocasión ninguna de iniciar una frase íntima. Sin darme por vencido, combiné el ir al Supercinema de la Vía Agostino Depretis, felizmente próximo de nuestras respectivas moradas. Nada más cómodo que aquel amplísimo salón y aquella película cinematográfica que no exigía silencio, para una confesión plena. Sólo que la cortesía me impidió el combinar los asientos y hube de hacer los honores de la noche a la señora de mayor edad.

¡Ah!, recuerdo con toda precisión aquella noche. En la pantalla iban apareciendo lentamente las escenas mudas de una excursión al continente africano. Y al contemplar los desiertos y los bosques, las fieras libres y las miserables criaturas humanas que se agrupaban al rededor de sus chozas primitivas, gesticulantes e inquietas; al ver el curso de los grandes ríos ecuatoriales y el oleaje del lago Chad, y el vaivén de las gráciles palmeras de los oasis,



todo en silencio, como un universo que ocultase a mi alma el significado de sus acciones, yo pensaba en ella, tan cerca de mí y tan distante también; y veía sus ojos y sus labios guardar el mismo angustioso silencio de aquellas dilatadas extensiones, serme, en fin, tan enigmáticos como el alma de esos pueblos remotos, como la vida de aquellas selvas y desiertos que desfilaban mudamente en la pantalla.

Al despedirnos aquella noche en la puerta de su casa, ni sus labios, ni sus ojos, ni sus manos tuvieron expresión definida, y tan esfinge fue para mí, como la que tallaron en roca los antiguos Faraones, al borde de ese mismo desierto que acabábamos de contemplar.

Me quedaba el supremo recurso de un paseo, y lo afronté con plausible audacia. Pasar el domingo en alguna aldea histórica de los alrededores, o recorrer la Vía Apia, ir al Monte Sacro... Aceptado en un principio todo, nada se pudo realizar por indiscutibles inconvenientes personales o temporales.

En tanto, yo comprendía que ella se tornaba más esquiva o reservada. Mi viaje debía terminar también. Entonces jugué la carta suprema, la única que estaba a mis alcances, en verdad. La valoré a ella por lo alto y reté a la suerte. En plena sala, delante de todas sus

tías, y eran tres, tomé un retrato suyo, que bello era ciertamente, y mirándola de frente, después de contemplarlo con devota atención, le dije, si tuviese cinco años menos de edad, haría hasta lo imposible por casarme con usted.

Era esta una fórmula vaga y brusca a la vez. Lanzaba por delante el inconveniente máximo para sustentar mi honradez, para llegar a ella con una lealtad indeclinable. Y era mi puerta de escape, también: una excusa para salvar mi orgullo y llevarlo a más alto nivel, flotando solo, caso de una negativa que yo considera-ba inminente.

—Pero, hombre de Dios, no diluya usted tanto su discurso y diga qué le contestó.

—Se inmutó ligeramente, pero me replicó con una evasiva. Usted, me dijo, está viendo en mí más méritos de los que realmente tengo. Su espíritu volvió a cerrarse. Mi misión estaba terminada por entonces, y regresé a París.

***

—No me mire usted con esa piedad. Comprendo que me conducía con una incomprensión infantil. Mi razón me decía que la lucha estaba terminada en mi contra. Mas, en otras ocasiones, el triunfo se había hecho esperar también, y una confianza loca en las virtudes



que yo admiraba en mí, me cegó grandemente. Adivinaba que para ella el paso de unir sus destinos a mi vida era demasiado grave para ser resuelto en primera o segunda instancia. El miedo de perderla por un exceso de pundonor, la noción que a los cuarenta años tenemos de que las derrotas amorosas que sufrimos dejan siempre en la mujer que nos las impone cruelmente una gratitud reconciliadora, el ejemplo de tántas indiferencias aparentes y de tantas otras reales que luégo se tornan en sincera pasión perdurable y efusiva, eran disculpas que mi vehemente anhelo daba como lenitivo a mi dignidad. Pero algo más sustancial ocurrió, que iluminó mi fe y encendió todas mis esperanzas. De paso nuevamente sus padres en París, me hicieron saber su llegada y me aceptaron, con notoria complacencia, una invitación a comer. Fueron felices para mí aquellas tres horas de conversación íntima, de una cordialidad francamente familiar. Tenemos cartas de la casa, en que nos cuentan de las buenas horas que han pasado en compañía de usted, y estamos de ello muy contentos. Era la ocasión deliciosa, e hice el elogio de Nilse con una convicción profunda; les referí mis vacilaciones y la dificultad en que me había hallado para hacer una declaración normal. Yo no podía ni puedo aspirar franca-

mente a su mano, por creer que no la merezco. De ella nada sabemos, me dijeron, mas le ofrecemos a usted que muy pronto conocerá su voluntad. Aquello era una puerta abierta a amplísimos horizontes, y al día siguiente le escribí relatándole nuestra conversación para darle oportunidad de que expusiera su pensamiento.

Y aguardé con impaciencia el paso lento de los días. Con una gran vacilación, sin embargo, porque, por mal de mis culpas, como dicen los místicos, en la confidencia de mi vida que hice en aquella conversación, extremé un poco mi actitud de sinceridad y de honradez, presentándome como de mediocre holgura económica y minorándome un poco a los ojos de mis presuntos suegros. Era la misma idea mía fundamental de hacerme querer por mi persona, para luégo exaltar ese afecto con el adorno de mis triunfos. Yo jugaba con una táctica de clímax, de futura exaltación, temeroso de mis fuerzas ya y previsivo. También el ambiente de la comida se hizo extraordinariamente efusivo y casi embriagador. Los comedores del Fouquet bellamente iluminados, aquellos amplios salones amoblados con bancos y sillas tapizados de moqueta de seda vegetal color de canario, que les da un tono de alegre frescura, cual si estuviesen acabados de estrenar, la



música y el vino, el recuerdo de una mujer amada y la amable sonrisa de mis huéspedes, todo me hizo perder el instinto de la diplomacia y de las calladas sutilezas del corazón humano. No lo sé; mas me pareció entonces, y me parece aún, que al día siguiente al despedirme de ellos en el tren, mi suegro estaba un poco dubitativo y recogía velas con una máxima discreción. Esto va mal, me dije al salir de la Gare Quai D'Orsay y hundirme en un «taxi» en vía de mi casa.

Y estaba no sólo mal, sino perdido. Varios días más tarde recibí cortas esquelas de cortesía en que para nada se hablaba de nuestra romántica comida ni de amor.

***

—En otro momento de mi vida aquel episodio hubiese sido un incidente y nada más. Tal vez me hubiese burlado de él con mis amigos y, reemplazándolo con efusiones transitorias de vanidad masculina, o arrojando sus protagonistas a la corriente normal de la vida, lo nivelara en mi ánimo con los hechos naturales y sacara a flote mi yo por unos años más. Sin embargo, declinaba la perspectiva de mis triunfos, y en torno mío la vida me hacía una mueca de reproche irónico. De mi generación

era yo casi el único ya que flotaba aún en la indecisión de sus destinos, por lo que respecta a un amor, a un hogar y a un hijo, estas tres supremas exigencias de nuestro ambiente social y del instinto. Mi personalidad misma estaba sedienta de expresarse dentro de las normas sociales que la equilibraran y le permitieran desplegar su contenido de ternura, de fuerza creadora y de experiencia acumulada en el decurso de una existencia intensamente vivida. Tenía fe en mí, y odiaba el fracaso, sobre todo el fracaso de disolverme en una prolongada inercia moral. En torno mío brillaba con facetas envidiables la felicidad de centenares de seres que en mi orgullo yo consideraba inferiores a mí, y una sorda rebeldía interior me empujaba a la audacia de la lucha sin plan, alocada y ciega.

¿Lo que hice? Veía dentro de mí la sonrisa de mi suegro, de una aparente ingenuidad con no sé qué de refinamiento suspicaz en el fondo, que su escritura confirmaba de un modo alarmante; y veía la reserva de Nilse enfrentárseme como una enemistad, como un desafío, como un gesto que me valoraba por menos en la vida, e hice de estas dos actitudes el enemigo fundamental de mi espíritu. La lucha me atrajo con el ofuscamiento que siempre produce, con esa «obnubilación» de la con-



ciencia que en los combates convierte en autómatas de una acción, a veces imposible, a los soldados y hace de su personalidad tendencia irreflexiva y nada más, como si el instinto, la razón, los sentimientos, se apagasen para dar lugar a una tensión suprema en que la voluntad centra el yo en un objetivo y se lanza a él, decidida y ciega, como una flecha que tiembla en el espacio. El estado moral de los héroes cuando se arrojan al peligro en un gesto airado de sacrificio supremo, acción epileptoide de cuyas etapas después tienen apenas un recuerdo vago. Porque, créame usted, lo heroico es frecuente en la vida cotidiana, aunque su grandeza es sólo apreciable cuando ha sido empleado noblemente.

Y en esta nueva conciencia de mi sér entraban los recursos engañosos que nos aporta la asociación mental inconsciente para aplacar nuestros escrúpulos, reminiscencia de situaciones remotamente semejantes, en que había triunfado, según a mí me parecía entonces. Cuántas mujeres me habían hecho sufrir crueles instantes de decepción, de amargura y de despecho, que más tarde fueron mi triunfo sobre su espíritu, porque luégo de amarme, aquel recuerdo las torturaba infinitamente, y tanto más cuanto más gentil fuese yo en no recriminarlas. Recordaba cómo había aguardado en

vano, en una noche de invierno, en el frío andén de una estación del Metropolitano, la mujer que amaba y que en ese instante bailaba con otro alegremente. Y cómo, después, sumisa a la caricia de mis labios y feliz con la ternura de mi amor, temblaba un poco al pasar por ella y me decía deliciosos embustes, que yo aceptaba con dulzura, se apoyaba contra mí, y con los ojos húmedos de lágrimas me pedía que la besase largamente. Y aquella otra, mujer privilegiada, que perdió una noche la conciencia de su espíritu y de mi espíritu, raro en ella, de suyo tan vigilante y precavida, que estando en un teatro, cerca de nosotros el hombre que hacía penoso nuestro amor por un pasado que a ella la ligaba para siempre, lo miró con la ternura de otro tiempo, expresada en mirada inconfundible, mientras me creyó a mí desprevenido. Locura de un instante, deseo humano de retener un amor, reminiscencia quizá de antiguas efusiones, vanidad, audacia instintiva del espíritu femenino, que se venga de nosotros adivinándonos siempre y escondiéndose muchas veces. Recuerdo la lucha infinita entre mi dolor y mi orgullo, los subterfugios de mi criterio para perdonarla, porque en verdad la amaba locamente, y la cobardía final de mi claudicación, que pagué viendo al otro lado al suyo siempre que ella me miraba de aquella misma manera. Sólo que ella sufría a veces más que yo, porque no podía idealizar su fidelidad, darle ese sabor de eternidad que la mujer anhela siempre en sus amores. Con qué dolor pasaba su nombre por sus labios cuando le era forzoso nombrarlo delante demí, y cuánto le dolía el dolor que adivinaba escondido en mi silencio. Y como éstas, tantas otras que me hicieron pagar con amargura el esquivo sí de sus caricias. Era un cuadro de experiencia interior que me auguraba el triunfo, sin reflexionar que la experiencia de la vida tiene datos inciertos que la hacen mudable y engañosa.



—Todo ello está muy bien, pero no olvide que me trae nervioso el desenlace de su historia.

—¡Ah, sí! Al avanzar los años nos hacemos difusos en el relato, reminiscentes y prolijos. Por enmendarme un poco abreviaré los pormenores, que en realidad no hacen falta. Porque usted comprende, el único camino que me quedaba para luchar: la intriga con amigos que me calificasen altamente delante de ella y de todos sus parientes, el deslumbramiento momentáneo de una vida de deporte y de lujo, el automóvil, las flores en profusión, los paseos, los banquetes; una embriaguez postiza, en una palabra. en que ella confundiera las emociones agradables de la vida exterior con la

influencia de mi personalidad, me confundiese un poco a mí con su vanidad natural de mujer y el grato recuerdo de unos cuantos días de fiesta. Yo no era suficientemente rico para prolongar aquello mucho tiempo, mas sí podía dar esa ilusión sin arruinarme. Y lo hice, odiándome por la falsedad de mi actitud, y un poco odiándola a ella, por reflejo, también. Había cegado, y no veía en el mundo nada más alto que su personalidad. Había cegado igualmente de miedo que la vida me negase para siempre aquellas efusiones de suprema dulzura que adivinaba o creía adivinar en el hogar de tantos otros. ¿Por qué yo sólo había de envejecer y de morir en el vacío de una vida solitaria? Empero mi egoísmo no fue tan absoluto que dejase de pensar en la felicidad de ella con angustiosa duda, y me propusiese íntimamente superar todos sus anhelos, con aquella persuasión infantil que tenemos de nuestras fuerzas cuando sólo las contemplamos interiormente. Dudaba sin embargo, porque en mi noviazgo me era imposible llegar a aquella deleitosa confianza de dos seres que se hacen infantiles en el recuento de sus vidas anteriores o de los menudos pormenores del día, gratas pequeñeces que exalta la efusión de estar juntos, de mirarse, de hablar por hablar, de hacerse presente el uno al otro. No podíamos desligarnos



de cierta mesura en el trato, de cierto razonamiento en el comentario de las cosas, como si necesitásemos de llenar con el cerebro lo que faltaba en el corazón. Lo sentía yo así, y ni por un momento vacilaba, ciego en la confianza de mis fuerzas y en el azar venturoso que hasta entonces me había favorecido.

***

Mi amigo se quedó pensando un instante, cual si contemplase algo en los arbustos del jardín. Luégo, volviendo a mí los ojos lentamente, añadió: No me culpe usted, era tan bella y tan armoniosa toda su personalidad.

En fin. Al día siguiente de nuestro matrimonio, mi gran triunfo se me convirtió en penosa inquietud. Toda la experiencia del pasado, que me había servido para hábiles combinaciones, se revolvió contra mis planes de conquista. La seguridad de mi nueva situación me devolvió una serenidad implacable de criterio. Pude ver, como a la luz meridiana, que es más fácil conquistar un derecho que un amor. En la intimidad de las caricias, faltaba precisamente aquello que me había llevado a buscarlas con tan ahincado anhelo, la efusión desfallecida de una donación perfecta. El delicioso temor del misterio que la virgen apaga en nuestros brazos, cerrando los ojos en una embria-

guez de ternura y de fe, en un concepto engrandecido de nuestras fuerzas que nos hace sentir varones en la plenitud de una superioridad protectora, faltó a nuestras caricias, y en medio de mi turbación, pude darme cuenta, sin embargo, de que en su angustia entraba un elemento de insatisfacción, una restricción desconfiada de sus sentidos, que le venía del alma, y que, a pesar de la inteligente vigilancia de todos sus gestos y palabras, era perceptible. Y aquella hora indescriptiblemente bella en que la mujer alcanza la suprema magnitud de su personalidad, cuando ha cesado nuestra caricia y se revuelve a nosotros, estrechándonos en sus brazos y escondiendo en nuestro pecho su cabecita confusa en un movimiento de gratitud y de pudor, y esa mirada que nos da, como envolviéndonos en una ternura de madre, quizá la recóndita iniciación de sus instintos maternales, mas confundidos aún en una timidez de virgen, y aquel despertar de su espíritu que estalla de pronto en un torrente de palabras, de confidencias inefablemente ingenuas, uno como desahogo de todas sus reservas anteriores, como un desquite de su imaginación aprisionada en la continencia que la educación social imprime en la mujer, yo no los vi en ella, sino como tímido tanteo voluntario, expresión de su cultura y natural inteligencia.



Tenía, sin embargo, el tiempo delante de mí, y me formé el propósito sensato de luchar aún con todas las fuerzas de mi espíritu. La ternura, me dije, y la constante gentileza, me darán el triunfo. Contaba, también, con esas efusiones íntimas de la maternidad que en la unión conyugal hacen de los dos una conciencia única en proyección hacia el futuro sér que ha de resumirlas en alguna manera y hacerlas perdurar. Y de ello tuve una prolongada ilusión, que, en verdad, confirmaron poco a poco los deliciosos proyectos de inefable romanticismo que se tejen al rededor del hijo que se anuncia. Sólo que aun entonces una vaga nostalgia indefinible vagaba a veces en sus ojos: yo no encontraba en ella la maravillosa exaltación de ternura que la presencia del hijo refleja sobre el padre, aquel deseo de que el padre acaricie en la madre, confusa sustitución de personalidad, el fruto de su amor, sino que hallaba, más bien, una concentración de sus pensamientos en su hijo en formación, como suyo y nada más; uno como egoísmo de su maternidad, como cuando decía, mi hijo, y no tu hijo, cual es normal en la mujer enamorada.

—¿Tenía acaso el corazón seco como una esponja asoleada?

—¡Oh, no! Me quería noblemente. Cuántas

veces, con motivo de cualquier trastorno pasajero de mi salud, la vi, afanada y triste, prodigarme cuidados de una exquisita delicadeza y velar al lado mío como la mejor de las esposas, como una novia enamorada aún, hasta hacerme pensar que había ya obtenido un triunfo completo. Empero, aun entonces, si desviaba yo su ternura hacia el amor, si trataba de convertir sus cuidados maternales en efusión conyugal, surgía la implacable reserva de nuestra vida, o estallaba muy poco después.

Lo apreciaba sobre todo en la manera como le interesaba mi trabajo. Hay en la mujer que ama, al menos cuando es inteligente, pero siempre en alguna manera en todas las circunstancias, un deseo de compenetrarse con la obra de su hombre, que puede llegar, en la labor literaria, a estar celosa de las heroínas que no la representan, y en todas, al menos, a entenderla y acariciarla como a un hijo propio, mientras que en otras condiciones afectivas la contemplan como nosotros vigilamos el esfuerzo personal de un hermano o de un amigo. Así, ella seguía mis trabajos con interés meramente intelectual al principio. Sólo después de que se inició su maternidad cambió un tanto la manera de observarme, mas no por lo que fuese en sí la obra con relación a la expresión y representación de mi espíritu, sino en cuanto ésta preparaba un futuro, en cuanto pudiera tener una relación con su hijo.



Tal así, también, su curiosidad se despertó grandemente al rededor de mi pasado y de mi familia, cosas que antes le interesaban sólo de muy vaga manera, más social que personal e íntima. Esta falta de la intimidad era notoria en aquellas pequeñeces del hogar, como las que se refieren al vestido: no hay mujer enamorada, por rica y aristocrática que sea su posición, que no guste de revolver un poco y escudriñar nuestras prendas de vestir, de acomodarles un botón o hacer un pequeño escándalo al rededor de una desgarradura de la camisa. El peso de mil generaciones de madres las llevan a descomponer y recomponer nuestros armarios, con el alegre impulso con que una avecilla hace sus nidos. Y es delicioso oírles el relato de todos los desperfectos que hallaron, de las largas horas que han debido fatigarse para obtener el orden apetecido, y los ojos sumisos con que nos miran, como interrogando: ¿No es verdad que he ganado muchas, muchas caricias? Supremas dulzuras del hogar, por pequeñas que parezcan, yo no las tuve, aunque en él, justo es decirlo, reinase siempre el orden más estricto y esmerado. Un orden que emanaba de ella, pero que era realizado por tercera persona, un orden frío, de almacén.

El mismo fenómeno se percibía en lo que dice relación a su persona moral. Cuando regresaba de la calle, no traía entre su saquito de mano la flor o la almendra que al tomar el té, por ejemplo, se recoge en recuerdo del ausente, ni me relataba sus íntimas emociones al rededor de lo que había visto u oído, sino que analizaba las cosas en sí, exteriormente, recatando la ingenuidad encantadora de la interpretación íntima, a veces infantil, que da el relieve delicioso a las conversaciones femeninas, lo que hace que ellas tengan tanto qué decir al rededor de un hecho trivial, que nosotros relatamos en dos palabras, sin colorido ni musicalidad, sin efusión emotiva, impersonales y frías como los muebles de una casa de alquiler. Y sin embargo, cuánta pulcritud había en sus maneras, y cómo eran atinados sus juicios. Con cuánto orgullo la veía sentarse a la mesa, pareciéndome que iluminaba el comedor con su presencia y hacía marchar el servicio como una maga de la precisión y el buen gusto. Y aquella su manera de llegarse a mi cuarto de estudio, siempre cuidada en el arreglo de su persona, darme la ilusión de convivir con mi espíritu informándose de cada detalle de mis labores y vigilando con suave inquisición, casi imperceptible, el estado de mi ánimo, mi salud y aun la marcha íntima de



mis pensamientos. Por tal manera, que muchas veces al verla salir, yo me decía, no me ama aún, pero es perfecta. Y rara penetración intuitiva de mujer: en ocasiones, al volver a mirarme antes de alejarse de mi puerta, me sorprendía mirándola a mi vez, y me interrogaba con un doble parpadeo fulminante que tenían sus ojos en instantes de inquietud ¿qué te pasa? Y como yo le respondiese con dulzura, que te quiero, mujer, sonreía gentilmente y se alejaba agitando la mano con aquel gesto anglosajón que parece decir, no te burles de mí o quíta allá, hombre de Dios.

* *

A esta palabra mi amigo se levantó visiblemente agitado y ahogó su emoción dando unos cuantos pasos. Un grave silencio nos oprimió por el momento, haciendo perceptible el ruido del agua y el movimiento de las hojas en el jardín. Lentas pisadas de transeúnte llegaron de la calle en ese instante hasta mi oído. La luna, más alta ya, no iluminaba el corredor. En la penumbra de la noche una vaga emoción del pasado se apoderó de nuestro ambiente. Toda palabra se moría en mis labios, sin atreverme a interrumpir el dolor de ese hombre que se paseaba en las sombras, delante

del panorama interior de una vida lejana, en que naufragó su espíritu.

Luégo, con un acento en el cual no se percibía ya nada de su perturbación emotiva, continuó:

—Durante el segundo año de nuestro matrimonio, fuimos a pasar una corta temporada al borde del mar para que ella se repusiera un poco de la debilidad en que había quedado después del nacimiento de nuestra hija, y en parte muy principal, también, por aquella gratitud que en esas circunstancias nos mueve a dar a nuestra esposa una como compensación de los sufrimientos de la maternidad. No que ella lo quisiese, pues se había desarrollado en su espíritu un sentimiento de economía y de previsión del futuro. Escogimos a Deauville, por mirar un poco dentro del gran mundo de esa playa cosmopolita y saciar nuestra curiosidad, un poco infantil, de aquella atmósfera de refinamiento y de derroche.

Ahí comenzó la parte más difícil de mi vida, pues tuve que trastornar todos mis hábitos y darme a deportes en que no estaba preparado, con un desequilibrio grave de toda mi personalidad, porque veía con precisión dolorosa que hacía un papel forzado y hasta ridículo, sin lograr mi propósito, de ser grato a mi esposa, que no podía menos de compa-



rar la exquisita elegancia de las verdaderas gentes de mundo, deportistas ágiles, hombres de club, danzarines expertos y chispeantes narradores de anécdotas divertidas. En el baño sin saber nadar, en el tennis, disparando la bola a ciegas en direcciones azorosas, en el salón, arrastrando los pies en danzas de un ritmo que no entendía. Ella me perdonaba y aun me envalentonaba, porque adivinaba que mi esfuerzo era un sacrificio hecho por su amor; mas no podía menos de alejarse de mí en compañía de otros que la hiciesen brillar más elegantemente a la vista del gran mundo internacional en que nos hallábamos.

Ahí conocí al joven diplomático cuyo retrato viera en Roma. Hombre elegante y de deliciosa conversación, vino a vernos varias veces, las más de ellas en compañía de un amigo suyo, de menor edad aún y español también, que estudiaba pintura en París. Prácticamente ellos se apoderaron de mi mujer, sin que yo pudiese oponer una sola palabra de reproche a su actitud, siempre de impecable corrección, mas desolado en el fondo de mi espíritu por adivinar la penosa comparación que ella pudiera establecer entre sus maneras y recursos sociales y los míos de hombre de estudio, poco hábil en tales materias de indiscutible necesidad social y de exquisita amenidad y brillantez.

Era aquel un mundo en que parecía vivir la humanidad una vida postiza, como dentro de una representación teatral o de un paréntesis de embriaguez. Bello por momentos, sin embargo. Recuerdo una comida de gala en el Casino de los Embajadores. Llegamos temprano, quizá los primeros fuimos ella y yo en comprar los billetes de admisión y franquear la escalinata que da acceso a los jardines del casino, frente al mar, iluminado todavía por un bello sol de la tarde, mar sin rumores, cuyas olas venían quedamente a morir en la blanquecina arena de la extensa playa semicircular que va a perderse en la desembocadura del Sena y en la costa lejana en que el Havre tiende su puerto. En el gran salón que sirve de vestíbulo, nos paseámos un largo espacio, mientras llegaban mis nuevos amigos, a cuya gentileza debíamos la invitación. El salón de baile y las salas de juego estaban aún casi desiertas, y cuando entrámos, ya todos reunidos al amplio comedor, nos parecía estar en ridículo por nuestra premura en sentarnos a la mesa, en tánta soledad, y pedimos un poco de espera antes de ordenar el servicio.

Fue entonces para mis ojos una visión inolvidable, que permanecí como embelesado ante el azul de las grandes vidrieras que dan al mar. Vidrios de una transparencia azul tan ní-



tida, tan diáfana, yo no conocía, y mirándolos divagaba mi mente, sin asir bien la realidad, como perezosa de engranar en las percepciones del mundo sensible y medio alocada en giros vagarosos de ensueño, como los estados de estupefacción y abulia que suele causar el opio. Con el lento amortiguarse del crepúsculo, aquel azul se hacía más intenso, más evocador de misteriosas emociones, leve pulsación de vidas vividas quién sabe cuándo en la serie de nuestros antepasados, inescrutable y, con todo, sugerente de inefable poesía, casi casi de mística elación. De pronto me di cuenta exacta del fenómeno, que no era otro que el reflejo límpido del mar azul con un poco de oro crepuscular.

Ella y mis amigos conversaban entretanto, entretenidos en el reconocimiento de las gentes elegantes, que poco a poco iban llenando el comedor, cubierto de mesitas profusamente decoradas de rosas y claveles y de cristalería rutilante. En el centro quedaba un amplio espacio para danzar en los intervalos de la comida, ocasión propicia para comentar las personas, sus actitudes y sus trajes. Una de ellas detuvo la atención de mis compañeros. Era una de esas indefinibles damas del gran mundo cosmopolita, inglesa, americana, austriaca o rusa, ¿quién podría adivinarlo? Delgada y esbel-

ta, de fina tez juvenil y ojos pálidos, fríos, acerados, de impavidez imperturbable, como si mirasen hacia adentro de su yo impersonal. Vestía de azul pálido y eran sus joyas de zafiros tan valiosas, con ser discreto su número, que traía alelado a todo el concurso femenino de la sala.

—Es la Sirte, dijo uno de mis amigos: la mujer que mejor viste en París.

—No me gusta, añadió mi esposa, mas sin poder apartar de ella los ojos avizores, inquisitivos, que la medían y pesaban palmo a palmo

Y aquella mujer bailaba con una absoluta posesión del ritmo, escuchando distraídamente la plática sutil de su galán ¿novio, amigo, extraño, o todo aquello a la vez? Bailaba como arrobada en la danza, grises los ojos, tenue rictus de benevolencia en la boca delgada de impecable dentadura, echado atrás el cuello frágil de blancura tentadora.

—Baila divinamente, dijo uno de nosotros.

—No me gusta, insistió en decir mi esposa, en tanto que, sin darse cuenta de ello, imitaba un raro gesto de cabeza de la Sirte.

—Tiene aderezos especiales para cada traje que usa, añadió el amigo: esmeraldas para el verde, diamantes y ónices para el negro, rubíes... su collar de perlas es celebrado en todos los salones del gran mundo.



Horas más tarde, cuando estábamos en el salón de baile, y yo miraba el juego de las mesas vecinas mientras mi esposa danzaba un poco, fui invitado por uno de mis amigos a pasar al Normandy por algo que había olvidado. Al entrar al hotel, bajaban por la escalera principal la Sirte y su galán. El bajó la cabeza, ligeramente turbado, como todo hombre que ya no necesita de abusar de la audacia, mientras que ella nos miró fríamente, secamente, inescrutablemente, como si mirase hacia adentro, a su raro yo impersonal.

Al regresar a nuestro domicilio, mi esposa me interrogó discretamente—¿te gustaría el amor de la Sirte?

—No, le respondí, con plena convicción.

—Y, díme, insistió—¿gustará ella mucho a los hombres?

—Mucho, repliqué, extrañamente sorprendido de verle repetir el raro gesto de la Sirte, despectivo, provocativo e inciertamente amable a la vez, un leve gesto de cabeza que se alzaba hacia arriba para girar a la derecha, como si cruzase con rasgo enérgico el trazo de una t.

Eran deliciosas nuestras mañanas. A orillas del mar, después del baño, bajo el toldo alquilado que me protegía del sol, leía los periódicos de París, o contemplaba los grupos

de bañistas, cuerpos de tan hermoso dibujo, que me dejaban perplejo; alegría desbordante entre las ondas verdes de aquel suave mar, discreta lujuria de los ojos de centenares de seres que se miraban con escondido anhelo la ceñida desnudez de sus formas juveniles, y al rededor de la cuerda protectora que avanzaba mar adentro, o en los lejanos trampolines a donde llegaban los nadadores más hábiles, rutilaban los gorros de caucho y las sonrisas, los desnudos brazos y los torsos de esplendente vida. Entornando los ojos me parecía asistir a una asamblea de sirenas en los dominios encantados de Circe. Y superaba a la ilusión mitológica aquella realidad, en veces: porque había una rubiecita que iniciaba su pubertad con formas que envidiara la Venus Calipigia, que tomaba lecciones de natación, y era, cuando abrazaba la onda esquiva, entre sonreída y azorada, de violeta los ojos y blancos de nieve torso y muslos, la hija preferida del mar, princesa legendaria de algún misterioso reino del Septentrión.

***

Un penoso estado de celos estalló en mí, represado enérgicamente, es verdad, pero, por lo tanto, más angustioso aún y depresivo. Con instintiva venganza trataba de vencer a mi primitivo rival en el curso de nuestras conversaciones, y hasta me aventuraba a contrariar sus opiniones más sensatas y oportunas, sintiendo dentro de mí que ello me minoraba ante mis mismos ojos, por la notoria injusticia de mi actitud. El, en tanto, parecía tomarme sin rencor, como seguro de su fuerza y, antes bien, extremaba su delicadeza, hasta darme siempre la preferencia en todo y tratar de hacerme grata su compañía. La actitud de mi esposa era como de un gran desconcierto espiritual, pues parecía rehuírlo un poco, y aún tenía frases equívocas en que se adivinaba que sufría con su presencia. Ninguna duda me quedaba ya de que él la había cortejado antes, siendo imposible de esconder las reminiscencias del pasado, en que aparecía una cierta efusión de gratos recuerdos para él y francamente molestos para ella. Todo pasaba como si en ella se hubiese desarrollado un vago rencor por el pasado y una inexplicable repulsión por él.

A pesar de mi grande experiencia en estas materias, yo no podía darme cuenta exacta de lo que estaba pasando en esas dos almas y, en mi duda, lo calificaba de máxima sutileza femenina, refinadamente hipócrita. Cuando en la sala de baile los veía girar en el torbellino de las parejas, danzantes afortunados de impecable ritmo, que hacían a veces detener las

miradas del público ante la flexible silueta de sus cuerpos enlazados en la realización de un tango cadencioso, yo sentía apretárseme el corazón. ¿Qué estarán diciéndose? El sonreía siempre, feliz de su elegancia, mientras que ella se me figuraba más seria y preocupada que de costumbre. Y al sentarse cerca de mí, parecía como descansar moralmente de un grave peso. Tanto ella como yo, preferíamos hablar con el joven pintor, cuya ignorancia deliciosa de todo lo que se puede saber estaba compensada con un espíritu de ingenua alegría y de anécdotas de la vida de «bulevar» que nos aliviaban siempre de nuestras ocultas preocupaciones, y que me dispensaban de hablar en momentos en que no hubiera podido hacerlo, por tener la mente en blanco ante estos seres que no la agitaban con ningún interés, antes bien la inhibían con la percepción precisa de que mi rival contemplaba a mi mujer de una desembarazada manera, como diciéndole: compare entre los dos.

¿Fue esta comparación lo que la irritaba a ella? No hay misterio eleusino comparable en dificultad de interpretación al de un espíritu que se cierra a nuestra simpatía, que nos aparta de sus rutas sentimentales. Aquella mujer, mi mujer, se hacía una esfinge para mí. ¿Lo era para él acaso? No rechazaba ninguna in-



vitación, y gustosamente las correspondía a su vez, deleitándose, al parecer, en ellas, sin dejar, sin embargo, su misteriosa actitud de repugnancia ante él. Parecía odiarlo, y yo me decía, este es el conflicto moral que precede al estallido de una pasión: aquí la esposa y la mujer están luchando, y es mi deber el ayudarla a defenderse. Prácticamente habíamos llegado a vivir los cuatro casi siempre juntos, sin que yo pudiese disolver aquel comunismo de vida que me traía enfermo y como confuso y maniatado. ¡Dios mío! me dije, ahora va a ser la catástrofe cuando yo insinúe esta separación; ahora su pasión, largo tiempo reprimida, quizá angustiosamente reprimida, va a estallar como un ciclón.

Esto meditaba una mañana, a la hora del desayuno, cuando, con gran sorpresa mía, ella me dijo con reposada decisión: quisiera que regresásemos a París, ¿me haces el favor?

***

Se me esperan días de silenciosa lucha, pensé: tendré que pagar con mi pobre cabeza la derrota que ella ha impuesto a su corazón. Esto era de una psicología tan elemental, que yo, dado a tales estudios, no lo dudé por un instante. ¡Para lo que nos sirve la psicología en estos casos! Nuestras horas de regreso fue-

ron quizá las más felices de mi vida, y los días que a ellas sucedieron cuentan como un claro sol en ese mi vivir penumbroso de aquellos años. Nilse irradiaba una alegría inesperada, parecía un canto de juventud. Compró trajes de exquisito gusto, uno de ellos nunca lo podré olvidar, de suave terciopelo color de vino tinto, que aprisionaba un poco su talle antes de lanzarse en tablas o anchos pliegues que venían a terminar en forma de campana sobre sus altas pantorrillas de vigorosa esbeltez. Cuando, vestida con él, y hundido hasta las cejas de ébano torneado su sombrerito de fieltro, me miraba altiva y sonriente, como desafiando mi admiración, eres, le decía, semejante a la aurora, con algo de la noche aún en tus ojos y cabellos y la suave luz de tus manos y tu rostro. Y riendo, se alejaba como una princesa oriental por esas calles de París, que ella conocía cual si fuesen los corredores de su propio domicilio.

¿Era aquello mi retardada luna de miel? Lo parecía y no lo parecía. Todo estaba bien. Mas al llegar las horas de la noche, en que el hogar tórnase capilla sagrada de las almas que se quieren dentro de un mismo culto de amor, ella se quejaba casi siempre de fatiga, de haber caminado con exceso, de haber jugado demasiado al tennis, de haber conversado largamente con sus amigas, o de un ligero malestar de jaqueca, en fin, de algo que requería el reposo solitario de su alcoba. Y no sé por qué, también notaba una nueva conducta con nuestra hija, que por momentos la tomaba en brazos y parecía enloquecerse de efusión, besarla y amasarla como si fuese a asfixiarla entre sus manos convulsas de ternura, y luégo se olvidaba de ella, o me decía: esta mujer me quita mucho tiempo, yo me voy a descansar lejos, lejos. Y se marchaba sin mirarla casi.



Otras veces se acercaba en puntillas hacia mí, por observar lo que hacía o, después de hablarme del tiempo, de la mucha lluvia o del mucho sol, me preguntaba, jugando un poco con los papeles de mi escritorio: ¿estás contento hoy? Y escrudiñando en mis ojos vagamente, se alejaba luégo, diciéndome en són de despedida, ¡trabája, hombre!

***

Un día de aquéllos, me dijo, a la hora del almuerzo:—¿Sabes que he encontrado a Balle en el tennis, y que me ha prometido venir a tomar el té con nosotros? Se me había olvidado decírtelo. Me preguntó mucho por ti, y me dijo cosas muy agradables de tu talento y de lo muy simpático que le eras. ¿Verdad que estarás aquí para recibirlo?

Balle era nuestro amigo pintor de Deauville, quien efectivamente se presentó en nuestra casa, trayendo como obsequio a mi señora un bello cuadrito dé paisaje, cuidadosamente enmarcado. Como siempre, fue él quien sostuvo la conversación con un acopio de exquisitas anécdotas sociales y de comentarios al rededor de la vida de sus condiscípulos, que nos hicieron muy grata su visita. Mi mujer nos servía el té con la gracia envidiable de sus maneras, realzada esta ocasión por el color encendido que daba a su rostro la grande alegría que parecía animarla en ese instante. Vestía traje negro con adornos blancos que disipaban en alguna manera la severidad del color, como un pequeño cordón que lo cerraba por arriba en nudo de corbata y, sobre todo, un cuello de encajes que emergía de su pecho y de su nuca, cual una concha nácar que protegiese la blancura mate de su piel. Sus ojos, dilatados a veces, devolvían el rayo de luz que los iluminaba, como chispas de diamante incrustado en ónix. Yo la contemplaba en arrobamiento y analizaba su belieza con regocijado orgullo. Ella lo percibió así y me dijo, en voz baja, raramente displicente: ¡Te has hecho un tonto! Parecía molestarle vagamente mi admiración, y con esa pasividad masculina ante el rechazo de amor



de las mujeres, esa como inhibición instintiva en que toda fuerza y todo derecho se rinden, desconcertados e inermes, yo cambié de situación espiritual, un sí es no es rencoroso de su frase.

Por su parte, él nos invitó a su estudio, a donde pocos días después concurrimos para admirar sus trabajos. A mi esposa la deleitaron todos, y pareció entusiasmarse por uno de ellos tan sinceramente, que me propuso lo comprásemos, siendo, como era realmente, su precio moderado. Noté con relativo asombro la riqueza de vocabulario que poseía mi esposa en materias de pintura y la familiaridad con que nombraba a los artistas de los últimos salones, como si de antaño hubiese examinado su obra. Sabía tánto de Besnard y de Etcheverry, como de Picasso y de Utrillo, entre los contemporáneos, o de Cézanne y de Monet, entre la generación de los precursores. Yo me sentía orgulloso de oírla discurrir sobre tonalidad y valor en pintura, sobre luz y perspectiva, sobre la gracia ingenua de los primitivos y los esfuerzos de renovación de los prerrafaelitas ingleses o los cubistas de la última etapa.

Pocos días después, con motivo de mi cumpleaños, recibí de nuestro gentil amigo un nuevo obsequio, que me costó alguna discusión con mi mujer. Entre las sorpresas de ocasión lo

encontré a la hora de la cena, colocado en el comedor. Míra, me dijo ella, qué bello regalo el de Balle. Desgraciadamente era una pintura de liebres muertas, obra destinada al comedor al parecer, es decir, todo lo que yo más he odiado en este género, pues considerar como aperitivo una representación de animales muertos, era para mí, y lo es aún, de un gusto troglodítico que me impacienta.

—Vamos, está muy bien, dije por cortesía, y me parece gentilísimo de su parte, pero lo que es en el comedor quizá no convendría dejarla: me aproxima mucho a nuestros antepasados los comedores de carne cruda, y me pone nervioso.

—¡Ah! Eres un poco filisteo, me replicó ella con visible mal humor: Rembrandt pintó bueyes descuartizados que figuran en los museos con el aplauso de todo el mundo.

—Es verdad, dije yo profundamente irritado, casi sin saber ya por qué, pero tú me concederás que Rembrandt pudo ser imbécil uno que otro día de su vida, como cualquiera de nosotros.

—Sí... de nosotros, añadió ella con esa presteza fulminante con que la mujer nos abruma en toda discusión.

Comprendí que una palabra más nos conduciría a la disputa, y guardé silencio. Y por



guardarlo mejor, miré al muro del frente.—¿Y esto qué es?, pregunté, viendo otro cuadro que no conocía.

Esta vez mi mujer cambió de tono, y con una mezcla de dulzura y como de indiferencia, me dijo:

—No recuerdas la marina que nos regaló en Deauville?

—Marina, Deauville?... No recuerdo nada.

—Claro, hombre, si hasta te pareció muy bien entonces. ¿Cómo es que no te acuerdas?

Su voz se había hecho cariciosa, sus párpados temblaron dos veces en señal de inquietud. Mas, con esa seguridad de la mujer que se defiende con la afirmación categórica de sus explicaciones, me dijo: Veo que todo esto te está molestando, y para salir de afanes, basta que los quitemos de ahí, y así lo haré. ¿Te parece?

A mí no me parecía nada, pero los cuadros permanecieron en su puesto, sin que yo pudiese añadir una palabra más, al menos decorosamente.

A esta escena siguió un corto período de calma, en que ella se mostró, como nunca, cariñosa, y llegó hasta darme la ilusión de un amor naciente, cuidando de mis pequeños gustos con tal esmero, que me embriagaba casi su ternura y me hizo olvidar todo lo pasado,

cual si hubiesen sido nerviosidad y caprichos de mi parte, nada más, mis preocupaciones anteriores. Eres tonto, tontísimo, me decía, besándome en la frente, porque era su preferida, según sus palabras, y cerrándome los ojos con sus manos perfumadas, cual si quisiera hipnotizarme, como ya me parecía estarlo.

Sólo que el azar es irreductible a toda previsión, y uno de aquellos días en que, terminado el almuerzo, me quedé con ella en el salón, perezoso de hacer nada, sonó la campanilla del teléfono, y un minuto después, la camarera anunció, con una naturalidad de cosa conocida:—El señor Balle. Y como la emoción es independiente de la inteligencia, ella no pudo evitar que sus mejillas se coloreasen un poco; mas, rehaciéndose con una presteza inverosímil, me dijo:—Contésta tú, hazme el favor. Y ahí del hombre, siempre ridículamente girando dentro del círculo que le impone la iniciativa de la mujer, quiéralo o no. Ahí yo mismo cambiando amabilidades con quien comenzaba a tener motivos de inquietud.

—¿Qué quería?—me preguntó con un gesto de marcada indiferencia.

—Nos invita a teatro.

—Es un poquito cargante, ¿no te parece? Te excusarías, naturalmente?

—No, acepté. ¿Por qué no habríamos de aceptar?



—Haz lo que quieras, pero en realidad, a mí no me provoca mucho su compañía: se me hace empalagoso a veces, ¿no es verdad?

Y al decir «¿no es verdad?» me miró con cuidado las pupilas, que desgraciadamente yo debía de tener un poco inquietas y duras.

***

Entonces comenzó para mí ese estado de incesante rumia mental en que viven los celosos, esa preocupación enfermiza, tan semejante a las «fobias» de los obsesos, de la psicastenia, como se dice también, en que la imaginación, como un alto horno, trabaja de día y de noche, sin apagarse jamás, perdido el sueño, alejado el apetito, la voluntad inhibida para todo otro esfuerzo que no sea el de pensar siempre en una misma cosa, palabras que se dijeron, palabras que se debieron decir, hechos del pasado, planes del futuro, con relación a un centro tenaz de ideación, como una rueda de molino que, cualquiera que sea el viento que la agita, sólo se puede mover sobre un eje eternamente fijo.

Analicé en serie penosa de meditaciones, día tras día, no sé cuantos, los rotos eslabones de una cadena sutil de coincidencias, hasta llegar al convencimiento de que entre ellos debía de habe. algo. El regreso de ella a Pa-

rís para desprenderse del antiguo novio, que en verdad parecía haber llegado a odiar por una reacción frecuente en las mujeres que se casan sin amor, cual una inculpación instintiva, o un sufrimiento de su orgullo; la alegría del regreso, sus trajes, sus paseos, ciertos gustos sociales y artísticos que antes no le conocía en esta como exaltación de última hora; su vocabulario, inesperadamente enriquecido con locuciones que antes no usara, que quizá desconociera, y que yo le había oído a él; sus mismos cambios de conducta para conmigo y, sobre todo, la franca alegría de sus últimos tiempos, ese como despertar de su ingenio, de su actividad y de su generosidad para con todo y para con todos, eran, según mi raciocinio, más y más penoso, más y más apremiante y tenaz, signo de la sola cosa que transforma instantáneamente a los seres vivos, el amor.

Mas, ¿cómo averiguarlo? Porque si yo la vigilaba en cada uno de sus gestos, ella me vigilaba a mí con mucha mayor capacidad comprensiva. Tampoco quería entregar mi nombre a una agencia comercial que pudiera, en un par de semanas, sacarme de dudas, mas, también, llenarme de vergüenza de haber hecho intervenir a otro hombre en la intimidad de mi vida de hogar y, sobre todas las cosas, ajado el nombre de mi esposa en un complot de celos.



En esta angustiosa situación, y sintiéndome vencido, apelé al último recurso. Yo le había prometido, entre las mil cosas que hube de prometerle antes de mi matrimonio, de las cuales esperaba que con el tiempo ella misma me dispensase de cumplir, una vez el amor obtenido, según mis ilusiones de entonces, le había prometido, vivir siempre en París o en su tierra, según ella prefiriese. Ahora, perdida mi serenidad, mas no mi sentido de orientación moral, me dije: Vamos, yo no sé nada en definitiva, y es mejor salir de este laberinto de intranquilidad y de dolor. Y por tal línea de pensamientos, regresé al que me había formado antes ya en Deauville, alejarnos. Mas, ¿hacia dónde esta vez? Como en un instintivo refugio pensé en mi patria, donde yo sería por un largo tiempo su solo universo, su sola intimidad y ¿quién lo sabe? su solo afecto al fin.

Con todo un plan ya bien formado en mi cabeza, afronté la conversación audazmente, y le propuse mis intenciones.

Entonces ella se revolvió como herida de un golpe moral, y con una fuerza de convicción airada y como heroica, cual si hubiese surgido en ella una nueva mujer, pero una mujer de combate implacable, me apostrofó de perjuro, de cruel y de egoísta, y me desafió a que la dejase sola, si era que yo deseaba par-

tir. Harto he sufrido, me dijo, para tolerarte más necedades y caprichos. Y enarcando las cejas airadas, añadió, roto ya el equilibrio de su reserva natural: yo tengo mi cabeza para pensar también.

Prisionero de mis promesas, y prisionero más aún de mis vacilaciones en cuanto a su conducta, tuve que claudicar. Guardé silencio. Mas la lucha estaba empeñada, y me lancé a la inquisición implacable de cada uno de sus actos, de cada uno de sus pasos, de cada uno de sus gestos. En ese campo mi triunfo podía hacerse esperar, pero era seguro, dentro de la comunidad de nuestras vidas y del conocimiento de nuestras personalidades.

***

Y este desenlace llegó un día. Me pareció que empleaba esa mañana más cuidados que de ordinario en el arreglo de su persona: peluquería, manicurista, baño caliente prolongado, cuidadosa escogencia de su ropa interior. A la hora del almuerzo me dijo que saldría a los almacenes, y yo, que estaba en expectativa de esta información, le pregunté a cuáles iría, para tener algún punto de orientación, y como dijese, entre otros, que entraría a la Primavera, le pedí que me comprase unos cuellos en la Grande Maison. Mi plan estaba com-



binado. En la Primavera me sería imposible vigilar sus pasos, mas no así una vez que tuviese que entrar al otro almacén que me permitía aprovechar dos o tres puntos de asechanza. Para mayor seguridad, le expliqué que no podría salir esa tarde, por aguardar visita de un amigo. Mi cálculo estaba hecho sobre la base de que iría con alguna amiga primero a otras partes y que luégo la dejaría aquí o allá, y yo le dí la oportunidad de que lo hiciese así en la Primavera.

No repetiría nunca más en mi vida esta experiencia de espionaje en que cada minuto es un siglo de inenarrable angustia, de un malestar orgánico y de una tensión espiritual casi de locura. Aunque en el fondo, cosa verdaderamente inverosímil, una confusa alegría del «triunfo» que vamos a realizar nos da una fuerza misteriosa para resistir el cansancio, el aburrimiento y el ridículo de tales circunstancias.

Hacia las cuatro de la tarde la vi entrar efectivamente a la Grande Maison, sola ya. Me pareció como si no fuese mi mujer, como si fuese aún la persona amada, pero extranjera a mi vida, que contemplara cuando la conocí. La mujer enigmática a mi espíritu. El mismo sentimiento de amor y de odio que en tántas ocasiones había experimentado hacia ella en mi agitada vida amorosa, se apoderó de mí en-

tonces, pero más agudo y como agresivo. Una agresividad, sin embargo, en que había mucho de ternura, en que la caricia estaba entrelazada en mis sentimientos con el deseo de herirla y ofenderla. Deseaba hallar lo mismo que temía, y consideraba como una decepción el no ver lo mismo que había de desbaratar mi felicidad para siempre. Es que indudablemente el estado de duda es menos penoso que la convicción, pero como más inquietante, y más intolerable ciertamente. Experimentaba todos esos estados fisiológicos que había estudiado en psicología, y hasta recuerdo que los anotaba mentalmente como análisis instructivo; la sequedad de la boca, la constricción de la garganta, una sensación de malestar cerebral posterior, como de un encogimiento de la masa encefálica hacia la nuca, un ligero temblor muscular, acompañado de una necesidad casi irresistible de movimiento, un suspirar con frecuencia y a veces de pronunciar en alta voz palabras del proceso psíquico. La digestión paralizada me daba un malestar de peso doloroso hacia el epigastrio y el hígado. A veces el temblor asumía el carácter de escalofrío, y adivinaba que debía de estar pálido, o asumía la violencia de una convulsión de los muslos, como si las masas musculares se hubiesen desligado de los huesos. Veía el mundo como un



río de ondas crecidas, a ratos, o me detenía, aun complacido en pequeños detalles de la circulación de los vehículos, del ir y venir de las gentes, de la caricatura a que se prestaban ciertas fisonomías, o de la caricatura de los anuncios, que consiste, en mi modo de hacerla, en dislocar las frases y reagruparlas con variado acento para darles otro significado. Con esa cruel exactitud de la fisiología y de la psicología enfocaba los transeúntes y los veía en todo su funcionamiento íntimo y en su pensamiento, hasta representármelos como máquinas de su quimismo orgánico, que yo veía como en una pantalla de rayos X, y de sus instintos, que me parecían hilos de fuerza que los guiasen como las riendas a un corcel, y al verlos en su doble aspecto de personas tan erguidas y arrogantes y de maniquíes transparentes a los ojos de mi espíritu, me reía casi notoriamente. Mas, también a mí mismo, me podía ver en tal manera, y entonces un sentimiento de disgusto de la vida, de desprecio de todas nuestras vanidades, y aun de la preocupación que me embargaba en ese instante, me deprimía hasta poner en blanco mi mente por cortos espacios de tiempo. Soy un imbécil, me decía, ¿qué me importa a mí lo que ella haga? Unos cortos años de esta confusa mascarada que veo no valen la pena de hacer trágica la vida.

Mas, hé aquí que apareció ella y huyeron como leves fantasmas todas mis meditaciones, quedando sola en el mundo, como una visión que surgiese de la tierra y abarcara todo el horizonte perceptible. Con mirada de felino medí todas las rutas posibles de su marcha. Salió lentamente del almacén, mirando con cuidado en todas direcciones, y fuese por la rue Caumartin, desvió luégo por la rue Boudreau, la cual cruzó para internarse hacia el teatro de Eduardo VII. Vacilé un instante, porque de seguirla en esa dirección, sería fatalmente descubierto, siendo ese sitio poco frecuentado, a mi parecer. Tenía que considerar tres direcciones posibles, y me decidí por la que regresa a la rue Caumartin, casi instintivamente. Aguardé, sin embargo, temeroso de desbaratar todos mis planes con una falsa ruta. Miraba adelante, un poco lejos, cuando vi entrar a una casa de la derecha una mujer que se le parecía. Precisé la casa, no fuese que al avanzar equivocase el sitio: es al frente de aquella señal roja, me dije. A este lugar correspondía exactamente una casa, en frente de la salida de la rue Edouard VII, cuyo número miré ansiosamente, y cuyo aspecto me hizo comprender de qué se trataba.

Si ella quería, que sí lo querría, ser prudente, no podía permanecer allí más de una hora,



para tener toda explicación plausible. Entonces anduve un poco por los «bulevares» para convencerme de que ningún error de perspectiva me había derrotado y, aunque grandemente inseguro de mis previsiones, tomé un «taxi» con la indicación de permanecer estacionario un poco abajo de la casa, y sólo partir cuando yo golpease indicativamente.

No una hora, sino dos, muy largas y crueles para mi pobre espíritu agobiado de melancólicas meditaciones, tuve que esperar y, sobre todo, apenarme de las miradas que de cuando en vez lanzaba hacia mí el conductor del carro, quien no podría menos de pensar que yo era un loco, como quizá no estaba muy lejos de serlo y de parecerlo en ese instante.

Al fin un hombre salió que era él. Miró en todas direcciones y se alejó hacia los «bulevares» tranquilamente. Un minuto después ella apareció, y sin detenerse a mirar nada, como quien se lanza al agua, ciegamente, se encaminó con paso rápido hacia el boulevard Haussmann, en la opuesta dirección. Mi carro siguió esa misma ruta, y al cruzar la rue Aubert pasó cerca de ella, de manera que pudo verme, mas sin que yo hiciese por mirarla.

Desde el instante en que la vi me pareció ser ya otra, extraña a mi vida, enemiga de mi

alma, y la odié con dolor, la odié con amor, como si en adelante fuese ella la destructora de Nilse o un sér doble que representaba a Nilse y me la arrebataba a la vez.

La vida desapareció dentro de mi alma, y sólo fui un ente «obnubilado» que no tenía relación con la realidad inmediata, que en adelante apenas existiría en función de una implacable tendencia, el anhelo de vencerla en su traición sin empequeñecer mi espíritu.

Mi alma, situada en el ángulo conflictivo de dos épocas, la tradicional que entendía el amor y el matrimonio como una consagración absoluta y una especie de conjunción de personalidades, cónyuges, como dice la legislación latina, y la moral contemporánea, que tiende al goce de la juventud y del amor con imperativo desdén del sentimentalismo, con la arrogancia inapelable de una egolatría en que el yo y la especie se asocian en un gesto de combate con que la mujer parece querer vengarse de muchos milenios de subordinación, sintió el escalofrío de la derrota y se refugió, vencida, al abrigo de una melancólica dignidad.

Minutos después yo estaba en mi escritorio, fingiendo leer tranquilamente un libro. Ella entró a su vez y, con un valor extraordinario, me buscó, como quien quiere afrontar definitivamente una grave preocupación.



—¿Saliste?, me preguntó, un poco pálida, pero serena.

—Sí, le respondí, sin añadir ninguna explicación.

—Te he visto pasar por la rue Aubert, y te llamé para que me recogieses. Ibas muy preocupado, y aún lo pareces. ¿Qué tienes?

Al oírla hablar de aquella manera, serena y cordial, dudé del equilibrio de mi razón, y me dije: ¿si estaré yo viendo fantasmas? Es esta una de las características de la mujer, que afirma o niega con una tan inconmovible convicción que nos hace vacilar de la percepción evidente de nuestras mismas sensaciones. Ella no se rinde sino abrumada por un testimonio material, objetivo, irrecusable. El cálculo de probabilidades es su fuerza para descubrirnos a nosotros, pero nada tiene qué ver con ella, cuando a nuestra vez lo aplicamos a su conducta.

En esta ocasión yo no quería hablar, temeroso, de mi criterio aún desorbitado. Necesitaba pensar a solas, precisamente porque ya había meditado lo que debía de hacer en caso semejante. Cuarenta años de vida y de estudio escudaban mi personalidad en ese instante, y no quería echarlos a perder en una estúpida explicación inncesaria. Así, pues, le dije:

—Es verdad, estoy preocupado y voy a salir

un rato. Si me demoro no te desconciertes, quizá vaya a un cinematógrafo y éntre un poco tarde.

—Tomé mi sombrero y quise partir. Mas no era aquella mujer para tratar así como a una niña. Se recostó contra la puerta y me dijo,—es preciso que yo sepa qué te pasa, primero.

Yo perdía por instantes la aparente ecuanimidad, y es muy probable que mudase de color varias veces. Mi voz se hacía más lenta y sorda.—No seas niña, le dije, déjame partir.

—Después, murmuró casi, con una firmeza inverosímil. Y luégo, corrigiéndose añadió: —¿Qué te cuesta hablar?

Caí pesadamente en un sillón, resuelto a no hacerlo, pero agobiado de palabras interiores.

—Vamos, dijo ella, sentándose cerca de mí, ¿tú estás enfermo? Y luégo, con palabras que vaciló un segundo entre sus labios, añadió: ¿Tú estás celoso, no es verdad?

Era demasiado y mi exasperación tocaba ya los límites de las fuerzas humanas. Mas pude aún resistir.—Déjame, le dije, y te prometo que después hablaremos; por el momento necesito de reposo.

Y así pude partir.

Efectivamente fui a un cinematógrafo, conocedor de que no hay lugar más propicio para



divagar con el mínimo de pena, porque la imaginación tiene por delante algo que ocupa los vacíos del ritmo mental con percepciones que la alejan del tormento interior y en parte contrarrestan la emoción sobreexcitada.

No tenía nada qué meditar propiamente, pues mis ideas a este respecto estaban formadas de tiempo atrás, primero alrededor de otras vidas y luégo aún con relación a la mía, por previsión. Yo había estudiado el problema desde los cuatro ángulos de ese cuadrilátero, a saber: Los dos esposos, el amante y el hijo. Así contemplado el problema tomaba tan diferentes valores que muchas veces me hizo cavilar sobre la relatividad de nuestros juicios. Había sido el confidente de tántos casos, relatados ora por uno o por otro de los cuatro protagonistas del drama, que ya tenía para formarme un criterio, si no justo, equilibrado al menos. Muy principalmente conocía uno en que con diferencia de algunos años tuve la confidencia íntima de todos los actores. Y era de ver cómo vacilaba mi juicio al tener delante de mí el alma de esos cuatro seres, con sus íntimas razones de obrar. Eran como cuatro universos aparte que no sólo diferían en sus órbitas, sino que aún parecían pertenecer a sistemas geométricos desemejantes. El amor, la curiosidad, la vanidad, el deseo de aventu-

ra del amante; el alma inquieta y enamorada de la esposa, inquieta por insatisfacción, por incomprensión, por desengaño; enamorada por atracción irresistible o por halagos de su naturaleza femenina hábilmente aprovechados, o circunstancialmente comprometidos, lo que es más frecuente aún; el desorden de la personalidad del esposo, aquel colapso de la voluntad ante una situación que supera su espíritu, pues que está aparte de su yo sin estar aparte de la vida de ese yo; y, por último, el conflicto afectivo y moral que sostendrá siempre el alma del hijo ante esos tres seres a quienes le ligó el azar indisolublemente.

En previsión de cualquier trastorno de la vida yo quise hacer un matrimonio meramente civil, de fácil disolución, para no contar sino con la libre y espontánea voluntad de la unión, temeroso desde el principio de mi fortuna y de mis fuerzas. Mas ella no lo quiso así, y con graves argumentos, casi ofendida, me rechazó mis primeras y muy discretas insinuaciones. Su religión estaba por delante, y la dignidad de su personalidad y de su posición social. También yo lo acepté todo en plena conciencia, y ahora mi ruta estaba trazada inapelablemente.

Y así regresé esa noche a casa sin la menor vacilación ya, ni más tortura que la de



un sacrificio aceptado con una enorme arrogancia, que me reconfortó, en mucha parte, mi pobre voluntad, si no mi espiritu.

Entré tarde y no me acerqué a su alcoba. Durante esa noche en blanco dos seres, separados por leve muro de ladrillo, se oían el uno al otro revolverse en lechos que no daban descanso, toser a veces con reprimida tos nerviosa y murmurar palabras confusas, como en sueños, o quizá sólo el suspiro quejoso del llanto moral.

***

Al día siguiente ninguno de los dos quería levantarse, de miedo a tener que saludar el primero y afrontar la nueva realidad, el nuevo mundo que debía iniciarse de una vez y para siempre.

Comprendí, sin embargo, que a mí me correspondía la acción hasta el último límite de mis fuerzas, y la arrostré con una postiza naturalidad, que no creo lo fuese muy acertada.

—Buenos días, le dije, rehuyendo el tú.

—¿Cómo estás?, insinuó ella tímidamente, con voz muy apagada y un poco esquiva. Y luégo de guardar ambos silencio por un largo rato, un silencio de un malestar infinito, ella tuvo como un impulso nervioso y añadió intempestivamente:—¿Qué vas a hacer hoy?

Con voz lenta repliqué:—Hoy tengo mucho qué hacer, pero sobre todo tendremos al señor Balle a tomar el té con nosotros.

Me miró con ojos extraviados, como inquiriendo interiormente el significado de mis palabras, y no pudiendo descifrarlo, insistió:—¿Qué vas a hacer?

—Los tres tenemos que arreglar nuestra vida.

—Nada tiene qué hacer el señor Balle en nuestra vida, y con un acento de resolución trágica, añadió—aquí estoy yo para arreglarla. ¡Yo asumo todas las responsabilidades!

—Menos las mías, ¿verdad?, dije yo entonces, sin desconcertarme ante la indomable altivez de su espíritu.

—Si pretendes humillarme, te equivocas, dijo, como afrontando el conflicto en toda la línea de combate.

—No voy a humillarlos, ni lo puedo hacer yo, voy a engrandecerlos a los dos.

—¿Matándonos?...

—No, renunciando a ustedes, para que mi sombra no los oculte, para que surjan así sus personalidades con todo su esplendor y vitalidad.

—¿Ironizas?

—No, me rindo.

Y a esta palabra «me rindo», mi voz vaciló tan notoriamente que ella desarmó su espíritu y me miró, estupefacta. ¿Debía odiar-



me, despreciarme o admirarme? Confuso aún el pensamiento, nada pudo añadir, y nos separamos como dos fuerzas silenciosas que esquivan el choque por un instante. pero sintiéndolo ya cercano y definitivo.

Yo tenía como una embriaguez de mis actos en perspectiva que me daba una serenidad heroica, y hasta cierta vanidad entrañable. Sí... yo creo que lo que me sostenía tan ecuánime era una prodigiosa vanidad anticipada de mis proyectos.

—¿Se comunicaron ellos la situación en que nos encontrábamos? Yo no lo sé, mas es natural el suponerlo. En todo caso temí que ella hiciese un gesto definitivo, alejándose con él. Por esta razón no me separé de nuestra hija, sabiendo ser esta la mejor manera de retenerlos inactivos. En todo caso él hizo un movimiento de valor y de fidelidad encomiables, si es que estaba advertido, al presentarse en nuestra casa puntualmente. Yo mismo lo introduje a la sala de recibo y, excusándome con mucha parquedad, les indiqué que conversasen un poco, mientras yo despachaba en mi escritorio alguna corta diligencia. Y, refinadamente cruel, los hice esperar por largo tiempo. Luégo, entrando con una calma aparente, me excusé de mi retardo, diciéndoles: —se me había extraviado algún papel y lo buscaba.

Ellos me miraron, creyéndome probablemente loco. Pero en su mirar había también algo de desafío aún. Yo no paré mientes en nada, y comencé la conversación como si se tratase de algo ya convenido y resuelto.

—Los he llamado para arreglar el matrimonio de ustedes.

El desconcierto de sus respectivas actitudes fue indescriptible. Por el momento asomó a sus fisonomías un reflejo de risa irónica, luégo, pensando quizá en que mi juicio dejaba mucho qué desear, permanecieron en silencio, estupefactos.

—¡Vamos!, ¿qué tiene ello de raro, que así me miran? Ustedes se aman, ustedes se buscan, yo les brindo la oportunidad de unirse para siempre.

Sin poderme contener, me levanté de mi asiento en dirección a ellos. Como un resorte, él se levantó también, y se llevó la mano derecha hacia el bolsillo, como quien acepta un desafío. Mi mujer se irguió a su vez, tal una tigre airada, e interponiéndose entre nosotros, me dijo con reflejos de acero en las pupilas:

—Soy yo la que responde de mis actos.

—¿Me creen ustedes un niño acaso? repliqué yo en tono apacible.—¿Creen ustedes que les voy a dar la oportunidad de ser heroicos? No. Yo vengo solamente a brindarles la oportunidad de ser sinceros, lo cual es más difícil.



—Se sentaron de nuevo. Entonces añadí: —¿Señor Balle, ama usted a la señora Nilse? Y como guardase silencio, insistí:—¿Duda usted de amar a la señora Nilse?

—Yo no tengo que darle a usted cuenta de mis sentimientos; se la daré de mis actos, si lo desea. Me contestó con arrogancia.

—No me disgusta su audacia, insinué casi persuasivamente, mas quiero que la aplique en bien de la felicidad de la mujer que lo ha amado: ¿Se casaría usted con ella?

—Sí, me replicó secamente.

Entonces ella me apostrofó con tono airado: —¿Y con qué derecho dispone usted de mí como de una imbécil?

—Yo no dispongo de usted, señora, le dije suavemente, es nuestra hija la que está hablando por mis labios. ¿Entiende usted?

A estas palabras palideció un poco y guardó silencio. Yo insistí:—Señora, ¿ama usted al señor Balle?

—Sí, infinitamente más que a usted, monstruo de hipocresía.

—Pues bien, júrenme ustedes que se casarán. Yo les dejaré el campo libre en el curso de dos meses, de manera que dentro de un año ustedes podrán casarse con el beneplácito social. Y, como embriagándome con mis propias ideas, mi voz tomó una patética entona-

ción:—Mi hija no perderá el derecho de ser feliz que yo implícitamente le prometí al engendrarla. Podrá crecer al lado de ustedes sin adivinar nunca la escena que hoy nos separa para siempre, y quizá sonreirá vagamente al mirarme, compasiva, en algún retrato que la piedad de ustedes le conserve. Ni pesará ella sobre su porvenir dije, dirigiéndome a él, porque disfrutará de una pequeña renta que le permita educarse, sin perjudicar su fortuna. Y por lo que a ustedes hace, oíganme, porque hablo sin ironía ni rencor extravagante: Yo jugué a a una sola carta la integridad de mi vida y acabo de perderla. A mi lado la personalidad de Nilse no pudo desplegar todas las riquezas de su naturaleza privilegiada, mientras que al lado suyo será más bella y grande. Usted me la ha ganado en la ruda lid de la vida, llévesela usted. A su lado o lejos de ella, mi existencia rota, rota quedará. De cuatro que se hunden, salvaré tres, y yo mismo, quizá, con ellos, al dignificar mi sacrificio. En otros pueblos éste no sería conflicto grave, mas Nilse es católica, se casó por su Iglesia, y sólo por desaparición mía podrá unirse legítimamente a usted. ¿Entienden ahora mi actitud? ¿Me juran ustedes que se casarán?

—Pero esto es repugnante, aceptar el sacrificio de un hombre...



—¿Por qué no lo habrían de aceptar, si ya lo consumaron ustedes? Hace un instante usted se llevó la mano al bolsillo para matarme, caso de que yo lo atacara; hé aquí que yo le entrego mi vida voluntariamente. ¿Por qué no toma con calma lo que pensaba tomar con ira? De aquella manera le hubiese costado la bancarrota de su porvenir; yo en cambio se la cedo en gracia de su triunfo.

—No la acepto de usted. Usted es un monstruo.

—Está bien: Déme entonces una solución digna de los cuatro, de ustedes, de mi hija y de mí. La acepto previamente sin discusión.

Me miró con ojos espantados, vaciló largamente, y luégo, como anonadado, insinuó en voz baja: —ofrezco a usted que me retiraré y les dejaré en paz. Y yo, dirigiéndome a ella: —dice él que se retirará con el honor de nuestra hija entre sus manos a cambio de dejarnos la paz, ¿acepta usted? Guardó silencio. Yo lo aproveché rápidamente para no perder mi posición fundamental, que acaba de comprometer imprudentemente con esa palabra:— No puede aceptar, dije, la donación completa de su corazón y de su vida a cambio de un adiós correcto y frío. Aguardo, pues, otra solución, si no quieren tomar la mía.

Un embarazoso silencio pesó sobre nosotros.

Yo en tanto me paseaba por la sala en frente de ellos, que no se atrevían a mirarse. De pronto Nilse se levantó con una energía fulminante, y nos dijo a los dos, cómo arrojándonos lejos con un gesto de sus brazos crispados: —Se van ustedes, soy yo la que daré la solución. ¡Yo!—Y saliendo con nosotros de la sala, sin detenerse un instante, tomó el sombrero de él y abriendo la puerta exterior, pareció despedirlo con un gesto de locura, sin una palabra, ni una mirada siquiera; y dejándome a mí a la vez, se retiró a su alcoba, erguida y pálida como un astro que se eclipsa.

***

En mi escritorio permanecí un momento como hebetado, sin darme cuenta del mundo. Estaba en el límite de mis fuerzas, y ya me sentía desfallecer, cuando pasó por mi mente la nítida noción de lo que se estaba preparando en la implacable voluntad de Nilse. Era natural, no le quedaba otro recurso decoroso que matarse. Una alegría inmoral y salvaje se apoderó de mi ánimo por unos instantes, como si aquella solución aportase un alivio a mi personalidad desorbitada y enferma. Mas luégo la imagen de nuestra hija pasó por mi mente, y el conflicto social, las explicaciones ante la policía, el descubrimiento final de todo, y la ruina moral de cada uno de nosotros, de nuestra pequeña, que en ese instante dormía inocentemente el sueño reposado de la infancia.—No puede ser; me dije, y con una visión rápida del único recurso que estaba a mi alcance para desviar el golpe inminente, fui en busca de mi hija, la desperté, la tomé en mis brazos, con una protesta airada suya, que no quería ser perturbada en su sueño profundo. Llamé a la camarera y le dije, —anuncie a la señora que la niña me parece mal.



—Fue cual un relámpago el oír tal noticia y venirse como loca a buscarnos.

—¿Qué tiene?, me preguntó, sin preocuparse un segundo de cuanto acababa de pasar entre nosotros.

Y yo, en el mismo tono de inconsciencia: —No lo sé; mas la encuentro como si fuese a ocurrirle algo, como si se estuviera iniciando en ella alguna enfermedad.

La tomó en sus brazos, la besó larga y suavemente en la frente para saber si estaba febricitante, la miró a la luz, buscando algún cambio de fisonomía. Y como no hallase nada, me miró, indecisa y nerviosa.

—Yo no le encuentro nada, me dijo. Mi autoridad de médico la conturbaba, sin embargo, y me reclamó con afán alguna explicación.

—No sé yo mismo, contesté, puede no ser

nada, pero me parece que debemos vigilarla un poco más.

En tanto la pequeña, interrumpido su reposo, protestaba enérgicamente, lo cual me sacaba a mí un si es no es verídico. Al fin se calmó en el regazo de su madre, y por un largo rato estuvimos los tres juntos en silencio, mas ligados en el fondo por una cadena vital infrangible. Yo comprendí que mi amor por la niña había roto los diques de reserva del corazón de la madre. Lloraba en silencio, con ese llanto femenino de lágrimas que desfilan rápidamente por la faz sin descomponerla con visible contractura ni sollozos. Su llanto abría un cauce a la emoción reprimida que hubiese llevado su voluntad a un acto de desesperado impulso. Trastornado también el cauce de sus pensamientos y encadenado su yo a la maternidad, estaba, hasta donde era humanamente previsible, desviado el peligro inmediato.

Y fue un acto de sabiduría de mi parte que aún me enorgullece. Con nada en el mundo hubiera yo borrado del corazón de mi hija la preocupación cruel del suicidio de su madre, y mi sacrificio hubiese perdido todo valor y trocádose quizá, ante la sociedad, en una presunción de misterioso delito.

Naturalmente al día siguiente, como no apareciese enfermedad alguna en la niña, una reacción de bienestar contrabalanceaba en mi esposa el grave peso de la situación. Por mi parte, resuelto a obrar, tenía la embriaguez de toda acción definitiva, de donde derivaba escasa, si se quiere, pero muy útil serenidad para poderme conducir con decoro. Quizá ella sospechó algún instante que lo de la niña hubiese podido ser un sainete inventado para llegar a una cobarde reconciliación, a lo cual daba lugar a pensar mi actitud de benévola cortesía.



Mas de esto debió alejarla muy pronto la conversación que tuve con ella al lado de nuestra hijita. Porque le dije con gran dulzura en la voz:—Mire, Nilse, yo partiré ya pronto. Usted está muy joven y queda libre. La llevaré a casa de sus padres, como para estar con ellos un tiempo, mientras yo realizo un supuesto viaje de negocios. En sus manos la educación de la niña será perfecta, ninguna duda abrigo de ello. Enséñele, eso sí, a desahogar su corazón con franqueza, cuando la observe preocupada, pues la represa de nuestras emociones es siempre dañosa y nos conduce algunas veces a decisiones erróneas de la voluntad. Ese fue el mál suyo. Yo la perdono antes de partir, pero partiré de todas maneras, porque de otro modo anularía el alcance moral de mi actitud. Me entiende usted, ¿verdad?

Guardó silencio. En ella se libraba un nuevo combate, que yo no podía entrever aún, mas que debía estallar pocos días después.

Y fue precisamente el anterior a nuestro viaje. Me llamó a su alcoba, me hizo sentar reposadamente, cerró con llave, y llegándose cerca de mí tuvo un impulso de llanto que reprimió con inaudita fuerza de voluntad. Luégo, con voz mesurada, natural, un poco esquiva, como si cierto pudor la retardase en cada articulación, me dijo:—Me he equivocado definitivamente en mi vida. Voy a hablarle con la condición de que no nos reconciliemos. Así como usted me ha hablado también. De otra manera sería indigno de mi parte este desahogo de mis sentimientos. Oígame usted cordialmente.

Hace unos pocos días hubiera cometido todas las locuras del mundo por él, inclusive la muerte. Hoy no me importa más que en la proporción de mi falta. Cuando usted me abrió las puertas ampliamente para contraer una unión definitiva, cuando me vi libre en la intimidad de mi espíritu, un trabajo de revaluación surgió en mí que me hizo verlo en sus exactas proporciones. Dejó de ser el misterioso enigma de mi corazón, y se niveló con todos los demás hombres. Y al nivelarse readquirió ante mí las discretas proporciones que yo no viera. Para mí era un anhelo antes. Cuando fue una



realidad, no dejó de ser lo que es, pero dejó de parecer lo que no era. Es tan digno de ser amado como cualquiera otro hombre, mas no es superior a usted. Ahí estuvo mi error ¿Por qué, Dios mío? Lo he meditado largamente: Porque de usted me dejé amar y a él lo amé yo. Porque usted se me daba, y a él lo conquistaba. Mas no es esto solamente. Yo pude también àmar a usted con todas las fuerzas de mi espíritu: sólo que cuando lo contemplé a usted hubo un desacuerdo entre usted y mi construcción ideal del hombre amado, y esta construcción se interpuso entre los dos, impidiéndome verlo, comprenderlo, impidiéndome rendirme toda. Hoy cuando usted se ha alejado para siempre de mí, y así debe ser para la mayor dignidad de ambos, yo puedo medirlo, compararlo, apreciarlo, amarlo. Y lo amo: iría a vivir con usted a su tierra, a cualquiera otra parte, a cualquier rincón del mundo, serena y orgullosa de mi hombre...

Se arrojó al suelo y colocó su cabeza en mis rodillas. Luégo la sacudió con energía y continuó sin levantarse: ¿Es la vida una locura, o somos nosotros la locura?

—No, Nilse, dije suavemente, es la tragedia del alma contemporánea, la insatisfacción. Amar lo que no se tiene. No poder disfrutar de lo que se ha adquirido. La neurosis de ansiedad

de los espíritus fatigados por un exceso de civilización y de cultura. Y lo que usted dice, también, un conflicto entre el ensueño y la realidad. Mas en el fondo no es una locura de la vida: era justo que usted amase la plena juventud, la frescura de la sangre y la bulliciosa alegría del vivir. En verdad pudiera creer yo que hoy me ama usted, pero me ama reflexivamente.

—Se engaña nsted: lo amo con el instinto, Amo en usted al hombre que fue grande en un momento de su vida, no ante los hombres, tarea no siempre heroica, ni ante las mujeres, accidente, fortuna o capricho, sino ante la tragedia interior. Vencer con sólo el espíritu el gesto inmisericorde de la tragedia, como los estoicos antiguos; pero no con la impasibilidad, sino con la trasmutación de los valores, extrayendo, por decir así, una virtud de cada derrota, una virtud de empresa, no resignada e inerte. En esto he hallado al hombre, y como mujer amo la dignidad masculina por encima de toda otra atracción amorosa.

Tras de una corta pausa, añadió:—Le digo esto para desahogar mi alma y pedirle que nos separemos en paz, cumplido por ambas partes un sacrificio de justa compensación. Sólo le prometo a usted, una cosa, y es, que nuestra hija se parecerá a usted, en cuanto yo pueda inculcarle su espíritu, y le amará dulcemente, ella, feliz, que podrá hacerlo sin restricciones. Yo no. Yo no podría vivir como mujer perdonada. Ni usted, lo sé de sobra, podría evitar que mis caricias tuviesen el sabor amargo del recuerdo. Nuestra raza infortunada no olvida aunque calle. Es la única raza que puede amar con rencor.



***

Mi amigo echó la cabeza un poco hacia atrás y tuvo una leve queja. En la sombra yo no podía percibir bien su semblante, y aunque preocupado, aguardé un momento. Un estallido seco me dio como un leve escalofrío, mas antes que tuviese tiempo de levantarme del asiento, el olor intenso y agradable del nitrito de amilo me devolvió a la realidad de la situación. Entonces comprendí aquellas sus palabras sobre el cigarrillo, el color pálido de su fisonomía y su cuidado de rehuír los grandes esfuerzos.

Con una sonrisa melancólica me dijo: —Ya usted acaba de saber mi último secreto.

—Sería bueno que se acostase un poco. Mañana podremos continuar nuestra conversación, su confidencia, mejor dicho, que por mi parte me había olvidado hasta de mí, y sólo tenía

pensamiento para el extraordinario relato de su vida.

—No, esto ha pasado, y yo sé que no volverá por el momento. Además, muy poco me resta qué decirle, en cuanto a esta parte de mi vida, que es el prefacio obligado al problema definitivo para el cual necesito su colaboración, y por el cual me he permitido introducirlo en el sagrado hogar de mi alma. Nó, lo que sigue se puede expresar en dos palabras. Yo realicé mi viaje, primero porque me lo exigía el estado de mi emotividad, profundamente alterada, y segundo, porque, pensando cuerdamente yo debía dejar a mi esposa su juventud libre. Era muy probable, casi seguro, que su criterio se hubiese ofuscado con las enormes emociones de los últimos días y tomase la vida toda bajo la impresión fugaz de unos cuantos minutos. Y luégo, por mí también: yo conocía mi pasado y sabía que en el fondo la nueva felicidad que pudiera obtener no me aportaría ningún bienestar efectivo, rota ya la idealización y la poesía que enaltecían mi amor antes. Fui a Norte América, en donde podía, como pude, enviar por tercera persona un falso informe de mi muerte, para luégo venir a ocultarme en esta ciudad, con el anhelo de consagrarme al estudio de mis preocupaciones filosóficas, desligado del mundo.



En otros tiempos el claustro religioso daba acogida favorable a condiciones espirituales del género de la mía. Yo no podía pensar en tales empresas, y aquí me tiene usted. Empero, la vida teje insondables destinos: mañana u otro día, no hay afán, conocerá el resto de mis preocupaciones, ¿verdad?

—Por el momento, dije yo, recuéstese usted y permítame que le aplique una inyección de algún calmante.

—No es necesario.

—Mire usted, si no es necesario por lo que hace al dolor, sí lo es por lo que hace al sueño: después de agitar su vida en la forma en que lo ha hecho, su emotividad e imaginación deben de ir en esta hora a tercera velocidad, desenfrenadas y torturantes. ¿A qué sufrir inútilmente?

—Es verdad; haga usted como guste.

Y luégo de acostarse y de haber recibido la inyección, me decía, con los ojos un poco apagados por el sueño: ¿Sabe usted?, es como si una maga viniere y se hubiese llevado todo mi dolor moral, pareciéndome mis problemas en este instante como divertidos juegos de la fantasía, cinematógrafo regocijado de mi mundo interior.

Y se quedó dormido sosegadamente.

## II

Era casi medio día. Yo reposaba extendido en una hamaca que poco a poco aprendía a desplegar y a mecer sin mucho esfuerzo y que, colocada en la biblioteca, entre el patio del baño y el claustro central del edificio, me permitía gozar de alguna brisa. El calor ambiente era ya de treinta grados, mas yo disfrutaba aún de la frescura del largo baño de piscina que acababa de darme. Un poco del aroma del jardín me llegaba a veces, aportándome una deliciosa sensación de poesía legendaria. Era por estos instantes de absoluto abandono de toda actividad y de toda preocupación, por este desligamiento de mi vida ordinaria, por lo que prefería esta ciudad a tántos otros sitios de descanso o de recreo.

Leía en ese momento un poco del teatro ibseniano, conocedor de que ninguna literatura es tan emocionante como un drama bien hecho, con presentación de hondos problemas de



la personalidad y una pequeña dosis del misterio del mundo suprasensible.

De cuando en vez un grato olor de manjares me anunciaba que tendríamos ya muy pronto uno de esos almuerzos de la cocina regional, con que mi amigo acrecía el encanto de los cortos días que solia yo pasar en su casa.

Y en estas cosas pensaba vagamente cuando él apareció, tranquilo y sonriente, como si nunca hubiésemos hablado de cosa interesante, o como si en su vida nada antes ocurriera.

—Es la casa de usted, le dije, de una sensualidad enervante, como alcázar morisco.

—¿Qué quiere usted?, respondió, si lo es de verdad. Esta es la casa tradicional de la cultura mediterránea, que hallamos en Pompeya y en Andalucía: mire la disposición de los patios, el baño y el jardín, y convendrá conmigo en que sólo faltan en ella las sultanas y los azulejos de fino esmalte para representar a Sevilla, a Córdoba o Granada. La misma temperatura ardiente de esta ciudad y el cuidado con que yo cultivo esos pocos árboles y flores, añaden elementos a la ilusión. No tema usted el calor y venga conmigo al huerto: la sombra de los mangos refresca ahí el ambiente, y mientras es hora de almorzar, nada más grato podemos hacer que embriagarnos con la vida frondosa de un rinconcito rebosante de verdura.

Me desconcertaba aquel hombre que, llevando en el alma alguna determinación suprema, que yo no podía aún adivinar, se comportaba, sin embargo, como si la vida le fuese fácil y sonriente.—A medida que entrábamos en el pequeño huerto situado al otro lado de la calle, en la pendiente que domina la vega del Tonuzco, fértil hondonada cubierta de palmeras, de árboles frutales, potreros y plantíos, edén maravilloso que el loco río torrencial maltrata y fecunda a la vez, la naturaleza tropical parecía surgir como por arte de encantamiento. Y cual si él adivinase mi preocupación, dijo:—Observe usted cómo los campos, el amplio cielo azul y la profusa vegetación, nos alejan de los pequeños problemas personales y nos hacen pensar en cosas superiores, cual si alzando nuestra vida a un conjunto universal la hicieran consciente de sus justas proporciones diminutas. La luz de los espacios abiertos disipa la embriaguez vanidosa del dolor, que no permitiéndonos mirar sino constantemente hacia dentro, nos convierte en los Narcisos de nuestra pequeña tragedia interior, tan minúscula que se reduce a la unidad de un mero individuo entre millares de millones, y a unos cuantos años en el curso de siglos eternos. Por eso amo con ternura estos árboles que me devuelven en parte a la gran familia del mundo universo y me serenan aún plácidamente.



—Usted ha querido hacer aquí un bosquecillo de hadas.

—Sí. La tierra ha absorbido mi vida minuto por minuto, y me la devuelve en flores, en verdura fresca y en la reposante frondosidad del árbol. Los senderos son angostos y bordeados de iraca y de recién plantados cocoteros para darme la ilusión de la selva; de pronto un prado diminuto de verdura quizá sólo de tres metros cuadrados, rompe la inquietud del boscaje y hace reposar la imaginación; los árboles vigorosos roban espacio al cielo azul, como esos mangos de tupido follaje, agobiados de frutos en sazón, o como los cocoteros y corozos, mire usted los que limitan el huerto en sus cuatro ángulos, que se lanzan como una flecha vertical que tuviese por alas el alto follaje de sus copas. Venga usted: esta es la avenida de los naranjos, no mayor de veinte metros, y que sin embargo da una ilusión perfecta de distancia, porque terminan en aquella diminuta explanada circular con limoneros enanos y cafetos que la dibujan y limitan a la vez. Acérquese usted. No ve?, es como una placita dibujada en un tablero, pero idealizada por ese hilo de agua que, sobre un lecho de fina arena y de guijarros como almendra srelucientes,

va girando en espiral que se cierra poco a poco hasta dormirse en esa copa central de arcilla blanca, y darnos la ilusión de un loto japonés. Sí, el agua es mi devoción suprema, movediza y transparente como una virgencita de los campos. ¿No la ve usted que se esconde en los pequeños recodos de su cauce diminuto como una filigrana y parece luégo surgir sonriente en la frescura de las yerbecitas y en sus flores, como jugando al escondite con el sol? ¡Ah! Usted no me ha alabado estos ciruelos que brindan racimos de oro tan cerca de la corteza gris que parecen colocados inhábilmente por manos de hombre, ni el árbol del pan de gigantes hojas lobuladas, ni los zapotes, ni el guanábano, cuya fruta exquisita alimentaría una familia entera y refrescaría las gargantas, después de haber perfumado el ambiente con su extraño y delicioso olor. ¡Y decir que no hay magia en el mundo, hombres cegados por el humo de la metrópoli! ¿Qué, no lo reconoce usted? Es el árbol de cacao: mire esa mazorca que cantó el Virgilio americano, mírela allá alta, engrosando día por día el apiñado conjunto de sus granos, donde parece dormir el sol rojizo de las tardes ardientes de este trópico. ¿Recuerda usted? En otro tiempo fue la riqueza de la comarca, y aún las viejas casas poseen patios embaldosados con



ladrillo rojo donde se colocaba a secar la cosecha del preciado fruto. Luégo fue la epidemia de las plantaciones y la ruina general. ¿Hubo culpa de parte de los hombres? Yo no lo sé. No obstante, mire usted esas lomas áridas que el sol reseca sin que un árbol proteja el curso de las fuentes ni dé sombra piadosa a los pobres seres vivos. Impiedad inaudita es el haber descuajado los montes hasta convertir en desiertos no sólo la cresta arisca de la serranía, sino también las laderas suavemente onduladas y los valles aún. Impiedad y locura del hombre que derriba esas majestuosas divinidades de la vegetación, silenciosas y bellas como un genio tutelar, y agota la linfa juguetona de las fuentes que lleva la savia a las praderas. Impiedad y locura. ¡Dios mío! ¿Ha visto usted el cauce seco de los manantiales por donde, en lugar del agua fresca, pasa el lagarto esquivo sobre la arena retostada por el sol; y la ribera, enantes frondosa, cubierta hoy apenas por el espino gris, desmedrado producto de la roca desnuda? La leyenda tiene siempre un fondo de verdad histórica perceptible: el pecado de los hombres hizo un mar muerto de fértiles campiñas y prósperas ciudades, dice la lamentación de Israel; y aquí la incuria de los hombres hizo de los campos una tierra mustia, una campiña muerta. No se

necesita de Jehová para que llueva fuego sobre los campos: la tierra y el agua son diosas de exquisita bondad cuando se les rinde culto, mas se aíran, también, si humillamos el rito que les place. Contemple usted al campesino entristecido y pobre que paga a la tercera generación el pecado injustificable de sus antepasados sobre los mismos campos que se los vieron cometer contra sus dones gratuitos y fecundos. Y la estética, esa flor maravillosa del espíritu, flor ideal que es forma y colorido, proporción y ritmo armoniosos de recóndita estructura, deshojada, yace inerte, como una rosa marchita en un florero abandonado. ¡Oh, sí! No me diga usted que hay nada muerto en la naturaleza: naturaleza muerta llaman los pintores en las lenguas romances a la pintura de las cosas. Error vulgar de nuestra raza. Ni siquiera se la pudiera llamar vida en reposo, «still life», como dice el inglés. No. Naturaleza muerta sería un pedrusco en el museo, donde no tiene la relación de fuerzas armoniosas que presenta en el campo, en que ora sustenta una estructura impresionante da arrimo a una planta trepadora y sirve de soporte a alguna frágil flor, limita el cauce del arroyo o cubre su lecho para lucir por transparencia entre la linfa inquieta y espumosa. Muerta la planta que yace, trunca, por el suelo; mas póngala usted en una ánfora de Sevres y la verá radiante de vida y aun de recóndita espiritualidad. Muerta una casa abandonada que repercute en sus muros empolvados el eco de nuestros pasos como una queja misteriosa de su postración inminente. La vida es también la madre augusta de la belleza, pero la vida arranca de fuerzas más lejanas aún que de lo meramente organizado. Belleza armoniosa hay en la estructura de los cristales, que el juego callado de las fuerzas físico-químicas hace crecer en facetas de impecable arquitectura. Y belleza en la curva lenta de los ríos, en la caprichosa ondulación de las praderas y en el arranque soberbio de los hirsutos montes, que por lo alto trazan siluetas graciosas en el tablero azul del firmamento.



—Vamos, se ha exaltado usted, como si dirimiese un pleito personal.

—Lo es, y muy hondamente sentido. ¿No ve usted que a ese mundo ambiente que me acogió y me protege debí la paz de mi alma y el equilibrio de toda mi personalidad, antaño embebida en la rumia incesante de sus nimias preocupaciones? No en balde Cristo y el Buda, y como ellos todos los que vieron su corazón conturbado por la meditación angustiosa de lo arcano, se refugiaron en los desiertos y las

selvas para escuchar la voz inarticulada de los dioses y poder verificar ese milagro del genio que se da a los hombres, renunciando a su propia individualidad, frágil y efímera.

El hombre primitivo tuvo un concepto religioso del árbol: la encina, el olivo, la higuera, el laurel, etc., fueron colocados al lado de los dioses. Es que la humanidad de entonces sentía de cerca la indisoluble fraternidad que existe entre la sangre de nuestras venas y la savia que hinche las hojas de la planta, entre la belleza de los troncos y follajes y la elación estética del espíritu. Yo no sabría decirle cuál es más bello en forma y colorido de este naranjo verde con frutos amarillos, y ese granado al que abruma casi su cosecha, pequeñas ánforas rojas de suprema elegancia. Y mire usted aquellos plátanos de racimos gigantescos, el famoso hartón de esta tierra, que en proporciones desafía la avidez de un hambreado: Mírelo cómo asciende su tallo fresco y liso, y estalla, como las palmeras, en una copa de húmedo verdor, cual si quisiera, con un quitasol desflecado hacia los bordes, proteger sus frutos, que el enorme peso inclina en una serie de cascadas. ¿No le provoca a usted besar estas hojas y bendecirlas? De mí sédecirle que en veces, al contemplar esos mangos y aguacates y ver que no alcanzaría a



contar los centenares de frutos que cargan, tal es su profusión que se suman casi por igual con las hojas, pienso que sólo los dioses pueden darse el lujo orgulloso de tan extraordinaria prodigalidad, y acaricio con mística ternura sus troncos erguidos y serenos. Y cuando he regado sus raíces los miro enfrentarse al sol, y al paso de los vientos susurrar un canto de aleluya y ritmar una danza armoniosa de flexible vigor. ¿Ha visto usted, qué costaría sembrar árboles frutales al borde de los caminos que van por las sierras y llanuras, para dar sombra al caminante y refrescar su labio aridecido por la sed? Y enseñar a los niños, en la casa y en la escuela, que el árbol es, con su padre y el que está en los cielos, el tercero, y el más eficaz ciertamente, que le ampara; enseñarle a amar religiosamente el árbol y la fuente. ¿Sabe usted? Hubo en Grecia una reina descendiente de las razas del Norte, cultivadoras del árbol, que al llegar a su reino tuvo pena en el corazón al ver desnudos y estériles los campos del Atica gloriosa y se dio a la bella tarea de sembrar aquí un parque, más allá un pinar, y por dondequiera que la oposición alocada de sus súbditos se lo permitía, algún arbusto al menos. Y, oiga usted, aquella reina ya no existe; su raza misma fue lanzada por el huracán de las con-

vulsiones políticas europeas quién sabe dónde; mas el viajero que recorre hoy los campos vecinos de Atenas, ve surgir de entre la roca calcárea de sus montes y colinas el árbol que mece aún al viento su cabellera de verdura, como un pendón victorioso del hada norteña que le dio vida: las huestes de vistoso equipo que apoyaban el reinado, el oro de las arcas, el amor de las multitudes, todo se esfumó, menos el árbol que proclamará para siempre el nombre armonioso de la rubia princesa escandinava.

***

Aquel exaltado panegírico de la naturaleza y de la vida en función de belleza me inquietó agradablemente, y cuando fue la hora propicia, después de la siesta, ya al caer de la tarde, agité de nuevo su espíritu con la misma preocupación.

—Diga usted, insinué cordialmente, ¿esa su teoría de que la belleza emana de la vida?....

—No, no es que emane solamente, es que la vida al actuar se hace belleza, es que no puede actuar perfectamente sino en formas de belleza; vida y belleza son una misma cosa contemplada por distintos aspectos, en cuanto expresan, de un modo diferenciado por el espíritu del hombre, la armonía económica de las fuerzas naturales.



—Bueno, entonces diré: ¿Es que usted ha verificado ese pensamiento en la obra realizada por los hombres dentro de las bellas artes?

—De otra manera no podría hablar, ciertamente.

—¿Y cómo analiza usted sus impresiones al respecto?

—¿Quiere usted que salgamos? Desde la colina de San Pedro Claver tendremos una vista propicia a estas divagaciones.

—Aguarde un poco aún a que el sol decline algo más; esta hamaca me retiene en una lasitud deliciosa.

—Ahí tiene usted el enervamiento de este clima, que no nos permite emprender obra alguna de largo aliento. No obstante, en él puede contemplarse la vida más conscientemente, y practicar un vivir por vivir. No sé si esto será inteligible. Pasear, reposarse, comer y dormir, amar y pensar, todo ello analizado como un espectáculo encantador que el azar misterioso de ser, de existir, nos permite gratuitamente, mas representado en la conciencia con sus nimios detalles, como una intimidad entre el mundo y el yo, entre la vida subjetiva y la realidad, como una conversación analítica, una confidencia a corazón abierto, entre el alma y

el medio ambiente que la sustenta e impresiona, hé ahí la delectación suprema de un hedonismo casi místico que nos impone esta vieja urbe silenciosa y romántica. Sentir la fuerza de andar y analizar la fuerza, andar y analizar el movimiento; dejar un sitio para ir a otro sitio, y sentir cómo el anhelo se va convirtiendo en saciedad, el «otro sitio» en «este sitio», cual si fuésemos deshaciendo la geometría a medida que la vamos construyendo, y la emoción de lo imaginado al irse mudando en sensación de lo real. Y esa encantadora mutación del tiempo en espacio: he ganado cien metros y he perdido cien segundos, como si el tiempo al desenvolverse se convirtiese en espacio, y el espacio en sensación y la sensación en recuerdo y el recuerdo en anhelo de recomenzar la acción, mas esta vez enriquecida con algo que perdura en el espíritu, la conciencia y la experiencia, la mayor habilidad para la nueva ejecución y la mayor posesión del mundo externo, una mayor vitalidad y una mayor divinidad. ¿Acaso poder más no es acercarnos al concepto que tenemos de Dios? Vivir la vida con una conciencia supra-sensitiva, en que cada impulso de nuestro organismo se percibe hasta en sus más íntimas raíces, en que casi vemos nuestro funcionamiento orgánico célula por célula, y sentimos



el palpitar del corazón y el dilatarse nuestros alvéolos pulmonares y el intercambio de los productos glandulares, cual si asistiéramos al funcionamiento de un reloj encerrado en una caja de cristal. Y el ir y venir de las imágenes, el despertarse de la emoción, el surgir los impulsos de la voluntad, y el asociarse todo ello según el estado orgánico y las influencias del medio ambiente, hasta el punto de poder sonreír a la aparición de los deseos como ante hechos ya previstos, o el desenvolvimiento de una película cinematográfica cuyo argumento conociéramos. Ver este yo armonizarse con su ambiente social, con el devenir humano, con la rotación planetaria y los destinos del mundo. No aturdirse en los pormenores, reducir las cosas a su valor fundamental hasta llegar a los tres puntos irreductibles de todos los problemas humanos. Sobre todo, ¿sabe usted? al tiempo de despertar en altas horas de la noche, en que una extraordinaria lucidez mental nos permite vernos, prácticamente, en una como proyección, actuando en el universo mundo, y nos percibimos tál cual somos, una partícula de energía, un electrón, que va en los espacios de un sistema hacia otro sistema con una misión de actividad, que en la partícula es de fuerza y en el hombre de conciencia, sin que aún podamos decir en qué estas expre-

siones se subordinan la una a la otra o se identifican en alguna misteriosa ecuación que nos dé la clave del sér, de la conciencia y de sus mutuas relaciones.

—¿No es eso acaso un budismo filosófico? ¿Usted ha escrito todas esas divagaciones?

—¡Oh, nó! Rota la cadena hechizante del amor que nos hace trabajar con entusiasmo, yo, que vine aquí precisamente para realizar una labor de pensamiento, no he realizado más que una prolongada meditación inútil. Había en mí una parálisis de la actividad, que me venía al principio de mi propia pena, del menosprecio en que me dejaba mi derrota, y después de las conclusiones mismas de aquella meditación. Fue un naufragio absoluto de la voluntad, en que sólo un motivo íntimo que luégo conocerá usted, y el refugio que me brindó la naturaleza desde el aspecto inagotable de sus realizaciones estéticas, pudieron redimirme de un renunciamiento definitivo.

—¿Y piensa continuar así?

—¡Ah, nó! La hora de la suprema liquidación se acerca ya.... Pero, ¿no ve usted?, hablo inagotablemente. Es que tenía el corazón ahogado por diez años de silencio. ¿Comprende usted?



***

Recorrimos lentamente una parte de la ciudad. El sol doraba aún la copa erguida de las palmeras de la plaza de Chiquinquirá, y su calor era perceptible todavía en el hálito reseco de las calles. Contemplamos la plaza mayor sombreada por mangos de un follaje tan tupido y abundante que no permite la vista de sus ramas. La catedral, de arquitectura hispanoromana, eleva su frontis gris de una sola torre, que en tiempos recientes aún servía de prisión a los sacerdotes que en alguna manera hubiesen delinquido, y que en ocasiones purgaban ahí severamente el discutible pecado de Adán y Eva, no disfrutado en algún paraíso oriental, sino en el azar mediocremente favorable de una existencia casta y aburrida; severidad tradicional de un pueblo que durante tres siglos sólo conoció el trabajo rudo y las admoniciones implacables de los profetas de Israel, por boca de sus párrocos y confesores. Luégo, contemplamos desde lejos la perspectiva de la capillita de Jesús que estrecha la calle en ángulo saliente: ahí la ciudad cobra su mejor aspecto mediterráneo, que el ambiente de azulada luz confirma. De ambos lados de la calle la fila blanca de los edificios

guía suavemente los ojos hasta el pequeño frontis, blanco también, y decorado por dos altas palmeras que lo escudan con una esbeltez de inefable poesía.

—Míre usted, dije a mi amigo, cómo esas dos líneas nada más crean una nota de belleza emocionante al enmarcar ese templo allá en el reposado fondo de la calle.

—Es verdad. Nada ha superado aún en belleza arquitectónica a un par de palmeras, unas cuantas columnas y una escalinata de suave gradación. Cuántas veces he meditado en ese sencillo conjunto para realizar un monumento funerario, dos columnas al pie de una pequeña escalinata para ascender a un cuadrilátero que cierra por arriba otra grada que se apoya en dos palmas cuyo follaje se pierde en el azul, y colocar las cenizas, previa incineración purificadora, en una ánfora elegante entre las dos... Daría la ilusión del ascenso indefinido, la elación misteriosa del alma hacia las esferas superiores. Mas, ¿a qué pensar en estas cosas por el momento? Vayamos del lado de la plazuela de Santa Bárbara.

—Qué reposado sitio. Estas placitas silenciosas, con un poco de hierba que emerge de entre las piedras menudas que las pavimentan, estas placitas rodeadas de altas casas conventuales, son de un romanticismo delicioso en



estos tiempos de tan agitada vida en otras partes. Parecen rincones olvidados de la Edad Media.

—Es ese mi recuerdo, también. Tengo presente mi alegría de cuando visitaba algunas ciudades italianas que aún conservan aspectos del pasado remoto: aquella plaza del mercado de Verona, y su vecina llamada dei Signori, cuando las descubrimos por primera vez, luégo de recorrer la Vía Nuova, por donde ningún vehículo de ruedas debe pasar, a la manera de la de Sierpes de Sevilla, lo cual nos coloca desde el primer instante en un ambiente antiguo, nuestra visión del pasado es tan efectiva e impresionante que sin mayor fantasía nos sentimos transportados a él. Tal así, también, en Ravena, la metrópoli bizantina, donde un claustro armonioso y reposado dio asilo al pensamiento de Dante; o en Bolonia, la universitaria Bolonia, de calles en arcadas deliciosas, que nos revelan en callados rincones el alma de otros siglos, y donde parece una profanación el no recorrerlas a pie, si para eso las hicieron protegidas contra la lluvia y el sol. ¡Cuánto ha cambiado el mundo! Recorriendo de noche ese laberinto de callecitas que conducen en Venecia de la Ferrovía a la Plaza de San Marcos, hubo instantes en que perdía la noción del tiempo y me consideraba

coetáneo de los duces traficantes y artistas. Difícil me parece establecer un paralelo entre la belleza de la urbe antigua y de la metrópoli contemporánea, porque han desaparecido elementos de comparación o surgido creaciones nuevas al impulso de otras necesidades, que nuestros antepasados no conocieron ni siquiera pudieron prever. En realidad, una ciudad antigua y una ciudad moderna son tan diferentes como un bosque y un campo. Porque si es bella una plaza de San Marcos, lo es también una plaza de la Concordia; más, de cuán diverso modo. Una plaza antigua era un espacio de reposo, donde la imaginación fatigada por la sucesión de las líneas verticales y apañuscadas de las curvas callejuelas descansaba un poco. Correspondía al silencio en el ritmo musical, y por ello se las ve tan diminutas y contiguas que por el momento no es posible explicarse uno esa aparentemente disparatada profusión. En la ciudad moderna, de amplias avenidas, la plaza es inútil como descanso visual, y subsiste sólo como crucero de caminos. La antigua era también un lugar de reunión, un centro de sociabilidad, porque el alma de la urbe era coherente, una en lo material y en lo moral, mientras que la metrópoli moderna es disociadora, y sus plazas sólo sirven para alejarse vertiginosamente a prisa los unos de los otros, como saetas de un combate invisible, según se ven cuando se les contempla desde muy alto. La «Square» que en lo moderno, en Londres, sobre todo, recuerda vagamente la plazuela medioeval, es un jardincito destinado a airear algunos sitios. Pensando en estas diferencias hallamos que cierta poesía de las ciudades antiguas ha desaparecido, una poesía que no es solamente el romanticismo que en nosotros haya podido despertar la lectura de viejas leyendas, sino algo muy real que corresponde a una necesidad del corazón: la intimidad. Ni el club, ni el campo de deportes la reemplazan, porque no son comunicativos y políticos, como aquélla lo fue esencialmente. Esta intimidad nos diferencia de otros tiempos por modo tan profundo que parece que en gran parte la psicología humana se va transformando. Lo antiguo culminé en la meditación, lo moderno en la actividad. Recuerdo la plaza del Vaticano. Gustaba de visitarla en las horas de la noche, y pasearme en el augusto atrio de San Pedro, al abrigo de esas columnas decorativas del frente, que son cuatro cantos de una epopeya arquitectónica. El dilatado espacio que encierran los hemicírculos de las galerías, la serena perpendicular del obelisco, y en aquella inmensidad, el rumor cadencioso

de cascada de las dos fuentes que lanzan al cielo sus aguas como tupidos penachos de bambú. Ahí es necesario pensar. Mas, recorra usted los Campos Elíseos desde la Estrella hasta la plaza de la Concordia inclusive, y se dará cuenta de que es imposible coordinar un pensamiento, a cada instante conturbado su instinto y absorbida su imaginación por el movimiento ciclónico del tráfico moderno. No es belleza lo que falta en la una o en la otra realización urbana, es que son dos mundos de diferente espiritualidad, de los cuales, según nuestro temperamento preferimos éste o aquél. La estética de la velocidad y la estética del reposo han sido consideradas desde tiempos antiguos, sobre todo en la estatuaria de los griegos. Y tienen un límite de armonía, más allá y más acá, del cual se rompe el ritmo, la tiesura, de un lado, la mueca del otro, a cual más desconcertante y feo: observe un automóvil que vacila en el afán de orientarse, o el rostro y la inclinación del cuerpo de un transeúnte que cruza una calle en un momento de peligro, y entenderá que quiere decir una mueca en arte. El ritmo de la sobriedad es más noble, como nos lo prueba el «ralenti» cinematográfico, y el que para un artista mediocre sea más fácil falsificarnos la estética con un poco de agitación. De ahí que me parezca que



el mundo moderno ha perdido algo importante en estas mutaciones que está padeciendo.

Hay otro elemento de estética urbana en que lo antiguo parece superarnos, sobre todo lo medioeval, y es el templo. Al visitar las deliciosas catedrales que la piedad de aquellas épocas nos legó, me inquietaba desde el primer instante una desarmonía entre la ciudad y sus templos. Hoy los contemplamos como manchas de silencio entre las corrientes de la vida exterior. Las catedrales son ahora como ramas marchitas de un árbol frondoso aún. En cambio, mire usted la armonía de los hoteles con el medio ambiente. Es que la vida se ha desviado de aquéllas, mientras que a éstos tonifica y colora. La religiosidad era entonces parte integrante de la existencia del ciudadano, y el alma de la multitud se proyectaba en la expresión arquitectónica del monumento, cosa que ya no sucede, sino que antes se desvía, dando a éste uno como aspecto de museo retrospectivo de aquel apagado sentimiento.

Esta desviación de la vida no se percibe en todo monumento antiguo, porque los hay que expresan otra modalidad de sentimientos actuantes aún. Fue mi sorpresa ante la Acrópolis ateniense. La vitalidad y espiritualidad que dio el artista griego a sus creaciones me dejó estupefacto, porque indican hasta dónde llegó en

el análisis sutil del ritmo y de la forma con relación a los sentimientos. Recuerdo que vi primero que todo el Hefestión con tan gran desencanto de no hallar en él ninguna fuente de emoción estética, como lo esperaba de un edificio clásico y bien conservado, que por el momento dudé de mi capacidad estimativa del arte, y llegué a pensar que yo pudiese ser ciego estético, como hay ciegos morales o ciegos para algunos colores. Mas vi luégo las Propíleas y el Partenón y quedé para siempre cautivado por su fascinante armonía. Largas horas pasaba en el Pnix contemplando a distancia el augusto despojo de aquella gloria humana y buscándole sus más reconditos significados en el análisis de la emoción que me sugieren. ¿Qué, meditaba casi en voz alta, se mueve acaso? Porque me parecía reposar y avanzar a un mismo tiempo. ¿Una mole de mármol que reposa y avanza? Y trataba de hallar la línea sutil por la cual el genio alcanzó a darle aquella pasmosa expresión. El basamento rocoso que le sustenta allá alto, el vigor de sus columnas que disminuyen de peso al subir, y la recta horizontal, suavemente corregida para dar la impresión de ligereza, que soporta el friso, le dan un aspecto de confiada estabilidad. Mas no reposa en absoluto, sino que, a la manera de la iniciación del movimiento que tenemos cuando a tiempo de levantarnos de un asiento alguien nos dirige la palabra y nos detiene así en un estado de atención momentánea, el conjunto del Partenón parece también querer avanzar hacia nosotros en aquella dirección del Pnix. Y es la ligereza que le da la imperceptible curvatura de líneas, su alta posición sobre la roca que lo destaca entre el cielo y el mar, dándole un poco del movimiento de las nubes, y un no sé qué de su estructura en conjunto, la sugestión de un paso en potencia, que presentan sus columnas, esbeltas y vigorosas a la vez. ¿Era sólo una ilusión de mi exaltada fantasía? Pudiera ser. Mas yo continuaba pensando: ¿qué representa esta actitud? Por su estabilidad ofrecía al ciudadano ateniense una como vigilancia protectora; en su tensión de movimiento parece simbolizar un saludo de bienvenida. ¿Entraron estas consideraciones en los planes del artista, y como tal los concibieron Ictinos, Fidias y Pericles? La orientación del edificio se presta a suponerlo así: mira hacia el mar, hacia Eleusis y Olimpia. El pueblo griego, colonizador y marino, al entrar de lejanos puertos en el golfo de Sarónica podía contemplar desde sus naves la fortaleza, la diosa y el templo, estas tres representaciones de su patria, porque dentro de su espíritu personalidad, hogar, urbe y dio-

ses estaban tan íntimamente ligados que a nosotros nos cuesta un esfuerzo mental el diferenciarlos en su manera de sentirlos él, y estos sentimientos eran gratificados y reforzados a la vista de aquellas tres simbolizaciones de su vida. Palas Atenea y Atenas Urbe, personalidad y hogar salían a recibirlo en esa actitud de bienvenida en que él hallaba el reposo de una protección y la alegría de una recompensa. La fortaleza en sí, la serena majestad del templo y la estatua vigilante de la Nike, aportaban a su espíritu la confianza en la grandeza de su patria familiar, religiosa y política a la vez, y esa inefable actitud de bienvenida del Partenón era la recompensa merecida por todos sus penosos esfuerzos en lejanas tierras y en el mar. Sus antepasados y sus dioses, sus conciudadanos y las generaciones futuras de su raza, que en alguna vaga manera eran como sus propios hijos, dentro del estado nacional, todo estaba espiritualmente representado en ese templo. Por eso miraba hacia Eleusis, el sagrado recinto de las iniciaciones, donde la juventud era confirmada en el culto de la religión y de la patria ateniense, y hacia Olimpia, también, para recordar al ciudadano del Atica sus conexiones raciales con la confederación helénica.

Maravilla el ánimo del viajero moderno al



intuición genial del artista que aprovechó en todos sus pormenores la orientación de los montes y del mar, de la altura y de la línea del horizonte ponentino para la construcción del Partenón. Cuando uno se pasea entre las columnas del costado occidental y mira a lo lejos, toda la grandeza del monumento parece intacta; aquel peristilo de majestuosas columnas enmarca una puerta en el horizonte azul sobre el mar y los lejanos montes, y esa puerta azul de un diseño de graciosa esbeltez, que es más amplio por arriba, como invitando al espíritu hacia mayor altura aún, crea la elación de altos pensamientos, nos aparta de la tierra y nos conduce a través de la apagada lejanía en busca del misterio. Ahí surge a nuestra visión espiritual un momento estético pocas veces igualado por nada en el resto del mundo. El momentum estético tiene algo de la hora, del espacio, del propio espíritu y de la materialidad del monumento que se estudia. La mañana, el cielo de un violeta esfumado, que a los rayos del sol se hace de violeta y oro, de la atmósfera ateniense, juego de luces que crean el color del cielo y del mar, de la pradera vecina y de los desnudos montes en un ambiente saturado de la evaporación marina; el estado del espíritu que evoca el pasado de una raza gloriosa, y la línea impecable del már-

mol amarillo con vetas de oro, que el tiempo no ha logrado aún deslustrar con el gris musgoso de la vejez de otros monumentos, ni mucho menos ennegrecer con el hollín detestable que los ingleses admiran aún en el Museo Británico y la Abadía de Westminster, todo ello junto constituye lo que me provocaría llamar momento estético, porque es como el impulso inicial de la emoción que experimentamos y que poco a poco crecerá hasta tocar el ápice de un delicioso arrobamiento.

Fue ahí donde pude comprender mejor las sutiles conexiones entre la estética y la vida. Los rotos capiteles que yacen en el suelo nos permiten apreciar la estructura íntima de la simbolización de la fuerza y de la gracia en el mármol. Esos bloques gigantescos tienen una expresión de tendencia a conjugarse los unos con los otros, y despiertan en nuestra imaginación la tendencia a asociarlos que sus líneas evocan y reclaman a la vez. Esta tensión de la energía representada no nos permite considerar como naturaleza muerta a esos bloques dispersos de las columnas rotas del Partenón. Más aún: a la tensión de fuerza se añade en ellos una expresión de esbeltez y agilidad que constituye su gracia, y sugiere en su vigor un elemento de vida. Es tan pura la línea de la estría jónica, tan suave y tan rítmico el avance de la voluta de los capiteles, en alguna parte de las Propileas, por ejemplo, que la mano tiende instintivamente a acariciarlos, sujeta a la misma atracción que una bella nuca de mujer ejerce en nosotros.



***

En parte nosotros creamos conforme a nuestro espíritu la obra de arte y aun los lugares mismos que vamos contemplando: ellos son para nosotros diferentes que para los demás, y esa diferencia es la obra de nuestros propios sentimientos.

El día que llegué a Atenas no quería mirar hacia la Acrópolis, que surgía ante mis ojos a cada calle que cruzaba desde la plaza de la Concordia hasta la plaza de la Constitución. Me poseía el temor augusto de las cosas sagradas, y entendí entonces el estremecimiento de pasmo religioso que experimentan los salvajes ante el símbolo de su dios y en la presencia de sus reyes. Mas también había en mí la delectación civilizada de la expectativa de una posesión, de una adquisición largamente ansiada que sabemos ser cierta y aun tememos sea una mera ensoñación. Ya hacia la tarde emprendí el ascenso del monte Licabeto, para ver el conjunto de la ciudad antes

de contemplar sus pormenores. En la cima de éste hay una pequeña explanada con un templo, la capilla diminuta de San Jorge. Desde allí se tiene una vista panorámica de toda la ciudad y los campos vecinos, una amplia llanura que limitan las serranías de los montes de clásica leyenda: el Himeto, el Pentélico, el Parnés y, en el abra que deja su hemicírculo, la bahía de Falero y el golfo de Salamina. Era un atardecer sin nubes. La atmósfera del Atica, tenue bruma, azul brillante, sutilmente impregnada de la evaporación marina, que hacia la tarde cobra tonalidades de amaranto, esfuma los contornos, a poca distancia, sin perturbar la visión. El sol caía entre haces de oro que abanicaban la falda rocosa de los montes. Desde ahí contemplé los restos de la imperturbable civilización helena. Fue una emoción gigantesca, mas como indefinida e informe al principio. Luégo, cuando las sombras del valle fuéronse espesando lentamente, y en lugar del sol surgieron los millares de bombillas eléctricas de la ciudad, en el reposo de la noche vecina ya, llegaba a mis oídos el eco quejoso de las trompas de los automóviles que por centenares surgían, zigzagueantes, de todos los confines del espacio como gritos desgarrados de dolor, y al ver sobre la Acrópolis, en el Olimpión y en el Cerámico rotos los



templos, abandonado el pedestal de los dioses y sólo, como el lamento de la gloria pasada, acá y allá, las columnas solitarias en muda altivez y silencioso desafío del tiempo, ese grito penetrante y melancólico de los vehículos en rápida carrera me pareció ser la voz dolorida de las Euménides, de las deidades vengadoras de la tragedia antigua, que llenaban el espacio con voces de amargura y de reproche. Recordé que las matronas atenienses ofrendaban a Palas augusta un peplo bordado, amarillo y violeta, y al ver el oro del ocaso y el violeta, oscuro ya, de los montes vecinos, se me figuró que la tierra cumplía aún el voto retrasado de la raza extinta.

Al día siguiente meditaba, sentado en las gradas del Partenón. Sus gigantescas columnas de mármol amarillento con vaga tonalidad aurina, dejaban libre la visión del cielo azul, como puertas misteriosas de un más allá por encima del mar luminoso. Sentía en ese instante la vida que encerró la armonía en la piedra muda, y aquel como amor, como atracción de caricia que irradia la obra de arte cuando alcanza a la sublimidad: entonces hacia el cenit, azul pálido de níquel, percibí un gran ruido, como de alas enormes, y al mirar vi que se cernía en los espacios lentamente un avión. Bajé los ojos y al reposarlos

sobre las rotas Propileas y el pedestal abandonado de Atena, se me figuró escuchar y ver el vuelo de la diosa, que huía de nosotros hacia la región ignota de las abismos del tiempo y de la vida.

Y una tarde, al regresar del Pnix, en frente de mí el Partenón y a mi espalda el mar silencioso, envuelto en el crepúsculo tibio todavía, tuve la emoción de los viejos marinos atenienses y quizá la misma augusta emoción de sus filósofos y poetas. Aún vive el Partenón, me dije, y su frontis, sobre las esbeltas columnas, en lo alto de la colina sagrada, enhiesto y ágil, a pesar de su mole, parecía avanzar y permanecer a un mismo tiempo como una invitación, como un movimiento iniciado, plasmado en la piedra, de bienvenida, de protección y de hospitalidad. Comprendí cuánto debieron amar los griegos ese asilo de sus dioses, que era, además, como un regazo de la patria, con un no sé qué de noble ternura. Con cuánta emoción lo miraría Platón al regresar de Siracusa, y cómo, ante él, las efusiones del espíritu se transformarían en canto épico, en simbolismo religioso, y en diálogos selectos de filosofía ideal.



***

Armonía del esfuerzo para la estabilidad y perdurabilidad, esbeltez de la vertical, es decir, de lo que tiende a erguirse, tensión de la fuerza, y ritmo adecuado a la finalidad del movimiento, caracteres que dan una representación de vida y son, asimismo, la expresión estética más sustancial, hasta donde podemos analizarla someramente, eso hallé en los mármoles rotos de las Propileas y del Partenón. Y cuando, bajo el implacable sol de Atenas, en una mañana de abril, lentamente, me alejaba, como quien se desprende para siempre de los lares de una mujer querida, ya no fue admiración lo que embargaba mi ánimo, sino un dulce sentimiento de gratitud por la elevación espiritual que en mí crearon sus dones.

***

—Es preciso reconocer que han acertado los comentadores de arte al hablar de la expresión de fuerza en las realizaciones de la arquitectura romana. La impresión que en mí hicieron la traduje en esta comparación: dominio. Temí, naturalmente, que una sugestión que viniese del recuerdo de las conquistas del

imperio me perturbase el juicio estético, y hube de meditar largamente. Mas, si consideramos cómo el arco, la cúpula, y las masas enormes de la mampostería abarcan grandes extensiones y se afirman en la tierra, sujetándola y poseyéndola de una manera masculina, encontramos justo el calificativo de fuerte para las realizaciones de su arte. Es así el Panteón de Agripa, audaz obra de ingeniería en que el máximo, entonces posible, de espacio, es cubierto por una sola cúpula; y así, también, la mole abrumadora del Coliseo, cuyos muros erodados por el tiempo, semejan ya la estratificación natural de las rocas de un monte; los gigantescos acueductos que parecen un cinturón que oprimiese los riñones de la tierra, y los bustos, las estatuas, todo, en fin, marca un ceño de dominación imperativa. La máxima potencia que alcanza, en sus mejores realizaciones a expresar una majestad ruda, como otra magnitud de la naturaleza y, por lo tanto, sublime a veces. No encuentra uno aquella simbolización de la espiritualidad en armonía de mínimos esfuerzos que constituye la esbeltez del arte griego. Hay que recordar que éstos elaboraban con muy pocas líneas, sin alejarse mucho del espíritu humano, mientras que en los otros entró en gran manera el concepto de mole, y hasta la solidez estructural de las cor-



dilleras. Yo no sé si estaré errado, mas me parece que la gracia se realiza cuando un mínimo de fuerza da un máximo de efecto; añada usted a esto una cierta benevolencia y obtendrá la simpatía; armonice estas condiciones con cierta espontaneidad, y surgirá la generosidad. Si en ello sólo se obtiene un equilibrio de tendencias, una representación armoniosa, pero muda, tendrá la perfección; mas, si dentro de ésta, o no alejándose perturbadoramente de ella, se logra simbolizar un conflicto, en que el alma del hombre éntre en lucha consigo mismo o con los elementos de la naturaleza, es decir, si usted añade un contenido espiritual de alcance universal a la creación artística, hallaremos la expresión del genio. Hay veces que este conflicto espiritual queda oculto y sólo obra en la subconciencia del espectador, como es el caso de la obra del arte griego, en que aparece el triunfo ya en la serena actitud de los monumentos y de las estatuas, ese gesto de divinidad que tanto nos preocupa cuando las estamos contemplando. Ahí, como en todo triunfo, el conflicto se subentiende, mas no se preconiza, y la naciente tranquilidad de un peligro vital vencido, pero aún angustiosamente temible, se confunde en nosotros en esa emoción que llamamos sublimidad. Porque la sublimidad nos la determina la

contemplación de un triunfo sobre algo que creíamos imposible vencer, y se realiza dentro de lo figurado o de la manera de figurarlo, que no es sino una modalidad de conflicto espiritual, pues éste puede ser del orden moral, del ideológico, del físico aún y de lo estético. La sublimidad en el drama, en la ciencia y en la filosofía, en la lucha, en las realizaciones del cincel o de la paleta del pintor, se pueden analizar así, si no estoy equivocado.

***

—Y volviendo a la arquitectura, greca y romana, usted ve cómo luchan en el Renacimien to por combinarse y realizar nuevas formas de belleza. Este pensamiento me preocupó mucho al contemplar la cúpula de San Pedro. De las tres posiciones privilegiadas para observarla, el Pincio, el Janícolo y el Quirinal, la impresión inicial es la de que tenemos por delante una magnitud que se ha añadido a la magnitud de la tierra. Porque surge siempre sobre el horizonte y, a veces, como desde la balaustrada de la Plaza del Quirinal, parece destacarse sobre el Monte Mario, la playa lejana y el mar de Ostia, cual si fuese un monumento que quisiese salirse de las fronteras italianas y hacerse universal. Y así como ignoro si Fidias tuvo la concepción política que



he hallado en la orientación del Partenón, no sé tampoco si Miguel Angel concibió su cúpula como un monumento de la catolicidad del cristianismo. Lo que sé es que sí lo realizó. En ella aparecen ya combinadas las dos modalidades del arte griego y romano, pues aún es la mole un imperativo de la audacia que quiere dominar, mas esas masas enormes tienden a subir con una refinada esbeltez, lo cual crea dentro del espíritu una emoción de simpatía, como si el monumento fuese grande sólo para ser más benévolo, cual corresponde a una religión de fraternidad universal, concepto que quizá no influyó en Miguel Angel, demasiado imbuído en las rebeldías de los profetas, de Alighieri y de Savonarola, predicadores todos ellos de la actitud airada de Jehová, pero que sí se desprende del conjunto de la obra. Y es de verse cómo ha ganado en helenismo este arte desde la cúpula florentina de Brunelleschi hasta la cúpula vaticana de Miguel Angel. En aquélla aún es más perceptible la masa que la esbeltez, lo romano que lo griego, mientras que en ésta se ha realizado ya la armonía, proporcionando la masa con la altura y agraciándola con curvas más delicadas y ascendentes, construyendo, dentro de la mole que se arquea para cubrir, las ventanas decorativas que indican, en su disposición y ele-

gancia, un movimiento de elación, esa euritmia de lo grandioso que aportó Bramante a la arquitectura del Renacimiento.

Qué diferencia guarda con lo realizado en la Catedral de San Marcos de Venecia, en donde las masas no pudieron alejarse del suelo, y la elegancia se arremolinó en múltiples repeticiones de muy escasa espiritualidad. Y eso que por fuéra la defiende en gran parte la maravillosa armonía de la plaza, una de las más gloriosas realizaciones del espíritu humano; que si de adentro la miramos, parece un albergue de la oscuridad y el aburrimiento, vanidosamente recargado de riquezas invisibles.

Y qué diferencia, también, con la arquitectura de algunas iglesitas hispano-románicas que vemos en pueblos de la Península, en que las masas se elevan en cuadriláteros y tetraedros de una fealdad que hace llorar a las campiñas circundantes, y que nosotros heredamos en Hispano-América, aunque no en calidad tan deplorablemente agresiva.

***

En lo árabe el refinamiento se ha hecho todo elegancia y esbeltez, destruyendo el vigor de las masas y la espiritualidad de las líneas de la armoniosa sencillez. Es ya la arquitectura



deleitosa del amor, de la siesta y los perfumes. Por lo mismo es bella, arrobadoramente bella, mas no podría uno pensar que es sublime, porque carece de un verdadero contenido espiritual: provoca a vivir, mas no a pensar ni a obrar, complace y no agita, atrae voluptuosamente, como sus hermanas las leyendas sultanescas orientales. Y es curioso ver cómo la arquitectura manuelina portuguesa, con elementos tan místicos en su decoración como las gárgolas del gótico, se aproxima a ella en voluptuosidad, cual si el medio ambiente mediterráneo, la cercanía de lo árabe y las influencias de la colonización oriental hubiesen desviado al artista hacia lo elegante y voluptuoso.

***

Mas difícil es analizar todo lo que encierra el gótico, en que la piedra es como la expresión de una fuerza que asciende en elación de místicos anhelos. Es tan variado en sus realizaciones que exige una pericia técnica en quien trate de criticarlo. Mas si le consideramos desde el punto de vista del viajero meramente curioso que va a buscarlo por placer estético desintersado de toda pretensión normativa, bien podemos decir de él alguna palabra de

comentario íntimo. Mi emoción ante sus más audaces realizaciones ha estado acompañada siempre de un recuerdo de la magia medioeval. La impresión de la masa gótica en conjunto, catedrales de Colonia, de Ruan, Milán o Chartres, sin que al nombrarlas quiera yo establecer preferencia ninguna, es, desde lejos, como la que nos produce una formación caprichosa de nieblas, y es, de adentro, una sugestión de floresta del Norte. Estas dos impresiones iniciales garantizan la originalidad del artista gótico con relación a su manera de sentir la nueva religión, subordinándola aún a la cuna nebulosa y selvática de sus antepasados. La altura de las naves, los ramajes de las columnas que se resuelven por lo alto en copa de helecho arborescente o de palmera, el abovedado en naveta a grande altitud, son reproducciones de una imaginación educada en la contemplación de las florestas. La luz, casi siempre escasa y siempre tamizada por vidrieras brillantes que crean una penumbra de color, es, también, francamente forestal. Al recordar la profusión de columnas de la Mezquita cordobesa al lado de la profusión de columnas de una iglesita gótica, Saint Severin de París, por ejemplo, en que la altura no establece diferencia ninguna importante, se percibe en el artista árabe una influencia del romanticismo oriental, más de jardines, viñedos y rosales, de grutas de hadas y palacios encantados de las leyendas de Bagdad, que de selva propiamente. Y no es sólo la formación estructural y las sombras lo que causa esta impresión de la influencia mágica en el gótico, sino, también, los elementos decorativos, aquella profusión de animales fantásticos y de genios protectores, en que el santo y el demonio de la tradición católica asumen un aspecto exótico, en que la imaginación de un doctor Fausto entra para más que la fantasía religiosa del Mediterráneo. Este espíritu nórdico se hace más perceptible por comparación cuando en Italia se combina con la tradición del paganismo del Sur: el momento estético, y quizá el único, que presenta el domo de Milán, se encuentra cuando, desde el frontis, sobre el techo de la nave principal, miramos en la dirección del centro. Ahí surge una avenida de estatuas de un efecto decorativo y de una fragilidad de sustentación que asombran. Mas ya esta serie de estatuas nos hace pensar en lo greco-romano más bien que en la niebla nórdica en que se disimulan las gárgolas gesticulantes de un culto mágico. Ni es todo bello en estas creaciones del gótico. Nuestra Señora de París sólo tiene dos momentos estéticos de alguna importancia, cuando la

miramos desde las ruinas de Saint Julian Le Pauvre y desde algún rinconcito del crucero nordeste de las naves, sobre todo si tenemos la fortuna de no ver el imbécil hacinamiento de sillas mugrientas que enferma de tristeza el interior de los templos franceses, y no caemos en la tentación de mirarla por detrás, pues ahí presenta un desgraciado aspecto de tarántula monstruosa. La catedral de Colonia tiene el maravilloso encanto de una perfecta unidad estructural y decorativa en su interior, tan estricta que ninguna línea se rompe, sino que todas se desvanecen en nuevas creaciones, indefinidamente: es una unidad orgánica sorprendente, que en pocos monumentos he hallado tan bien realizada y armoniosa. Y no hay para qué estudiemos las obras más acabadas del gótico, como la catedral de Reims, pues son de sobra conocidas en su exquisita realización y el efecto que causan en nuestra emotividad.

***

La catedral gótica es una epopeya en símbolos de la vida medioeval. En ésta la religión imperaba de modo tan absorbente que fue como una melopeya de todas las actividades individuales y sociales, desde el amor íntimo hasta



el gobierno de las naciones, desde la agricultura hasta la más elevada lucubración de los filósofos. Y todo esto halló una expresión en las vidrieras y en las estatuas decorativas de la catedral. Muchas de esas figuras elegantes o grotescas, símbolo del poder de la santidad o del poder de los demonios, parecen estar ahí con la oculta intención de sujetarlos al servicio de la ciudad y de la raza, con una inconfesable o quizá inconsciente intención mágica, a la manera que el troglodita de remotos siglos dibujaba renos y bisontes en la roca de sus cavernas para aprisionarlos en misteriosa cautividad de hechicería.

***

Este el pasado; ¿qué nos dice la hora actual?

Es preciso reconocer que apenas se inicia la ciudad que corresponde al acero y al cemento armado que han venido a revolucionar la estética de la arquitectura, y que ya nos orientan de nuevo hacia la línea recta, esta vez mayestática y gigante, una recta que se arroja a los espacios, desafiando audazmente el vacío de la horizontal y el vértigo de las alturas, con una serenidad divina. Y así puede anunciarse que el siglo XX tendrá su arquitectura en que la gracia y la esbeltez se

ligarán por vez primera con lo gigantesco y enorme, adquiriendo de nuevo la sencillez, según la tendencia al parecer mejor definida de la estética contemporánea.

* * *

Cuando hablo largamente de arquitectura, a pesar de ser profundamenta ignorante de su técnica, es porque deseo apoyarme en lo que más se aleja o puede alejarse de lo humano y de lo orgánico en general, lo que más se inspira en la naturaleza, para hacer resaltar mejor cómo lo estético es una función que el espíritu descubre al proyectarse en ella. Y también porque las otras artes, excepción hecha de la literatura, que algo mejor he estudiado, y de la música, que desconozco casi en absoluto, no determinan una emoción tan arrobadora. La escultura tiene creaciones sublimes, ciertamente, como la hiératica serenidad de la Venus de Milo, y con ella toda la obra de Fidias; el movimiento trágico, patético o glorioso de las escuelas de Myron, Scopas y Policleto, las Nióbides, por ejemplo, la Victoria de Samotracia, el torso de Heracles de Apolonios que está en el Vaticano; la humanidad y el realismo de las escuelas de Lysipo y de Praxiteles, el Hermes de Olimpia, la Diana cazadora del Louvre, y aquella tan discutida Venus calipigia del Museo de Nápoles que, dígase lo que se quiera, es deliciosa de formas, mujer y coqueta hasta un verismo que subyuga la castidad sin ofenderla gravemente, y, más cerca de nosotros, algunas obras de Miguel Angel, las de las tumbas de los Médicis, sobre todo, de inefable y vigorosa expresión. Y como éstas, algunas decenas más, sugerentes de variadas e inolvidables emociones; mas el elemento de grandiosidad de la arquitectura abarca mejor el espíritu y como que lo protege, dándole una emoción más compleja, un torrente de emociones, digámoslo así, para conservar nuestra elocución efusiva hispanoamericana.



* * *

Ya en la pintura las realizaciones son muy escasas e inferiores, a pesar del colorido y de la sugestión de perspectiva, que son para ella recursos de atracción formidable. Ningún arte, si descontamos la literatura, se presta más a la abundante producción que éste. Y cuando pensamos que en los museos existen las creaciones seleccionadas durante veinte siglos, y que no obstante la enorme abundancia de lo que queda, sólo unas pocas obras son realmente dignas de comparación con las de otras ar-

tes, entenderemos cuán difícil sea la relización genial de un cuadro. Esto se percibe cuando seguimos paso a paso el desenvolvimiento de un tipo pictórico, las madonas de Rafael, por ejemplo, a través de un centenar de tanteos de sus predecesores; la trágica melancolía de algunas figuras del Greco, en el Señor del despojo, por ejemplo, o la belleza dulce y muda de la Fuente de Ingres, para citar varios períodos así al azar de los nombres que se me ocurren: es un lento avance de la figuración del sentimiento que persigue el pintor, en que cada línea ganada representa medio siglo de esfuerzos. Es una labor ingrata, si no fuera imprudente emplear esta locución despectiva, en que a pesar de todo estudio y de toda genialidad no se llega a la satisfacción plena de nuestra sed íntima de belleza, en que uno no logra aquel estado de sumisión, de rendición absorta que creía experimentar delante de esa obra. En muchos casos, elementos ajenos al arte entran a producir emociones piratas que lo desvían de su curso normal. Tal así el Juicio final de Miguel Ángel, en que la religión entra para mucho en la estimación que de él se tiene, pues una emoción puramente estética no produce, ni puede producir tal barroco amontonamiento de masas humanas, en que la variedad del pensamiento del autor des-



virtuó la armonía de la realización pictórica; o la afamada inquietud que despierta la Gioconda de da Vinci, en que el misterio de la personalidad que a nosotros nos hechiza, como que es la máxima adquisición que dentro del espíritu ha hecho la modernidad, solicita la atención del hombre contemporáneo. Y si pensamos que quizá a esta inquietud de «eterno femenino» llegó Leonardo no sólo por la búsqueda consciente de su espíritu avizor, sino también por una realización impremeditada de un modelo que venía desarrollándose lentamente en la pintura italiana, su obra, que siempre será genial por tantas otras de sus condiciones, por la exquisita organización de ese rostro, que ninguna posición que optemos para contemplarlo logra desvirtuar, sino que, al contrario, cada una de ellas le hace revelar variados tonos de carácter, como ocurre en la contemplación de una persona real, verá, sin embargo, un poco disminuído su valor supremo de simbolización, aunque con ello no pierda un ápice de su espiritualidad.

Parecerá difícil aceptar esta explicación, pues cuanto sabemos de la inteligencia de Leonardo y de la manera como realizó esta su obra predilecta, indican un esfuerzo supremo de investigación y de genial acontecimiento. No niego lo uno ni lo otro. Mas esta duda me ocu-

rrió precisamente en Florencia al contemplar algunos rostros de mujeres que tenían la enigmática sonrisa de la Gioconda como un mero rictus de una boca que se arquea así por la natural estructura de los labios, sin necesidad de sonreír para producir ese efecto. Y ello es más probable cuando vemos repetirse el mismo gesto en el San Juan, y cuando, muy principalmente, vemos esa línea venir adquiriendo un desarrollo más y más acentuado en los ángeles y madonas de la escuela toscana.

Esta desviación del criterio estético por la influencia de un sentimentalismo especial del espectador ante la obra pictórica es muy marcado en la boga y prestigio que rodean a algunas producciones de todos los tiempos y las razas; es, por ejemplo, el caso de esa predilección de los artistas mediocres por ciertos santos y santas de leyenda poetizada, como el San Sebastián, la Magdalena, Santa Cecilia, la maternidad y la piedad de la Virgen, en que la voluptuosidad, la ternura y otros sentimientos personales del espectador contribuyen al efecto de la emoción estética, es decir, que la desvirtúan de su valor desinteresado. Porque nada hay más exigente y difícil que la belleza pictórica, que tiene que llevar consigo el momento estético en su mayor parte: proporciones intrinsecas y de relación, luz y colorido,



expresión genérica del sujeto y expresión del símbolo que quiere hacérsele representar, atmósfera exterior y verdad interior, ese «quid» vital o meramente real que se percibe bajo las superficies y que no es solamente el volumen sino la materia estructural de lo representado. Dificultades ingentes que uno aprecia cuando observa la labor de algún artista aventajado que copia una obra maestra: una leve línea, una sombra, un punto a veces, determinan una nueva modalidad de ser. Así, por ejemplo, una ternura maternal «reflexiva» puede resultar una ternura «compasiva», una dignidad meramente melancólica aparecer como dignidad vencida. Son sutiles diferencias morales que dan a la obra maestra su fuerza de emoción y su triunfo, difícil a veces de analizar sin esta comparación que nos permite hacer la copia. Ello es más visible aún en el valor del colorido, no solamente en su tonalidad, sino en la cantidad de luz que contenga, y que para la sugestión de los sentimientos y del carácter del sujeto representado es un auxiliar poderoso. Recuerde el gesto de los personajes principales del cuadro de las Lanzas de Velásquez, y comprenderá con qué poca desviación imperceptible aquellas dos dignidades pueden perder de su carácter sutil, es verdad, y sin embargo ahí fundamental. Y recuerde la

Ronda de la Noche de Rembrandt, una de las obras que más genio pictórico contienen, intranquilizada por la desarmonía de la figura central de esa mujer tan bufonesca en medio de la gracia de los otros personajes, o, en el mismo Velásquez, en la Fragua de Vulcano, la desarmonía de la divinidad que entra con la realidad del conjunto.

En la pintura contemporánea, que ha ganado tánto en técnica para la representación de los colores, de la atmósfera, de la perspectiva, etc., es muy difícil hallar la tonicidad muscular del movimiento y la espontaneidad de las posiciones—que tan bien dibujaba el hombre de las cavernas de la Europa meridional—por lo cual crea a menudo escenas de vitrina de modas, en que los maniquíes están naturalmente colocados, vestidos, movidos aún, pero con un movimiento que se paraliza en catalepsia y no en tensión funcional: no dan la síntesis del movimiento, en que el punto de partida y el punto de llegada estén determinando una relación muscular con el momento dinámico que se considera, no logran, en fin, dar la intención del movimiento. En esto los artistas holandeses son inimitables, a pesar de la poca dignidad de sus cuadros. Ellos sorprenden el genio fugaz de la vida, y saben encontrar la vida de las cosas, el alma de las



cosas, como dicen los poetas, no sin alguna razón, y son los orfebres de la pintura, que en poco espacio expresan algo del universo y mucho del espíritu. Un cuadro de Van der Meer encierra más emoción artística en sus cuarenta centímetros de tela, que los centenares de metros que nos dejó Rubens en la sala de María de Médicis del Louvre, para no citar ninguno más reciente y discutible.

Esta enorme dificultad de la creación de la belleza pictórica, a pesar de la prodigiosa ventaja del color, que tánto nos seduce, y de la sugestión de perspectivas, es más agudamente perceptible en las exposiciones anuales de todas las grandes capitales de Europa, París sobre todo, en que ve uno el esfuerzo de centenares de artistas que no logran producir una emoción indiscutible y sincera en un público tan variado como el que constituyen decenas de miles de visitantes, que van exclusivamente a buscarla con ánimo propicio, y muchas veces, una gran preparación adecuada a este fin.

***

Y bien sabido es que no es la perfección técnica lo que caracteriza la obra genial. El Señor del expolio del Greco revela la ilumina-

ción espiritual que un conflicto, ya sea de culturas, de razas o meramente moral del individuo, hace surgir en los que están dotados de genio y aún como que despierta el genio mismo en ciertas épocas de transición. En este caso el artista no parece preocuparse de la armonía de los colores, quizá no ha logrado realizar una apropiada perspectiva, y ciertamente su dibujo quebranta las normas de la naturaleza. Y sin embargo, la obra se apodera del espíritu y, por una milagrosa realización, pone estos mismos defectos al servicio de su recóndita emoción. Estas figuras alargadas aportan no sé qué de mayor melancolía y dignidad de los personajes, ese colorido da a la escena un ambiente extraño de misterio, y el todo, al descuidar la perspectiva horizontal, coloca el drama fuera del mundo sensible. Tal parece que el Greco contemplase a su Dios en un momento culminante de su martirio y le dijese, lleno de dolor y de gratitud por lo que padece en su nombre: «A ti, que siendo Dios, te dejas afrentar de tal manera por redimirme, yo, pobre artista melancólico, no tengo más qué ofrecerte en gratitud que esta obra de mis manos», y arroja humildemente a sus pies, en un trozo arrugado de papel vetusto, la firma temblorosa. El genio ha triunfado de la imperfección. Recuerda uno aquel cuadro



de la Transfiguración de Rafael, que tánto ha hecho hablar al mundo, y compara esa perfección sin alma con esta imperfección atormentada del espíritu. Recuerda uno aquellas dos escenas superpuestas de acaramelada literatura piadosa, en que un cielo de imaginación convencional arriba y un milagro de repugnante histerismo abajo no lograron en sus grandilocuentes proporciones realizar un poco siquiera del drama palpitante de humanidad heroica que hay en esta obra del extraño artista de Toledo. Es verdad, también, que a la obra mística de los antiguos pintores daña enormemente nuestra actual posición doctrinaria, que la hace ver fingida y embustera, mientras que la ansiedad de nuestro tiempo engrandece todo lo que expresa un conflicto sincero del corazón o de la mente.

Paseando alguna vez al caer de la tarde por la galería exterior de los Uffizi en frente de las estatuas de Dante, da Vinci y Miguel Angel, he meditado en la riqueza de esos tiempos en obras de arte y hombres de genio. Y a la manera de una plática mi espíritu inquiría de ellos una explicación. Y hé aquí que sus vidas atormentadas, alguna vez condenados a muerte, al destierro muchas otras, a la lucha implacable día a día, esos hombres vivieron en un perenne conflicto de ánimo. Fue un con-

flicto también su cultura, en que luchaban la sabiduría y el arte de la civilización greco-romana con el ímpetu aún salvaje de las pasiones de entonces, intemperantes, impulsivos y agoreros como hombres de tribu sin desbravar que eran todavía, y un conflicto su moral y su religión, su vida ciudadana y sus ideales. Es el mismo fenómeno del siglo V ateniense, en que la raza se conmueve espiritualmente después del triunfo material y de la similación de las conquistas: el jonio del Atica y el nórdico que vence en Europa se sienten agitados por extrañas visiones y confusos anhelos que estallan en inspiración en la filosofía y el arte, la religión y la moral.

Esta belleza trágica da un relieve extraordinario a la obra de arte. Basta, a veces, una ligera pincelada que la exprese para que, como un fermento de inagotables reacciones, siga inquietándonos prodigiosamente. Recuerdo haber pensado esto al contemplar el Moisés de Miguel Angel: la obra en sí sería criticable desfavorablemente por algunos aspectos estructurales, quizá por las proporciones de su cabeza, que no puede contener una masa encefálica normal, de sus manos, etc.; mas, en cambio, qué asombrosa expresión del conflicto moral que preocupa al artista; cómo supo encarnar en ese mármol el grito rebelde de su



religión contra la moral de su época. Este conflicto es causa de una emoción consciente o inconsciente en los espectadores, tan precisa, que recuerdo la frialdad con que después miré el David, gigantesco Apolo sin alma, y con una cabeza que inquieta nuestro espíritu, por un no sé qué de desproporción y la poco alejada y elevada perspectiva. Tal así, también, al estudiar los paisajes de Turner del famoso reto a Claude para ante las generaciones futuras, encontramos en patética comparación la belleza suave que busca la perfección y la belleza agitada de los conflictos; y, pensaba yo, cuánto más humana y fecunda en relaciones psíquicas es la segunda que la primera, desvirtuando así todo el enunciado del problema que nos planteó el artista inglés, puesto que sólo disputaba sobre la realización pictórica y no del contenido espiritual.

En estos casos el conflicto se establece entre un motivo de amor y un motivo de deber, entre lo que quisiéramos que fuese y lo que leyes ineluctables nos imponen, entre el ideal y la realidad insumisa. La grandeza de esta lucha depende de dos factores, la magnitud de las tendencias que se combaten y la intensidad con que nuestro espíritu las afronta. La belleza es como el fulgor de esa lucha, que raya en lo sublime cuando entra en juego la

totalidad de nuestra vida. Esto en cuanto a la belleza del sujeto en sí, porque la obra de arte la alcanza cuando logra expresar con sus caracteres más adecuados lo genérico de esa realidad representable. De donde se desprende la idealización, es decir, la escogencia que hacemos de las cualidades meramente sustanciales y heroicas, por decirlo así, del modelo que nos sirve para nuestra creación artística, descuidando lo adjetivo de ella, en cuanto este adjetivo no ayude a ennoblecerla y precisarla.

Y esa belleza de la rebeldía trágica no contradice nuestro principio de la armonía de las fuerzas en acción, porque en el fondo de estas luchas se prepara el triunfo de una tendencia más genérica y eficaz, del mismo modo que la aparente contradicción que el hombre impone a la estructura de un corto tramo de la tierra cuando abre un canal, permite a la masa ingente de los océanos unir sus ondas en más corta y utilizable dirección.

***

Esta idea de que un estado conflictivo de la raza, o de la cultura, o del espíritu meramente, es generador del genio, me hace pensar que la hora que atravesamos, en que hay un cruzamiento de todos los pueblos y de todas las civilizaciones, creará una época grandiosa, que no está muy lejos de surgir, y en la cual nosotros, que sufrimos el choque de las razas sajona y latina, tendremos alguna participación con muy poco esfuerzo que hagamos. Poseemos recursos prodigiosos para ello, pues basta ver lo que significa la literatura, el cinematógrafo, etc., como instrumentos de labor. La literatura crea espíritu, tiempo y espacio, de donde su valor de arte universal y sintético. Dentro de ella, la prosa tiene el alcance que el órgano en la música, siendo la poesía un instrumento con una sola voz, ya sea lírica como el violín, ya combativa y trágica como las cornetas. La prosa ha sido el medio de expresión más perfecto que el espíritu humano ha podido crear, y con ella la novela se hace el poema humano por excelencia, dúctil, elástica, de temple de acero y suavemente fluída al mismo tiempo, como es en manos de quien bien la estima y conoce.



***

La obra de arte es, ante todo, una nueva realidad que el espíritu crea, conforme a las leyes fundamentales de la naturaleza, bajo el influjo de una nueva emoción. De ahí aquel carácter de «revelación» que tiene, revelación

de novedad, y a veces de tan hondo significado y misterioso contenido, objetivación y «plasmación» de tan recónditas sutilezas del alma, que aporta el único argumento realmente interesante que conozco en favor del idealismo trascendental que hace derivar el mundo físico de la espiritualidad y de la idea. Sólo que al estudiar el proceso de la idealización comprendemos que el ideal no emana de ningún préstamo gracioso de divinidades superiores, sino que es una función diferenciada que adquirimos, como el animal adquirió la sensibilidad con respecto de los vegetales, y éstos la irritabilidad con respecto de la materia bruta. Lo prodigioso está precisamente en este majestuoso clímax de la naturaleza, que es visible a través de la historia natural y humana, y no en inexplicables e incontrolables dones recibidos no se sabe dónde, no se sabe cuándo, ni se sabe de quién.

Mas, como cada sér obra según su constitución íntima, el hombre, ente vivo, obra según las calidades que la vida le impone. De ahí que la belleza esté condicionada en nuestro espíritu por las formas y funciones de la vida, sobre todo de las modalidades que ella adquiere en la especie humana. La agilidad, la esbeltez y la gracia que hallamos en los otros seres vivos nos son tanto más agradables, y las consideramos tanto más bellas, en cuanto más se aproximen a los modelos humanos que inconscientemente nos sirven de comparación. Tanto es así, que no conozco ningún elemento de belleza en la divinidad, considerada por los místicos como la suprema y la incólume, que no sea una idealización de la humanidad. Y en contraprueba, tenemos el amor, fuente de la vida, ser también una fuente de belleza; porque es preciso confesar que los hombres no han inventado aún nada más estético que éste mismo y sus derivaciones, pudor virginal, juventud.



De estas consideraciones se desprende que podemos definir la belleza como un «narcisismo» de la vida. Y como la vida en la especie humana ha adquirido las maravillosas capacidades de abstraer e idealizar que le sirven para embellecer y ennoblecer la persona y sus actos, tenemos que estética y moral convergen a un mismo fin de elevación de la especie.

***

Yo permanecía inquieto, tratando de organizar en mi mente aquel prolijo análisis; y como no pudiese formar de él un esquema bien definido, le pregunté:

—¿Podría usted sintetizar en unas pocas de-

finiciones algo de lo que me ha dicho?

Y él, alargándome una hoja de papel, me respondió:

—Es natural, y aguardaba su pregunta: Ahí tiene lo poco que he podido definir, después de largas meditaciones y de estudiar lo que otros, más capaces que yo, han escrito ya.

En esa hoja de papel bien marginado, escrita con una letra pequeña, dextrógira, elegante aunque un poco rota y lenta, leí:

I. Lo estético es una función que nuestro espíritu diferencia en las cosas que contempla. En esta función hay elementos objetivos, la perfección geométrica, el ritmo, la economía del esfuerzo, de que los seres se sirven para cumplir su finalidad de la manera más sencilla y exacta; estructura de los cristales, vuelos de los pájaros, por ejemplo; y elementos subjetivos, nuestra modalidad de vida, que nos hace ver simpáticas las manifestaciones similares a la nuéstra y todo lo que tienda a favorecer el vigor y la perdurabilidad de la vida en lo fisiológico, en lo social, en lo ideal, etc.

II. Lo ideal es una cualidad simpática (por las condiciones anteriores) que diferenciamos, aislamos, depuramos y exaltamos, como lo hace inconscientemente el anhelo y lo hacen instintivamente los sueños.

III. La obra de arte es una realidad, un nuevo sér, que nuestro espíritu crea conforme a las normas de su temperamento y a las normas que la naturaleza sigue en la especie a que esa nueva realidad corresponde. De ahí que no haya obras de arte idénticas, ni sea posible que la producción artística se agote; de ahí que no pueda considerarse como una imitación ni un juego desinteresado. Surge, exaltada por la selección de sus cualidades, de una personalidad que la emoción fecunda.



IV. La belleza sería, pues, la adecuación de un sér a la máxima eficacia de sus funciones. Pero, como el espíritu y el sér que contempla no son entes aislados en el mundo, sino que se completan, el nuéstro halla bellas las cualidades que para él conducen a un menor esfuerzo en la contemplación e intelección, y de ahí se desprende que la belleza asume caracteres de un «narcisismo» de la vida, y está sujeta, en parte, a las relatividades sociales, temporales y espaciales en que ésta se desarrolla con nosotros, y a las condiciones peculiares de nuestra organización y funcionamiento sensorial.

V. Así vemos cómo la gracia es el resultado de una acción cuyo esfuerzo es tan fácil que queda imperceptible.

VI. La esbeltez depende de la vertical, de la espiral, de lo ascensional, cualidades simpáti-

na, porque en verdad no los mereces, y su sabor tendría un no sé qué de ajeno también. ¿Ve usted? Aquí el naufragio de mi alegría. Pero mi espíritu sigue su trayectoria, como una vela latina que, abandonada en los mares, continúa, airosa, remontando las ondas conforme a las leyes de su inmutable gravedad. ¿Ve usted?

Y cuando me dijo por tercera ocasión: «¿Ve usted?», sus labios temblaron y sus ojos contemplaban las montañas azules de enfrente.

Largo rato hacía que habíamos llegado a la colina de San Pedro Claver, y delante de nosotros la llanura distante de la ribera derecha del Cauca, amplia ahí, se ensombrecía lentamente, y pensaba yo, al mirar a lo lejos sin poder percibir el gran río, que sin embargo había roto esos farallones de la cordillera andina y formado el delicioso valle que tenía en frente, que así también, el alma de los hombres oculta a veces un río gigantesco de tragedia. Y pensaba también, que la misma intensidad de la lucha, como la de ese río torrentoso que no admite barcos en su corriente desgarrada en bruscos desniveles, no permitió a este hombre realizar una labor serena y eficaz. De ahí que le preguntase como una derivación de mi pensamiento íntimo:

—Y todo esto que usted acaba de decirme,



hace mucho ya que lo había organizado en su mente?

—Mejor que eso aún: lo sabía de memoria a fuerza de meditar en ello. ¿De qué quiere usted que se llenara un poco mi soledad, sino de pensamiento?

## III

El rápido atardecer fue cambiando el curso de nuestro pensamiento, y por un fenómeno natural guardamos un largo silencio de meditación.

La campana de San Pedro Claver tañó el Angelus, y el murmullo de las ondas sonoras, cual un enjambre de rumores fue inundando la colina y los vecinos campos, inefable evocación de los tiempos místicos del pasado colonial de la ciudad romántica que dormía al pie de nosotros su sueño blanco de piedra bajo la caricia suave de sus palmeras arrogantes, sus tamarindos y frondosos mangos.

Había un contraste sorprendente entre las campiñas que delimita el gran río; áridas y resecas las de la banda occidental, en que nosotros estábamos, que se empinan a poco más hacia lomas abruptas, cuya cresta en ese instante abrigaban ya las nieblas de la tarde que iban subiendo perezosamente de la cuenca calurosa del valle; mientras que del otro lado



del Cauca se ensancha la llanura por varios kilómetros de tierras fértiles con dehesas y cultivos de una plácida verdura sosegante. Entre las dos campiñas pasa el río en rápida corriente sobre las arenas grises de su cauce. Acá arriba, en la parte superior, cerca de donde recibe las aguas torrentosas del Tonuzco que baja de las altas cumbres en desgravitado turbión, cuyas crecientes hacen peligroso de vadear, se encuentra el antiguo paso de las barcas; y allá abajo, en donde las estribaciones de las cordilleras cierran las llanuras de Sucre y Sopetrán, el famoso puente colgante de Occidente tiende sus cables vigorosos en elegantes paralelas de trescientos metros de longitud y veinte de altura sobre el cauce del río. Nunca he podido olvidar la deliciosa impresión que ese puente me causó el día que fue inaugurado. El rojo fresco de la pintura destacándose en aquel dilatado arco invertido de tan ligera curva, que es la gracia misma jugueteando sobre el abismo, daba un tono riente a las campiñas y parecía como querer acariciar y desbravar la atormentada fuga de las ondas del río. Y las banderas tricolores que lo adornaban, de un extremo al otro se veían pequeñas banderolas con que jugaba el viento, al menos tal me parecían en mi imaginación de niño un poco deslumbrado entre la multitud

alborozada que pasaba y repasaba el puente al rápido galope de las caballerías, que la música hacía marchar con más orgulloso paso y continente. Ahora al recordar aquel instante, con la suave melancolía del pasado en que transcurrió nuestra primera infancia, le doy un valor de símbolo, porque me parece aquella ceremonia como el regreso de la raza, engrandecida ya y fuerte, hacia los lares de la urbe genitora para rendirle el tributo de la gratitud filial.

Y en este pensamiento estaba cuando me di cuenta de que la luna iluminaba pálidamente ya los campos. Volví a mirar a mi amigo y le hallé tan absorto en su meditación, que parecía una estatua. Y más lo parecía por su extraordinaria palidez, que al resplandor nacarado de la luna se tornaba impresionante y casi misteriosa. Y yo me pregunté dentro de mí, ¿qué pensará hacer este hombre? ¿Qué idea dominará su espíritu y estará abriendo cauce a su definitiva resolución? Me preocupaba el saber por qué me había iniciado en la confidencia de su vida anterior, y no hallando yo ninguna orientación plausible a su vivir actual, temía el reanudar nuestra conversación, por parecerme que anhelaba morir, y que buscaba en mí el auxilio necesario para hacer pasar su muerte como natural e imperceptible para el público.



Esto me inspiraba un ligero malestar, porque, aunque había asistido a la premeditación de una docena de suicidios, sin que jamás pudiese evitarlos, por aquella curiosísima separación entre el instinto de conservación y la idea obcecante de la muerte que ocurre en los suicidas, que hace que rehuyan el peligro imprevisto con verdadero temor momentos antes de matarse, y que tengan miedo de una manera de morir que no sea la que han escogido ya; y más aún, que luégo de herirse se sometan voluntariamente a las más duras pruebas para salvar la vida, aun con ánimo de intentar de nuevo quitársela, como lo han verificado algunos de mis pacientes, estados psíquicos desconcertantes que pudieran explicarse por el hecho de que el instinto de conservación se ha constituído por la acción milenaria del peligro externo, mientras que este instinto no ha podido relacionarse con la amenaza que pudiera venir de lo interno, de la voluntad misma del individuo. Y por lo que hace al divorcio entre la idea del suicidio y la consiguiente al instinto de conservación, o mejor aún, entre las dos emociones concomitantes, se explica por el hecho de que nuestro yo no es un centro único de la personalidad, sino que varía según las circunstancias, constituyéndose alternativamente al rededor de varios centros de

interés. Esto se encuentra en la psicología de muchos individuos, los celosos, los avaros, etc.

Mas volviendo a mi amigo, la idea de que meditaba un suicidio me era especialmente penosa por la gran simpatía que su personalidad y su vida anterior habían despertado en mi. Yo comprendía que mi capacidad de sugestión sería bien poca en un espíritu de tan refinada cultura y tan intensa experiencia vital, y tampoco hallaba dentro de mi pobre cabeza consejo qué darle, que fuese digno de equilibrar tan hondas perturbaciones, que no fuese, en una palabra, un mero consejo infantil.

Su impresionante palidez trajo a mi mente esta pregunta:—¿Hace mucho tiempo que sufre usted? A lo cual él volvió a mi los ojos con sosegado continente, y me dijo:

Yo mismo no sabría contestarle. No desconoce usted esa psicología peculiar del médico que rehuye el examen de sus propias enfermedades y más que todo su tratamiento. Sujetos a las nimias fobias que aquejan a la mayor parte de los mortales, padecemos de la ligera angustia de ver surgir este o aquel mal que un pequeño síntoma anuncia, como puede anunciar otros, pues que todos ellos son tan vagos en su iniciación, y aun nos vemos atormentados grandemente por la amenaza de las más crueles dolencias, la nefritis, el cáncer, la locura, por



ejemplo, que al no aparecer cambiamos por otra preocupación, sin hacerle caso, sin embargo, y como despreciando nuestra leve neurosis con una altivez consciente, o a veces retándola con ese no sé qué de desenfado ante la muerte que a veces obtenemos en nuestra profesión, somos fatalistas cuando sentimos la garra verdadera de un grave mal. Tal así me ocurrió con la iniciación del que hoy me aqueja. Un despertar a veces con un ataque de tos seca de insoportable cosquilleo laríngeo, que pudiera venirme por esta o aquella causa transitoria, el cigarrillo, una leve granulación, un cuerpo extraño. Fue luego el percibir el eretismo arterial y capilar, un poco de palidez a veces, una leve desigualdad pupilar, una cierta fatiga de esfuerzo, qué sé yo. Muchas ocasiones tomé el estetoscopio para auscultarme, y lo dejé de lado, diciéndome: tanto más da, y mejor el no saberlo. Más tarde aparecieron los dolores, y no pude ya eludir el auto-examen. Es una hora amarga, ¡qué quiere usted! ¿Qué habrá, qué no habrá? En mis manos retuve largo rato el estetoscopio. Recuerdo que estaba en ese momento acostado y que no podía dormir por cualquiera de las pequeñas molestias de mi mal. Lo retiré con un movimiento de mal humor, como quien dice, ¿y qué importa morir de esto o de aquello? Mas el do-

lor nos hace cobardes a todos por igual, y con una resolución brusca escuché. El sordo murmullo fatal me produjo un escalofrío de angustia por el primer instante, luégo tuve una reacción de despecho, como airado y rencoroso con la vida, y hasta una rara contradicción psíquica, pues me pareció sentir una como alegría de vanidad, la vanidad de tener algo grave al fin, algo solemne que haría temblar de pavor a los demás, y una como calma a la vez, más sólo de la conciencia, porque el instinto o lo orgánico, yo no lo sé, quedó conturbado, pues aumentaron grandemente los zumbidos de oído, las pesadillas y la sensación de cansancio general que frecuentemente padecía. Como usted ve, triunfaba la animalidad sobre la trinchera de mis teorías filosóficas.

Entonces fue el recrudecerse en mí un sentimiento que desde el comienzo de mi separación obraba en mi conducta sordamente: un deseo de vivir para ver la trayectoria final de aquellas vidas que dejé atrás, y que no era de venganza sino de amor, mas de un amor nuevo, que al estallar en crecido turbión con motivo de mi sufrimiento, pude apreciar distintamente. La sustitución de imágenes en tan largo espacio de tiempo obró en mí su efecto de alivio, y pude pensar al fin en Nilse casi sin pena, al menos sin rencor. Mas, día por



día, ese otro sentimiento me iba dominando, se iba apoderando de mi imaginación hasta ser el tema favorito de mis meditaciones, y alcanzar con el tiempo la tenacidad de un estado segundo permanente de mi mentalidad, lo cual significa que cuando era desalojado del primer plano de mi meditación por alguna idea del momento, quedaba perceptible aún, aunque un poco vagaroso, en el segundo plano de mi conciencia. Y este sentimiento y esta incesante preocupación me vinieron de mi hija. La veía constantemente cual la dejé, y la veía o me la figuraba, en las distintas edades, porque había ya pasado. Y cosa curiosa, nunca me he preocupado de que hubiese podido morir, como si no pudiera dar cabida en mi instinto a esta contradicción. Viva la he visto siempre, y sin poder precisar los rasgos de su fisonomía, tengo de ella un retrato imaginado que me es deliciosamente amable, que acaricio en mis sueños con una emoción de realidad. Es un retrato que tiene algo de su madre, ciertamente, más corregida en parte, en parte quizá más idealizado que el retrato que reconstruyo aún de Nilse.

Y hay en mí un caudal de emociones y de sentimientos imposibles de precisar y menos aún de expresar definidamente. Bástele saber que me he forjado una doble vida, una vida

en que entro con la imaginación, pero tan colorida y real, que me deja recuerdos y va formando su enlace de experiencia propia. En ella paso mis mejores horas jugando o conversando con mi pequeña, a veces escuchando sus razones, a veces satisficiendo sus caprichos, casi siempre preocupado de su porvenir, guiando el desarrollo de su inteligencia, de sus sentimientos, de la estética, sobre todo, de su personalidad. Y allá en lo íntimo de mi fantasía, mi hija es un modelo de perfecciones que me hacen feliz. Nunca he vacilado en si me amará o no, para mí, yo soy su preferido, y tengo que aconsejarle que obedezca a su madre, que la cuide, que sea su «alter ego» en todo cuanto pueda serle útil.

No sé, pero hay algo más hondo aún que esta ternura de paternidad insaciada y ya casi delirante, y es una como emoción del misterio de la vida, aquel otro sér desprendido de mi sér que me continúa a su manera. Algo de la rara emoción que experimentan los perturbados nerviosos que desdoblan su personalidad y se ven en el mundo actuando, como si nuestra imagen en el espejo se independizara de nosotros y comenzase a andar por su propia cuenta. El misterio de la vida propia proyectada en el hijo, pero sobre todo en la hija, cuya ternura nos es más emocionante, y cuya



relativa debilidad reclama nuestro instinto de paternidad con más precisa efusión. ¿Entiende usted, verdad?

Y al decirme esta pregunta no me estaba viendo, ni siquiera determinando, sino que miraba a lo interior de sí mismo, y dejaba quietos los ojos en una mirada sin visión. Y mientras divagaba por sus mundos interiores, yo pensaba en la inagotable riqueza de ese mundo en ciertas personalidades, porque no parecía sino que fuese obra de encantamiento, o prestidigitación aquel presentárseme con aspectos tan variados e inesperados, cuando el común de los mortales sólo ofrecemos al psicólogo analista la narración más o menos prolija de unas cuantas anécdotas, rara vez interesantes, y más raramente aún, originales. Porque la gran riqueza de la vida interior, y la gran riqueza de sus reacciones posibles queda como apagada e inerte, como un psiquismo invernante bajo el terraplén de los hábitos, la mecanización de la vida en las líneas perdurables de la orientación social ambiente; o porque a veces la personalidad es una nuececita apenas si espiritualmente individualizada, que se agota en la actividad minúscula de la rutina, aun bajo muy aparatosas apariencias. El caso de esas microscópicas personalidades que sólo dan de sí motivo de conversación para

un cuarto de hora de sobremesa, y que luégo se repiten durante los setenta años de su longevidad envidiable. Mas este hombre llevaba dentro de su espíritu varios mundos como ideas, como sentimientos y emociones que me le hacían aparecer desconcertante, y era con una real expectativa como aguardaba ya sus confidencias, seguro de que en algo me habrían de enriquecer mi concepto de la vida y de los hombres.

Volviendo en sí de su meditación, mi amigo continuó:—Probablemente usted conoce lo que es la emoción de la soledad absoluta, no aquella que experimentamos con relación a los hombres, sino la grande, la trágica soledad del universo. Sentirse solo en la trayectoria de su vida dentro del vasto mundo y la eterna sucesión de los tiempos. Es como una conciencia anticipada de la muerte, la preconsciencia de lo que pudiéramos sentir si sintiésemos después de muertos. Un bloque errático de un planeta fragmentado que perdió su órbita y va al azar de los espacios sin rumbo, sin luz ni conexión de gravedad con la masa matriz: imagínese usted ese aerolito consciente de su soledad en su incesante fuga a través del vacío de los espacios penumbrosos, y tendrá la comparación de lo que es un alma que medita en el vacío de una vida sin hogar. El hijo parece conectar nuestra personalidad con el futuro de la especie y disipar en parte, si no en la idea, al menos en la emoción, la angustia de una soledad eterna. ¿Ve usted? De ahí que mi alma se refugie en el pensamiento de ese sér débil que me enlaza con el mundo, y que sea para mí, no la unidad imperceptible que en el seno de la sociedad en que se forma puede parecer, sino la concentración de todo el universo en la diminuta entidad de su sér y de su espíritu. ¿Error acaso? No. Filosóficamente considerada su personalidad es la recapitulación del universo, que si todo dejase de ser, menos ella, en ella subsistiría íntegra la esencia del mundo con todas sus potencialidades.



¿Y qué? Oiga usted: iré por el mundo en busca de ese sér que es la proyección de mi sangre y de mi espíritu... Es por eso por lo que me he confesado a usted: para que me ayude en la parte material de mi empresa, para que vigile en mi nombre lo que queda pendiente de mis haberes y me proteja en el cumplimiento de mi voluntad, caso de que la muerte me sorprenda a medio camino. No puedo esperar más ante la amenaza sorda de mi vida, y partiré si usted consiente en prestarme este último servicio.

***

En verdád hubiese querido disuadirle de su alocado proyecto. Porque, ¿qué podría encontrar este hombre del mundo que dejó hacía tántos años? La vida habría debido de tejer muchas mallas en torno de esos seres que él veía erróneamente aislados en su recuerdo, y su decepción sería desoladora al encontrarse con una hija que quizá llamase padre suyo a un sér extraño, y una esposa que en la rotación fatal de los acontecimientos hubiese podido descender de la encumbrada esfera en que él la contemplaba espiritualmente, a ser feliz sobre el volcán apagado del dolor que desgarró el alma de este hombre.

Y así fue como le insinué tímidamente que quizá no le convendría renovar su viacrucis. Mas no era él hombre de cambiar de ideas así fácilmente. Y yo pensé dentro de mí: ¿quién sabe?, al avanzar los años el egoísmo que engendra todo estado de flaqueza puede estar obrando sordamente en sus determinaciones; tal vez la visión vagamente contemplada de un refugio sentimental mueva toda esa complicada trama de sus meditaciones y lo conduzca a esta decisión.

Confieso, otro sí, que ella me sorprendió



grandemente, por parecerme contradictoria de su actitud anterior, y porque en verdad yo me había formado la idea de que él buscaba otro desenlace a su ya difícil existencia. Me parecía como un sér que ya había llegado en su misión vital, y todo esfuerzo de prolongación de sus problemas en ese instante, se me ocurrió ser un mero subterfugio del instinto que a todos nos alucina y, disfrazado, nos conduce.

Vacilé un instante, dudoso entre la curiosidad y el temor de aparecer demasiado indiscreto, antes de preguntarle: ¿Y por qué no ha rehecho usted su vida amorosa?...

—Toda derrota desmoraliza el ánimo de combate; y de este convencimiento me ha venido la idea de que en mi renunciación no hay virtud sino despreciable cobardía. Mas esta cobardía ha tomado en mí una actitud inatacable. En el matrimonio se impone la necesidad de ceder un alto porcientaje de personalidad, un tanto por ciento de nuestro mundo exterior, de nuestras pequeñas aficiones, de nuestra vocación misma, de nuestro tiempo y, si usted extrema el análisis, de nuestra fisiología. Ello es justo y, por ser recíproca, la concesión puede hacerse fácil, agradable aún. Empero, hay una rebeldía invencible casi en ceder parte de nuestro espíritu, en tener que comunicarlo con quien no despierta su interés.

En esta incesante comunicación que sigue a la eterna pregunta: «¿qué estás pensando?», en este instintivo afán de la mujer por poseernos espiritualmente, sin poder encauzar su inteligencia en el derrotero esquivo de nuestro pensamiento, nuestra pobre alma se siente aplebeyada y renuncia fácilmente a la ideación. Porque la mujer no está tranquila mientras no nos entienda, mientras no haya tomado todas las posiciones estratégicas de nuestro espíritu, y para tomarlas este espíritu debe estar a su alcance. De ahí que la armonía conyugal se haga sobre la base de un renunciamiento masculino, de una nivelación de mentalidades. La personalidad vigorosa que no cede a esa lucha tiene que sufrir el martirio cotidiano de explicarse, de comunicarse, de funcionar activamente sin entusiasmo, sin incentivo ideal, de irradiar una energía en el vacío ambiente, que la empobrece por falta de estímulo y la hastía de su propia actividad en el exceso de una desganada donación.

—Hay mujeres superiores.

—Es verdad.

—¿Entonces?

—Pueden no ser las nuéstras. Y de ello emana mi explicable timidez. Porque ninguna cede su cuerpo sino a cambio de nuestro espíritu. La cesión física es relativamente fácil a la naturaleza femenina, cuya pasividad simula hábilmente una perfecta donación. Mas el espíritu no puede darse pasivamente, tiene que darse creando, creando en el vacío, es a saber, en la manera que repugna más a su naturaleza y más ciertamente la desmoraliza y minora.



—Extrema usted las posibilidades de la fatalidad.

—Como todos los vencidos.

Guardó silencio durante unos pocos minutos y luégo añadió con un severo tono de pesar: he sido injusto en mis explicaciones. No he sabido interpretar el significado más entrañable y eficaz de la actitud inquisitiva de la mujer que ama. En el fondo íntimo de su curiosidad se agita la maternidad en velado instinto o en sentimiento organizado y consciente. La mujer vigila nuestros actos en defensa del futuro, mas no tanto de su futuro personal cuanto del nuestro propio y del de sus hijos. Y no sé por qué, mas me parece, ya que deseo ser justo, que a ella la preocupa de preferencia nuestra vida, quizá por completar biológicamente la suya y ser semilla y riego de su personalidad social y racial.

—No alcanzo a interpretar sus vacilaciones: ¿Se corrige usted o se esconde a mi pensamiento?

—Se contradicen perennemente en mi espíritu mi dolor y mis ideas. La pobreza y el sufrimiento deterioran la nobleza espontánea del corazón humano. Nuestra más difícil misión es la de corregir los errores a que nos conduce incesantemente el egoísmo atormentado y rebelde. Calificar el mundo por lo que nos ocurre en él a nosotros es disminuír nuestra personalidad hasta el estrecho límite de su volumen geométrico y de su mediocre funcionamiento glandular, sin entender que el yo tiene un componente externo que se llama cosmos, universo, infinito, eternidad y aun divinidad inmarcesible.

## IV

Dudo de que el hombre llegue algún día a desentrañar de las cosas la huella que su espíritu les impone al usarlas y someterlas a su modalidad de ser. Es innegable que algo suyo queda en los sitios que habitó, en los muebles que recogieron la trepidación de su emotividad, porque si la luz, el calor, la electricidad y la radioactividad modifican las sustancias que las reciben, también la «acción de presencia» de la persona humana debe de obrar indiscernibles transformaciones: si hubiésemos de aceptar la antiquísima leyenda de los espantos que frecuentan los lugares en que una suprema avaricia o una pasión desbordada enterró un tesoro o cometió un crimen, tendríamos que pensar en la excitación superlativa de estados emocionales que dejan una huella profunda en el ambiente, la cual, a la manera del espejismo, reproduce los actos de suprema angustia al través del tiempo, como ese otro al través de los espacios.

Esto pienso en este instante en que visito de nuevo la antigua casa de mi amigo, después de un largo año de estar ausente, al experimentar una indefinible sensación de su presencia. Por momentos me parece que ha de salir de alguna de las vecinas alcobas y entablar conversación conmigo, pues el ambiente amortiguado de todo cuanto me rodea me está diciendo que esta casa participa también de algo de su muerte. Es, sobre todo, el huerto el que parece echarlo menos con mayor precisión, porque la yerba se ha hecho como salvaje, indisciplinada al menos, y brota en todos los sitios con una prisa de invasión, como si quisiera abarcarlo todo y trepar por todas partes para salir en alocada fuga hacia los campos libres. Y es el agua, que se esconde tímidamente en el cauce que las plantas ya recubren, y da la impresión de querer hundirse en el subsuelo, a la manera espiritual de la belleza femenina que no teniendo quien la admire descuida el realce de sus encantos. Es ahí el conjunto todo lo que atestigua la ausencia del hábil cultivador, porque hasta los árboles van tomando un aspecto de hirsuta rebeldía, un no sé qué de silvestre independencia, sus ramas parecen más altas, sus troncos más rugosos y ariscos, el suelo se cubre de hojas y asume pretensiones de bosque inculto,



Por asociación de emociones similares recuerdo la última noche que salimos a pasear por la ciudad, y muy presentes tengo aún todos los estados de alma a que aquella peregrinación dio lugar en nosotros, bajo el peso de las graves preocupaciones que embargaban nuestro espíritu.

Descendimos lentamente la calle real. Eran cerca de las nueve de la noche, y de la ciudad no percibíamos más ruido que el apagado eco del rosario que rezaban en el espacioso interior de las viejas casonas voces fatigadas y soñolientas, o el de nuestros pasos resonantes en la acera embaldosada con ladrillo rojo. La grama y el abrojo sutil emergían de entre las menudas piedras del pavimento de la calle, por cuyo centro divagaba perezosamente el agua en libre curso. Media curva y nos encontramos en frente de la capilla del cementerio, en una plazoleta que más parece un patizuelo, cortado de la población y como enclavado en puro campo, de uno y otro lado, en rápido desnivel, la pendiente arbolada de las cañadas vecinas. La sombra de la noche hacía vaga la lejanía del frontero valle y de los montes, y el pequeño templo, iluminado por la luna, erguíase, blanco y taciturno, en una perfecta soledad, como si sólo él existiese en medio de aquel mundo de sombra y de silen-

cio. Era el pálido despojo de otras edades. Sentado en las gradas de ladrillo que miran al sudeste, absorbió mi espíritu el silencio de aquella blancura que surgía en la soledad de los dilatados campos, como si sólo ella rompiese con su mancha de luz opalina la quietud de las sombras lejanas. Sólo el fuerte aroma de la vigorosa vegetación de la próxima hondonada y el rumor inconstante y lejano de las rápidas ondas del Tonuzco que allá en la vega descendían, locas, entre grandes piedras rodadas hacia el amplio Cauca, impetuoso ahí en su rápido curso traidor, enmarcaban aquel reposo de la tierra y parecían hacer más perceptible aún su alejamiento del mundo de los vivos.

Aquel templo solitario en la campiña me pareció el asilo de las generaciones muertas de la antigua colonia, de los remotos conquistadores, que tras de mucho andar por el amplio mundo americano sintieron ahí el atardecer de sus vidas y se hundieron en la sombra indescifrable.

Mi compañero se alejó de mi lado y fuese lentamente a pasear, meditabundo, en el atrio del templo. Y su pálida silueta, seguida a veces, a veces precedida de su sombra, fuese incorporando en el pasado, como el templo y la campiña y la noche, el cielo plenilunar y el silencio infinito. Se paseaba lentamente, como



un fantasma que hubiera salido de ese camposanto a revelarme, cabe los muros restantes de remotas edades, el insoluble silencio de la muerte.

Fijos los ojos en su cabeza blanca, le vi acercarse a la puerta cerrada del templo y escuchar, el oído contra la agrietada madera envejecida, el vacío interior. Entré en su pensamiento y seguí con él el curso ondulante de las imágenes que en lenta procesión iban, en su alma, reconstruyendo un mundo. De los abruptos farallones del sur fueron llegando en fatigada hueste hombres de mirada aguileña, blanca la tez del rostro demacrado que enciende de recónditas pasiones la negrura rutilante de los ojos y entenebrece de altiva aristocracia el ébano de la barba hirsuta. En la hondonada vecina descansan el fatigado cuerpo y resuena el choque de espadas y arcabuces. Miran al cielo tembloroso de fuego canicular, estremecidos bajo el azote de las fiebres del trópico implacable. Y miran más lejos aún hacia la posible dirección de la remota patria europea. Confuso batallar de encontradas emociones combate su espíritu. Dulzuras del recuerdo, enérgica afirmación del triunfo; reposado cortijo de los lares y apiñada serie de cañones y abruptas serranías en frente en que su marcha va sellando el dominio de su absolu-

ta posesión, como si sus pasos fuesen creando al avanzar el albergue de las futuras generaciones de su raza, como si sus pasos fuesen, al avanzar, ampliando el mundo. De ellos algunos se alzan para proseguir la azarosa ruta de las selvas; otros rinden su jornada ahí, cortan árboles y construyen las viviendas provisionales: la capilla para adorar a su dios, el cabildo para honrar a su rey, el hogar para proteger a su especie. El pequeño burgo se engalana de sonoro nombre y se proclama a sí mismo ciudad con fueros y legendario escudo. El bohío inicial tórnase mansión de cal y canto, en catedral se transforma la capilla primera de techumbre pajiza, surgen las calles y se abren en amplio cuadrilátero plazas y plazuelas. La vida enhebra su cadena indefinible de instintos, de sentimientos, de ambiciones y de renunciación.

La raza trasplanta sangre y costumbres, rehace en la hondonada de los Andes el vivir de añejas civilizaciones y prolonga así en la América, poco há ignota, la tradición de apartados pueblos del sur y del norte de la Europa inquieta, del Asia fecunda en mitos y guerreros, del Africa mediterránea apasionada y sutil, y aun del Africa ecuatorial, doblemente esclavizada por el instinto propio y la avaricia ajena. Un mundo nuevo imprime nuevas orientaciones al



alma de aquellos inmigrantes, y en lento decurso de siglos se verifica la fusión, se amalgaman sangre y espíritu. Lenta vida en la aislada colonia que vegeta en el remoto valle interandino. Buscadores de oro en el aluvión de los ríos, plantadores de escasos cultivos en la vega circundante, criadores de unos pocos animales domésticos que el esfuerzo titánico ha logrado importar a través de mares y selvas de agobiadora extensión. Lenta vida de hogar en que la prole va surgiendo como crecen los arbustos silvestres, dirigidos apenas por las normas de la especie, trasmitiéndose una cultura elemental con la espontaneidad del contagio y la espontaneidad de la herencia, casi casi como la impregnación de la savia en el parénquima vegetal. La misa mañanera, cuando aún no se define la aurora en la cordillera de enfrente, un sordo murmullo de plegaria que sube del fondo de corazones afiebrados de piedad inconmovible, labios que confiesan en el discreto rincón del confesonario la tortura de pasiones contenidas, el fervor de la carne juvenil encadenada, la avaricia sórdida de la senectud, la inquieta ambición insatisfecha, pecados elementales del pobre corazón humano; lenguas balbucientes que reciben la sagrada hostia y en ella saborean la inefable unción de lo desconocido, el misterio

de la vida y la penumbra arcana de la muerte. Una esquila que tintinea a tiempo de evocar el misterio de los ritos sacramentales y llena de suave angustia melancólica el alma de los fieles y de quejosa plegaria el oscuro recinto de las naves espaciosas. Discreto tropel de gentes que salen del templo signándose con agua bendita y musitando la iniciación de una charla que estallará en alta voz al salir al atrio de la plazuela de Chiquinquirá o de la plaza mayor, refrescadas por la brisa de los encrespados montes de la vecina cordillera. La vida cotidiana del trabajo doméstico, de las labores del campo, de la comida frugal y de la siesta; la visita de la tarde, a la hora del crepúsculo, prolija charla de doncellas y comadres que acucia y acendra la espumosa jícara de chocolate, mago de la imaginación y de la elocuencia, el palique de los graves señores de la ciudad que haciendo corro al gobernador o al alcalde principal comentan los escasos sucesos de la comarca o vagas noticias de la lejana corte, que algún correo retrasado o viajero feliz que arribó de la Madre Patria, casi legendaria y nebulosa en el espíritu de los criollos lugareños, han traído para remozar la exhausta fantasía de los colonos. El anhelo se concentra en la próxima festividad religiosa o en el regocijado car-



naval de diciembre, dichosas ocurrencias que permiten expandir el ánimo y desentumecer la imaginación. De cuando en cuando algún sarao en casa de alta autoridad, de altivos hijosdalgo o de ricachos que desean dar prestancia a su orgullo. De lejos, llegan el vestuario y las golosinas, licores y conservas, en profusión atolondrada, como para satisfacer a la ciudad entera, que todos se conocen, todos se obligan con estas atenciones, todos, en fin, conviven en estrecho círculo social, demócratas en el conceder su amistad y simpatía, altivos en el sentirse todos grandes ante el rey y de preclara estirpe.

Lenta sucesión de siglos. Pasiones y virtudes que hincheron el pecho de tántos y de tántas en larga serie de generaciones. Alocada ambición, amor enardecido, anhelo, agonioso espíritu, como un crepitar de vida. Nacimiento, lucha, prosperidad de la urbe, visión grandiosa del porvenir. Luégo el agotamiento de los campos, el marasmo y la decrepitud. Y ahora ese silencio de la noche que cobija el sueño de la ciudad madre, la quietud de los campos vecinos, el rumor lejano del Tonuzco y el erguido templo solitario bajo el opalino fulgor plenilunar. ¿De toda aquella agitación sólo nos queda este silencio? Escuchamos más aún. El ímpetu de ambiciones que trajo esos

emigrantes a través de mares desconocidos y de bosques milenarios fuese aquietando lentamente. En el recodo cálido de este valle interandino la conciencia de la raza selló con sus tradiciones el medio ambiente, mas recibió también nuevas normas y tuvo que recorrer extrañas rutas. Los ojos vieron otras visiones y oyeron los oídos rumores diferentes, que mezclados dentro del alma con tradiciones seculares y normas perdurables de vivir engendraron nueva modalidad de ser, nueva entidad de vida para los dominios de la historia y la evolución misteriosa del espíritu. En esa fusión en que la raza, el espacio y el tiempo aportaron perdurables elementos para la nueva creación, hubo un largo período de indefinición, en que, contrariadas, las fuerzas parecían anularse en la incertidumbre de la ruta preferente. Y así se verificó el largo sopor de la colonia, vegetativo, inanimado espiritualmente y casi amorfo. Escasa, si alguna, inquietud por descifrar el delicioso enigma de la existencia y dar escape estética o dialécticamente a la turbación del alma ante el sentimiento contrario y el pensamiento anhelante de evidencia. Inconducente cauce de una vida que se diluye en la rutinera acción de nutrirse, propagarse lentamente y disfrutar del fortuito hallazgo de placenteras emociones con-



tingentes. La alimentación frugal, la escasa vestimenta, fugaces tempestades de amor, minucias de ambición y de pasiones que sólo vuelan a ras del campanario lugareño, quizá algún sueño alciónico de esporádica grandeza espiritual que se disuelve y anula en la monotonía del ambiente infecundo. Como un fermento de pasada grandeza y promisorio porvenir, el noble carácter de la raza, que es generosa, caballeresca, hospitalaria, erguida ante toda bajeza y todo dolor, justiciera y arrogante, enamorada de la belleza, de la virtud y de la hazaña heroica. Un espíritu tradicional de entereza política que al correr de los tiempos incubará con amor las normas de la independencia y de la democracia, de la conciencia de una nacionalidad y de una misión histórica augusta. Religión también, que es enaltecedora de la personalidad al dotarla de un código de sabias prescripciones de conducta y adoptarla por hija predilecta, en el dilatado cosmos, de la divinidad, y hasta por hermana suya en la encarnación del Cristo.

Escuchamos más aún. En el silencio de tántas generaciones, en la soledad de este aislado camposanto y de aquella dilatada campiña, arropada en el pálido fulgor lunar, caliginoso y vago en la apenas perceptible lejanía, una verdad se destacaba, como un faro rutilante

e inmóvil, nosotros éramos aquella raza, aquel espacio y la sucesión misma de todos los tiempos. En nosotros alentaba toda aquella vida al parecer extinta y caduca, instintos, pasiones, sentimientos, ambición, virtud, fugaces reverberaciones del genio que pareció morir en la monotonía del ambiente, triunfo de la afiebrada fantasía que no fue verdad ante la belleza o la heroicidad inaccesibles, elación del alma que en el impropicio instante no alcanzó las mieles de la sabiduría, serenidad, perspicuidad, adecuación y magisterio. En nuestra sangre y en nuestra psique era mentirosa la realidad presente en cuanto proclamaba la caducidad de aquellos tiempos y de esa vida. Y entonces se nos reveló la supremacía del crear sobre el sentir, de la generosa expansión de la personalidad que da y que se da sobre la sensación que es fugaz e incomunicable cuando se estanca en estéril narcisismo. Crear, dar, darse, imprimir con generosas donaciones de la sangre y del espíritu nuestra vitalidad, nuestra actividad, nuestra personalidad en la especie y en el mundo. Devolver a la naturaleza absconta, acrecido, el extraño caudal de conciencia que nos ha regalado y a la especie, disminuído un poco, el imperio del enigma.

Nos fuimos alejando lentamente con todo



aquel mundo en el espíritu, el yo compenetrado con él y él aposentado en nuestro yo hasta llegar a la iglesia de Jesús Nazareno, entreabierta aún, y en cuyo fondo parpadeaba, solitaria diminuta lámpara de aceite, cuyo escaso fulgor hacía perceptibles las sombras. Desde sus nichos del altar los ojos cristalinos de las sagradas imágenes nos miraban con un reflejo puntiforme de luz. El sosiego de la hora en aquella penumbra de la nave, aprisionada entre altos muros, trajo a nuestro espíritu la emoción de las primeras plegarias infantiles, la inefable primicia de nuestra religiosidad y, sentados en un banco, la cabeza entre las manos, sentimos el rumor de millares y millones de oraciones que desde el fondo agustiado de su corazón inmenso elevaran las generaciones del pasado en solicitud de amparo en las oscuras tempestades del espíritu y de compañía protectora para la presunta soledad eterna que asedia su imaginación. Y creciendo, dilatándose en espaciosa esfera, oímos el rumor de la plegaria que del amplio universo se levanta al unísono, como tentáculos del corazón que buscasen la divinidad en el callado misterio de los mundos.

Al salir del templo la ciudad devolvió a nuestras vidas su independencia y fuimos dos y fuimos otra vez entidades distintas de la

realidad ambiente. Entonces miré a mi amigo y comprendí en su reposada actitud la determinación de una voluntad que se había definido, vi como el sello de una inapelable resolución en toda su personalidad.

Y esta vez, al regresar a la ciudad, parecía ser yo el más preocupado de los dos. La suave melancolía de las calles, cuyos aleros y, a veces, las siluetas de las palmas también, eran proyectados sobre la acera por el resplandor de la luna, que la diafanidad de la atmósfera hace allí eminentemente luminosa, y el reposo ambiente en que se escuchaba el ruido del agua que circulaba entonces a descubierto en las acequias, y la silenciosa fatiga de nuestras almas, torturadas por tántas emociones, me hacen inolvidable aquel momento y considerarlo como el último en realidad en que vi a mi amigo.

***

Visiones del pasado que se enlazan con la muerte por la similitud de inexistencia que los liga, y que fueron en nosotros tenaces y vivaces por el sitio y el sentimimiento que obraban en nuestra imaginación, volvían ahora a mi recuerdo por la dolorosa paridad de mis pensamientos con aquellos de entonces al



recorrer esta casa, más que nunca espaciosa en su grave soledad.

Aún encuentro la hamaca de la biblioteca, que me hace recordar horas de dulce lasitud, de siesta y de lecturas. En ella reposo en este instante y leo con viva emoción el recuento que mi amigo me ha dejado de las últimas impresiones de su vida. Bien se nota en él la inerradicable necesidad del alma humana de comunicar con alguien sus emociones y sentimientos, sus ideas y aun no importa qué, hasta el curso vacío de las horas; la necesidad de asociarnos en el mundo, de romper la angustia de la soledad espiritual, eso que lleva al labriego a conversar con los animales y al artesano a platicar un poco con su instrumento de labor. Ello se nota en él por la minuciosidad con que a veces se detiene en los pormenores, como si quisiera prolongar el ambiente efusivo de una charla que, aunque terminada, aún nos retiene con un ligero sonreír reminiscente de sus más felices ocurrencias.

.....Este mar, me dice, ha traído a mi fantasía un recuerdo de lecturas clásicas: ¿Si seré yo, me he preguntado a ratos, uno de aquellos mitológicos visitantes de la penumbrosa región de Hades, yo que civilmente estoy muerto hace tántos años, y que al mezclarme de nuevo al trajín de la civilización me parece como si usur-

para un puesto que no me corresponde en el tren de la vida? Y usted entiende, ¿no es verdad? que en mí surja a veces la duda del príncipe de Calderón de la Barca sobre si he dormido antes o estoy durmiendo ahora. Mas no, el dolor tiene un valor extraordinario como revelador de la conciencia, y quién sabe si en realidad fue él su verdadero genitor, que no me permite insistir en mis fantasías filosófico-literarias, y el dolor de mi pasado me encadena al presente sin interrupción, sin solución de continuidad, como dice la ciencia.

Eso sí, jamás imaginé que esta mi alocada tentativa de regresar al mundo me produjese una tan estupenda—no es esta propiamente la palabra que puede calificarla—una tan dramática serie de emociones. Los trenes, el río, los puertos, el mar, el bullicio de las ciudades, el ambiente de otros climas y el atropellado ir y venir de las multitudes, todo me parece una resurrección inesperada del mundo. Es como si viviese otra vida, una vida «bis», con una incesante alegría de saludo, de bienvenida. Y me parece que ahora entiendo mejor el significado de cada cosa, el destino de cada sér, el valor de cada espíritu y la armonía del conjunto. Se ha despertado en mí una benevolencia de abuelo afortunado, porque me siento más comprensivo y perdonador. Al fin y al



cabo cual un espectador desinteresado que lo que no encuentra laudable lo halla, al menos, explicable, interesante y ameno. ¿No ve usted que ya no entro en la lucha con sentimiento de rivalidad, sino que, como un pugilista fuéra de concurso, califico los combates con ánimo paternal, casi protector, en el fondo acaso como un esteta imparcial. No lo tome usted a comparación irreverente, mas he reído un poco al pensar que así, al menos para la mentalidad de un hombre moderno, debe de ser la actitud de un dios caritativo y ecuánime. Pues hallo cuanto miro tan ligado a sus causas, tan lógico en su curso, en sus afanes aún, que no solamente me explico los pequeños disgustos que me dan, las pequeñas tentativas de fraude, los gestos de dominio, las ingenuas altiveces que antes me herían, sino que los perdono sin rencor, y hasta me divierten cuando puedo seguirles la pista de su causalidad, combinación y objetivo. ¿Cómo le dijese a usted? Es cual si el mundo se me hubiese hecho más reducido, como si me cupiese en el cuenco de la mano, y pudiese desarmarlo a mi antojo. Bueno, ¿pero no será cierto que el mundo se ha empequeñecido? Esto no me parece una mera fantasía. He llegado a convencerme de que así ocurre en la estricta realidad: las distancias se van eliminando poco a

poco, las razas se funden, las lenguas se universalizan, de los polos al ecuador ya no hay misterios, ni continentes mudos a la curiosidad del hombre. En estos puertos, entre estas multitudes cosmopolitas, percibo una mayor cohesión, una mayor intimidad, vamos siendo más de la casa, de la casa de todos. Ya al pensar, al hablar, al escribir, nuestro pensamiento, palabra y obra—aquí la concatenación es legítima—asumen necesariamente un valor universal, porque tienen un contenido también universal, y universal es asimismo su tendencia. La educación, el comercio y el turismo han metido en el reducido espacio de nuestra alcoba todo lo que el mundo tiene de interesante, aun de regional y exótico, por tal manera que en justa calificación hoy podemos ya afirmar que vivimos en el mundo, y decimos la casa del 43 ó del 35 de tal calle de Londres, Nueva York, París o Calcuta, como si fuésemos vecinos del barrio y pagásemos contribución a la parroquia respectiva. Y las gentes nos entienden. Y hacen mejor aún, nos preguntan por el último primer ministro de la última república que se ha formado, como de un tío lejano o de un primo hermano aventurero. El mundo cabe ya en el cuenco de la mano, ¿no es verdad?

¿Disminuye acaso de interés? ¿Este familiarizarse con todo destruirá el encanto de la vida?



Es indudable que aparece poco a poco una cierta indiferencia en el hombre moderno con relación al mundo que le rodea, el cual logra conocer muy pronto, a veces desde los bancos de la escuela primaria; mas lo es también que ello lo conducirá a buscar en las reconditeces del yo y en la sustancia íntima de las cosas el interés romántico que requiere como alimento indispensable. Porque, a pesar de la mecanización de la vida, el hombre no parece renunciar a las dulces emociones del misterio y va en su busca hasta lo extravagante. Por el momento trata de intensificar su vida multiplicando la actividad y aun ensayando el vivir varias a la vez, en el amor, por ejemplo, en los negocios, en el poder; mas llegará un momento en que oriente ese afán hacia la meditación. Mucho me ha impresionado el ver cómo la actividad y la meditación han llegado a producir un mismo resultado espiritual. La meditación, hija predilecta del Oriente, y la actividad, que ha embriagado a estos pueblos occidentales, parecen terminar en un estado de renunciación, de desinterés, notorio en el budismo indiano, de una parte, y en el horror del hombre moderno por todo lo que entrañe preocupación espiritual y problemas sentimentales. De ahí en aquella cultura antigua

el rechazo del deseo como causa de dolor moral y aun físico, y en ésta en que vamos nosotros el rehuír el amor, la familia, la caridad, etc., y enfocar todas las actividades del sér hacia el movimiento. A mi modo de ver la una y la otra son insostenibles, y en la hora misma que atravesamos se busca el romance y el alimento idealista en la exageración de ciertas artes, que se contorsionan alocadas en busca de originalidad, de interés espiritual y de misterio. Observe el drama, la pintura, la poesía, el cinematógrafo, para sólo citar un poco y nada más. El mundo no carecerá de interés mientras exista anhelo en el alma, y el anhelo subsistirá mientras haya vida juvenil en nuestra sangre.

Aquí en este pequeño mundo de mi barco lo vuelvo a encontrar tal como lo conocí de joven. En los primeros instantes es un desordenado remolino de fisonomías en que cree uno no llegar nunca a diferenciar un nombre y, aun menos, un espíritu. Y no transcurren muchas horas sin que se vaya sedimentando la confusa mezcla y constituyendo grupos de afinidad, parejas de recíproca atracción instantánea, por modo tal que al tercer día van paseando por el puente en conversación efusiva seres que nacieron en los extremos del planeta y que ayer no más se miraron a los ojos por primera vez en este mundo.



¿Cuántos sentimientos los mueve? Yo paseo lentamente por en frente de los grupos que reposan en las sillas de extensión en los sitios más abrigados, y en un chispazo de los ojos descubro el impulso íntimo que los lleva a sonreír, a hablar, a plegar de cierta manera los vestidos flamantes de color y de limpieza, casi todos estrenados en este día. Un chispazo de los ojos de simpatía nada más, admiración en cualquier forma, o un tímido reclamo de amor a veces. Hay más, innegablemente en el ánimo de mis compañeros de viaje, pero estos tres movimientos de sociabilidad, de vanidad y de amor, atizados igualmente por una intensa curiosidad, es el alma humana que juguetea ante mis ojos sobre el suelo recién lavado aún de este puente. Anoche apareció en el «bar» aquella rubia de ojos inquietos y hablar atropellado que echa para atrás sus rizados cabellos sin tocarlos, con una hábil sacudida de cabeza. Está hoy de seda roja finamente plegada, y parece, entre un grupo de jóvenes, en traje gris pálido o en crema, un rutilante ababol en un trigal maduro. Y qué discreta aquella señora que aún no ha llegado a los cuarenta años, y viste un traje de crespón que tiene el tono lila suave de las orquídeas, al cual adornan de los lados largos flecos. Su cara fresca aún y su cabellera os-

cura, primorosamente peinada, tienen un aire de distinción. Mira con mirada lenta en que sus largas pestañas parecen abanicar caricio-samente la imagen que las cruza, y agradece con decoro la vacilación amorosa que hay en las palabras del hombre que en este instante le conversa. Esta mujer ha gobernado ya al-guna gigantesca pasión, y más quizá, si he de fiarme de la serena gratitud con que en-tiende el amor, sin acogerlo atropelladamente. Quizá lo que este hombre le dice tiene para ella el encanto inconfesable de una reminiscencia de otras palabras que movieron el sí de sus labios, porque a veces mira al horizonte lejano, donde todos los que hemos conocido la ternura fulgu-rante de un verdadero amor lo buscamos, me-lancólicamente, por ver si aún surge entre el misterio del lejano azul, en la línea vagarosa en que se diluyen el cielo y el mar.

Más me impresiona, sin embargo, esta otra mujer que se ha paseado anoche con una se-ñorita de compañía. Es un espíritu rebelde, su-frido, altanero, que parece odiarnos un poco a los hombres. Habla portugués y alemán, tiene de las dos razas algo también en la fisonomía, en que la blancura de la piel y el oro de los cabellos del Norte se han tostado a los rayos del sol brasileño, y los ojos no sabría decir si son de ágata o un poco verdes en el centro



del iris. Nos desprecia, mas luégo de acos-tar a sus dos niñitas, ha echado sobre sus espal-das un primoroso mantón de Manila, color de crema con grandes ramajes rojos, cuyos lar-gos flecos tocan el suelo formando desde la cintura un triángulo impecable. ¡Qué bellamen-te anda esta mujer! Tiene el ritmo de la mar-cha en la legítima proporción de su cuerpo, de sus manos, de sus ojos, con un no sé qué de impaciente movimiento de cabeza cuando la miran intensamente los hombres, como quien aparta de instinto un amargo pensamiento. Se ha paseado largamente, girando al rededor del puente sin cambiar de dirección ni detenerse, un poco aprisa en su airosa esquivez. Nos desprecia cuando nos mira, y no obstante nos mira su desprecio. Su cuerpo avanza como re-huyendo la presión cariciosa de los ojos que la siguen, pero afirma su emoción en su mismo desafío. Cualquiera que sea su edad, sólo tie-ne veinticinco años. Y no ha amado aún. Ni es mujer de amar al azar de los encuentros. Su gran pasión, que la tendrá sin duda, esta-llará en el seno de sus intimidades por el hombre que sepa acariciar su mismo despre-cio por los otros, quizá su médico, su comi-sionista, el profesor de sus niñas o algún pa-riente gentil. La he contemplado de muy cer-ca, y desgraciadamente da a su fisonomía el

aire altivo y despectivo a la vez de la mujer americana del Norte, hasta el punto de que me hizo suponer que quizá hubiese sido educada en los Estados Unidos, mas la manera de andar y, sobre todo, de estar de pies no es la peculiar de la yanqui, la cual pocas veces sabe darse una bella posición estatuaria, una armoniosa posición a su cuerpo cuando está de pies, dañando un poco así la esbeltez de sus formas vigorosas y flexibles. Y esa mirada americana me intranquiliza, porque su sequedad de ave de altanería, no armoniza con la misión delicada de la mujer, de la virgen, sobre todo, que ha sabido siempre mover el mundo con la tímida caricia de unos ojos suaves. Mas el gesto de esta mujer no es tan duro por naturaleza como por sufrimiento. Sus mejillas tienen una palidez crema que un fino vello, poco visible por su mismo color, me indica que padece de una perturbación crónica, a la cual no son del todo ajenos o su maternidad o su marido, y que en parte explica su desconfiado continente ante nosotros.

Al rededor de estas tres mujeres girará la comedia, el drama y la tragedia posibles en nuestro pequeño trasatlántico, si es que las hubiere. A mi me corresponde en esta vida el discreto papel de acariciar los niños, un poco en recuerdo de la mía, un poco, también, por-



que ellos son la discreta manera, única a mi edad, de acercarme a las mujeres jóvenes. Me corresponde, otrosí, la misión social de entrenener el ocio de los mayores en edad, dignidad y gobierno. Y, en efecto, ya aquella señora de sesenta años, bien conducidos al parecer, y cuyo collar negro y blanco disminuye a cincuenta y cinco justamente, me ha sonreído al retirar un poco su silla para que la mía aprovechase mejor situación al lado suyo. Hemos conversado largamente informándonos de la geografía y de la sociología de nuestros respectivos lugares de habitación, y ya casi tenemos suficiente intimidad para reñirnos. Comprendo que será mi mejor camarada de viaje, pues conoce todo el mundo visitable y ha vivido en las ciudades que a mí me son caras. Está locamente enamorada de una hija que habita en Londres, que sabe todos los idiomas cultos y los habla sin acento, que es muy inteligente, ha leído parte de tres o cuatro literaturas y está casada con un comisionista que tiene de todas las razas, inclusive, un poco, me dice esta nueva amiga, de Israel y de Judá. A mí me parece que ella tampoco carece de estos ascendientes bíblicos, cosa que me divierte y agrada, a pesar de haber vivido entre alemanes que tan de reojo los miran. En fin, lo cierto es que esta muy culta y gentil

señora me ha dado un susto inefable ayer noche, y a Dios gracias que era bien entrada ya la noche, porque, piense usted, me ha hablado de mi suegro, como de persona conocida, y me ha hablado de mí mismo por referencia. ¿Supone usted la cara de Tutankamen si pudiera escuchar, como yo, lo que se dice de él después de sepultado oficialmente? Un delicioso escalofrío recorría mi vieja columna vertebral, deshabituada ya a tan fuertes sacudidas, cuando esta parienta de Sara y de Judih—¿de cuál de las dos más?—yo no lo sé, me habló de Nilse y del esposo de Nilse, que había muerto en un viaje, un poco impremeditado, un tanto inexplicable, según se dijo entonces.

Jamás de los jamases, como dicen nuestras gentes con una superlativa exageración, tuve un movimiento de curiosidad remotamente comparable a éste. Temblaba visiblemente de todo mi cuerpo, y temblaban más que todo mis labios al preguntarle por Nilse. Nada en realidad sabía ella, ausente de Europa durante largo tiempo ya. Pasado este primer estado de emoción desconcertante, la hice hablar algo más extensamente de mí y de mi esposa. Y tuve la indecible alegría de comprender que en el ánimo de esta señora perduraba una leal y sincera estimación. Mas tuve, eso sí, la desagradable certitud de ser un muerto insignificante.—¿Qué quiere usted que le diga de ese señor? añadió mi amiga, si era como todos los señores probablemente, ni mucho ni poco, loablemente ilustrado, honorable y bueno. Al menos así me parecía a través de los encomios discretos y cordiales de su suegro. Empero, aguarde usted, pues algo recuerdo ahora haber oído decir sobre que Nilse no era del todo feliz en su matrimonio. ¿Quién me lo dijo, quién pudo decirlo? yo no lo sé, ni hace gran falta el saberlo. Mas algo grave habría, porque ella fue la perfección andando, y no se diga en cuanto a discreción. Ustedes los hombres... ¿verdad?



Fue justo que riñera un poco con mi amiga por esta frase que afectaba la sagrada memoria de un muerto tan querido como me era yo. Mas, en verdad, no insistí mucho en la defensa de los hombres, porque me preocupaba este raro descubrimiento arqueológico de que yo era un muerto insignificante. Excúseme usted, pues tengo razón de sobra para insistir, que le diga que esa noche dormí mal, peor que mal, pésimamente, sintiéndome ser un muerto insignificante. Y sólo concilié un poco de sueño cuando de filosofía en filosofía llegué a esta conclusión de que sólo la complacencia íntima de nuestra propia dignidad es norma fiel de conducta, pareciéndome los otros

motivos morales bastante aleatorios en comparación de este principio de una estética de la personalidad.

***

Una de las cosas que más me han sorprendido en mi función de muerto es el sentir que poco a poco asumo el papel con una relativa convicción. Anoche contemplaba desde la proa el horizonte penumbroso del mar, y entrecerrando los ojos para darle a la masa de las aguas la curva que forman, abarcaba el conjunto como la superficie de una esfera de algunos kilómetros de extensión, y me sentía navegando sobre el dorso de un planeta pequeñito bajo la inmensidad del cielo sideral, insondablemente remoto. En estas circunstancias mi yo se destacaba en mi conciencia como una entidad solitaria en los abismos, tan desamparada e incierta de sus rumbos que se apoderó de mi alma el miedo misterioso de ser y la angustia de una falta de sustentación espiritual. ¿Cómo hallar la sociedad en que mi conciencia pudiera seguir actuando al desligarse del mundo sensible? Esa conciencia sin sujeto para su actividad se disuelve en el vacío; y esta disolución me desconcertaba todos mis instintos y me hacía conocer, emotivamente, lo que los antiguos llamaron el «horror del vacío», que aplicaron a la naturaleza en general, pero que inconscientemente obró en su ánimo para la creación del mundo suprasensible a que han llegado los místicos y filósofos de todos los pueblos con una desconcertante similitud.



Y este miedo instintivo del vacío, esta angustia de una falta de sustentación espiritual, me hizo ver claramente cómo la muerte sólo es tolerable en el bullicio de la vida, y por qué la afrontamos tan heroicamente en presencia de las multitudes, en los combates, por ejemplo, o entre la música y la alegría de los convidados de un festín. Esta camaradería desconcertante de la vida con la muerte se manifiesta en la facilidad con que el amor, fuente de la vida, conduce a su abandono cuando no logra satisfacerse o toca los extremos de la saciedad. Mas sin estas condiciones, ¡qué melancólica es la proximidad del vacío, de la disolución espiritual en el vacío! La percibimos con máxima nitidez en los momentos de inenarrable pavura que acompaña los sueños angustiosos, en que el peligro obra directamente sobre el instinto de conservación sin ninguna protección posible, la desnuda agresividad del peligro ante la desnuda impotencia del yo, creando así un estado de concien-

cia intensamente luminosa de nuestro desamparo, de nuestra fragilidad y de nuestro dolor.

Y algo así me conturbaba anoche al verme solitario entre la callada soledad del cielo y la callada soledad del mar.

***

Esta mañana he encontrado el porqué de mi gran pesimismo de anoche, que no fue sino el pequeño golpe que asestó a mi vanidad la señora aquella conocida de mi suegro. Ser insignificante constituye probablemente, aun para mí, un motivo de depresión, y equivale a un vencimiento. Hé aquí, pues, todo un tratado de filosofía que nació de la vanidad ofendida de un muerto civilmente. Y he pensado en una nueva dificultad de la vida del hombre, esta de crearse una dignidad en el vencimiento, la estética del vencido. Ya Velásquez nos dio un ejemplo en su cuadro de Las Lanzas, mas aquello hace referencia a actos heroicos que en el fondo escudan la dignidad personal, y hacen del vencimiento un mero golpe del destino: es, también, el caso de la tragedia griega en que la lucha se entablaba entre un héroe y un dios. Mas el vencido en la lucha igual de la vida ordinaria, el incapaz, el mediocre, ¿pudiera tener, similarmente, alguna actitud noble? En la historia se presentan varias soluciones, entre las cuales la rebeldía rencorosa, que ha entrado a la literatura cristiana como una posible situación de ánimo del Lucifer vencido; la subordinación leal al destino, o «fair play»; y la inacción definitiva de una voluntad enferma de fracaso. Me parece que una subordinación leal al destino, que es la norma de los pueblos bárbaros en sus luchas, los cuales colaboran con el vencedor, nos permite llenar con algún decoro la escasa misión que nos deja el vencimiento; lo cual corresponde en la lucha cotidiana impersonal al empleo de la actividad en la esfera de nuestra eficacia. No es propiamente la resignación hipócrita del eunuco de corte, sino aquella otra actitud de los príncipes, no importa si de hombres o de dinero, que ennoblecen su nueva posición en la vida adversa aportando a ella la lealtad de un esfuerzo decoroso, es decir, sincero y adecuado.



Este decoro de la personalidad o estética de la personalidad, ha sido desarrollado por el pueblo inglés, cuyo reposado continente, aseo personal, respeto de la palabra empeñada, desprecio de la mentira, reserva pudorosa de sus sentimientos, vicios y pasiones, tolerancia de la conducta y opiniones ajenas, hacen de él un glorioso espécimen de humanidad, a pesar

de sus defectos tradicionales de nación imperialista y mercantil. Cómo se aprecia todo esto al estudiar el carácter de aquel otro gran pueblo de Europa, a quien la humanidad debe tánto en ciencias y filosofía, y que, sin embargo, descuida un poco el preciado dón de la estética personal, cuando se abaja ante el superior, engaña al igual y ultraja inmisericordemente al inferior o meramente subordinado. Y cómo provoca poder analizar sinceramente tántos defectos de tántos otros pueblos, el nuestro latino-americano, sobre todo, sino que el patriotismo, como las mujeres, no perdona nunca, por más noble que sea nuestra intención, una publicidad desfavorable a su orgullo.

***

Una vez en París siento como si hubiese terminado mi viaje y llegado al lugar de la prueba que mis sentimientos me han hecho emprender. Las diligencias iniciales de investigación no me cuestan ningún esfuerzo, porque de ellas se encargará una agencia de información privada. Mientras tanto voy visitando la querida ciudad con la emoción de un hijo pródigo.

Me ha sorprendido el comprobar el poco



espacio que uno ocupa en una ciudad como ésta, efectivamente. El exagerado presentimiento de emoción que el «todo» París despertaba en mi espíritu se reduce en la realidad a tres o cuatro rincones predilectos. Es el paso por la rue Georgeville o la Square du Roule, donde vivimos antes, el ir a comer al restaurante en que de ordinario lo hicimos durante largo tiempo, un paseo en la tarde por el Parque Monceau, nuestro cinematógrafo preferido, una visita a la Sorbona y a los hospitales en que estudiámos, y con ello queda reanudada nuestra vida parisiense como si nunca nos hubiéramos alejado. Y todavía la parte evocativa de la grande urbe es más restringida, si se quiere, pues yo he sentido a «todo» mi París en tres pequeños pormenores que se enlazan con la iniciación de mi vida en él: el perfume de las calles, el grito de los mercaderes ambulantes de frutas y los taxímetros. En entrando a la estación del ferrocarril ya percibí el perfume de las mujeres parisienses, y hasta pude diferenciar las distintas esencias, los perfumes ácidos que repelen mi temperamento, los muy azucarados que me empalagan y aquellos otros de un olor ligeramente vegetal, como el Oro de Coty, que se avienen mejor a mi capricho. En esto de los perfumes, como en la selección instintiva

guno de estos gorriones, ni de los millares de pequeños insectos que pueblan el aire parece haber cambiado desde que me fui, y para mí su identidad es absoluta; y aquellos automóviles, los caballos que tiran de ese enorme carro, y el tranvía de la Avenida de Courcelles con su conductor y las gentes que van platicando ahí dentro, todo es igual. Miro a los niños que juegan con la arena al rededor del banco en que me he sentado y no puedo distinguirlos de aquellos que hace largos años ya contemplaba ahí; la pareja de enamorados que ocupa las sillas de enfrente la dejé en la misma plática, hace un octavo de siglo. ¡Dios mío, que es de sentir el vértigo de la desorientación psíquica el ver unos seres que no son los mismos que son! Esta niñita que se me acerca a preguntarme qué hora es, y aquella otra que está repartiendo migas de pan a los gorriones estaban aquí en aquellos tiempos ya lejanos, y hoy son ellas mismas sus propias madres que se han enviado a jugar de nuevo. La individualidad se me aparece en este instante como el número: decimos, uno, y preguntamos, ¿un qué? Un mundo, un guijarro, dos unos que pueden contenerse el uno al otro trillones de veces. Así esta individualidad es el adjetivo numérico de la acción, de lo que seamos capaces de realizar en este fugaz momento en que nos es dado recorrer las dos o tres rutas del mundo que habitamos.



***

Decididamente aquella señora trajo por misión de su vida el hacerme divagar a mí en torno de los problemas de la relatividad. Felizmente hoy no me había acordado de ella, y antes bien absorto estuve en consideraciones de un realismo punzante, esta vez indiscutible. Ello es que fui a visitar el departamento en que vivimos Nilse y yo. ¡Qué grande sentía el corazón palpitar dentro de mí! Me estorbaba a veces la respiración, y parecía querer asomarse por las venas de mi cuello. No lo sé de cierto, mas lo supongo, que de igual manera el salvaje se acercará al sitio consagrado a sus reyezuelos y fetiches. La proximidad de la casa, el número de su portón, el zaguán, en fin, se iban apoderando de mí como esos cilindros potentes de los molinos de caña de azúcar que atrapan cuanto los toca con un vigor lento, impresionante, comparable a la garra implacable de la fatalidad. No he tomado el ascensor, quise subir una a una las gradas alfombradas de rojo de esta escalera por la que tántas veces descendí, alegre el corazón en ocasiones, lentamente, otras, agobiado por

algún presentimiento, hasta aquella final en que la miré largamente, con el dolorido amor de un adiós supremo. ¿Qué? He oído pasos y voces del lado de adentro, y olvidado como estaba de mí, temblé porque parecióme llegar en este instante a mi casa y oír las voces de mi gente. Una ausencia mental enrolló el tiempo transcurrido, juntando dos instantes remotos, por que yo estuviese, un décimo de segundo nada más, en el umbral de mi otra vida.

Y, miseria de la flaca condición humana, fue preciso descender, no ocurriese que alguien tomara mi actitud por la de un ladrón de domicilios.

Descender y hundirme al azar en el laberinto de la ciudad, como la sombra vagabunda de un hombre que fue.

***

A medida que me acercaba a Madrid, obtenidos ya todos los informes necesarios, mi personalidad iba disminuyendo, hasta el punto de vacilar de mis proyectos y creer una estupenda necedad cuanto estaba realizando. El movimiento imperceptible de la hoja de un árbol me hubiese hecho cambiar de dirección, porque tenía mi voluntad en blanco. Jamás había sentido mi vida reducirse a tan nimia cantidad potencial.



Y sin embargo, acababa de recoger el máximo triunfo a que un hombre puede aspirar en el amor, dadas las condiciones del que cambió el curso definitivo de mi existencia. Nilse había permanecido sola con nuestra hija, sin contraer nuevo matrimonio. ¿Por qué? Tánto allá no podía yo saberlo, y quizá nadie, al fin y al cabo, lo sabría. Pudo ser un desencanto de la vida, un desprecio del amor que así torturó su espíritu, sin darle satisfacción a los grandes ideales de virgen, a aquellas fascinantes ensoñaciones de su corazón juvenil; ¿o realmente consagró a mi recuerdo una fidelidad póstuma?

Ante estos datos yo permanecía como abrumado. Porque la gigantesca alegría de la primera hora en que supe que ella guardaba una reserva absoluta de su corazón dentro de una viudez decorosa, ese triunfo con el cual yo no soñé siquiera, y que una vez conocido me hizo pasar horas inefables de exaltación en que ni sabía de mí, arrebatado por una embriaguez de dicha, cual nunca conociera antes, tan arrobadora que tuve que vigilar mis gestos y mis palabras, no fuesen las gentes a tomarme por un loco, ya que hablaba solo, me reía solo, paseándome horas enteras en mi alcoba, sin poder reposar ni comer ni dormir, en una exaltación irrefrenable; ese triunfo, al parecer in-

verosímil, por lo inusitado y supremo, descoyuntó toda la energía que hasta entonces movió mis pasos y alentó mi espíritu.

¿No lo entiende usted? Ante esta realidad, ¿qué podía yo presentar en compensación? Mi muerte me impedía vivir de nuevo decorosamente al lado de Nilse. La vida había continuado construyéndose sobre la base de esa muerte, y sin romper mi dignidad o la de los míos, me estaba vedado volver a vivir.

Entonces me di cuenta exacta de que en realidad había muerto. Sin una relación social posible, no cabiendo dentro de la ordenación normal de los otros seres, nuestros semejantes, yo comprendí al fin que existir individualmente es en el fondo de la más rigurosa realidad una abstracción, y que nuestro orgulloso yo venía a reducirse casi a un ente de razón, como dicen los estudiantes de filosofía.

Y en esto meditaba recorriendo la España del norte, entre la frontera y Madrid. Casi no determinaba lo que iba pasando ante mis ojos. Por la admirable perspectiva de su bella catedral gótica reconocí a Burgos, apenas si me di cuenta de las fértiles planicies que preceden a Valladolid, cuyo nombre de impecable eufonía castellana me sacó por un momento de mis preocupaciones, cual una banda de música que pasa por frente de nosotros, rompe



por un instante toda preocupación y nos deja temblando unos segundos de emoción agradable. Luégo volví a despertar un poco al llegar a Segovia, apenas si vagamente presentida detrás de las desnudas colinas grises que la esconden, mas evocadora siempre de nostálgicos recuerdos, por ser quizá la madre de tántos pueblos y pequeñas ciudades de la América española.

De resto, poco más supe de mí hasta llegar a la capital modernizada y luminosa de todas las Españas, la ciudad que goza de la atmósfera más transparente del mundo. Y casi casi que al entregar mis maletas al mozo de estación me atrevo a decirle, tómeme a mí también, que soy como un equipaje olvidado en medio de la vía.

***

Mas, ¿cómo es esto? Ha surgido en mí un interés extraordinario, que me saca del abatimiento en que me creía definitivamente postrado. ¡Pobres seres, nosotros, que no sabemos lo que se nos espera al minuto que sigue a este instante! Y pensar que hablamos siempre como si de nuestro espíritu surgiesen las reacciones conscientes que van formando el engranaje de la vida. Hoy encuentro feliz todos los

sacrificios realizados, porque está en el primer plano de mi conciencia la visión anticipada de mi hija, y tiemblo de la emoción que me aporta el presentimiento de ver a esta pequeña criatura que llena con su endeble persona el horizonte universal que se enfrenta a mi espíritu. Si hasta me parece exótico que estas gentes que cruzan la calle cerca de mí no vayan hablando de ella, del único sér que existe en esta ciudad de un millón de habitantes. ¿Cómo es que no la han visto, y que, en viéndola, prosiguen así, indiferentes, su vida cotidiana?

Me asedia una enorme curiosidad, porque, si es cierto que yo tenía de ella una imagen definida cuando estaba lejos, hoy se me ha borrado y ya no podría verla interiormente con la misma nitidez. Comprendo ahora la estupenda emoción y curiosidad anhelante de aquellos príncipes de las leyendas medioevales que recorrían el mundo en busca de la amada incógnita que habían de desposar. ¿Se figura usted su emoción cuando, al volver de la última curva del camino, se destacara por vez primera ante sus ojos el castillo feudal donde ella les estaría esperando, vestida de una larga túnica de seda blanca, los rubios cabellos trenzados por delante del pecho y azules los ojos que escrutasen, soñando, la apagada lejanía?



—Entiende usted? El romanticismo no está lejos de la realidad, como lo afirman quienes sólo encuentran real y realizable la media docena de gestos instintivos en que se encauza nuestra emoción cotidiana, sin querer darse cuenta de esta peculiar inclinación del corazón humano a exaltar y a exultar ciertos aspectos preferibles de la vida, a la manera que la retina no distingue a la distancia sino la aguja más alta de los templos de una ciudad, la más erguida copa de los árboles de un bosque, y los picos nevados de las altas cordilleras. Magnificación e idealización que nada tienen de disparatado, ya que en el fondo de nuestro espíritu nosotros no luchamos por adquirir esas mezquinas trivialidades que el análisis de un implacable realismo, de un verismo irreverente, considera como la nuez y médula de la vida humana, sino que busca, e interiormente contempla, el candor inasible del sér, aurora boreal que no puede analizarse como cualquier aerolito de acero niquelado, mas que ilumina, sin embargo la penumbra del futuro y la penumbra del anhelo, como esotra la penumbra callada de las noches boreales.

***

Y cómo es difícil salvar los obstáculos pequeños de la vida. Pensar que hace ocho días que persigo anhelante, el momento de ver a mi gente, sin lograrlo con la discreción que me es necesario guardar. Ocho días en que paso dos veces, es decir, mañana y tarde, por frente de esta casa que va adquiriendo para mí un mutismo de magia. He contado sus ventanas y calculado a cuál podrá corresponder el departamento que ellas habitan, sin atreverme nunca a realizar lo que cualquier ente de la calle, cualquier comprador de ropa vieja, o vendedor de baratijas, está autorizado a hacer, llamar a la puerta y entrar por un segundo, verlas, hablarles, en fin. Sólo yo, que he recorrido siete mil kilómetros para hacer esto mismo y nada más, permanezco incapacitado en las próximas esquinas de esta calle. Quizá ante el derecho natural, y ante el derecho de los hombres, yo podría avanzar tranquilamente por esa escalera y llamar a una puerta, y entrar a la sala, a las mismas alcobas, apoderarme del domicilio y gritar a todos: soy yo. Y sin embargo una voz interior que no está codificada aún, pero más imperativa que todas las legislaciones humanas y divinas, el decoro, me retiene melancólico y abúlico cerca, al parecer, de este hogar, mas en verdad de verdad casi tan distante como cuando de él me separaban un mar y medio continente. Esa distancia espiritual que tántas veces hemos medido y hallado infranqueable ante una mujer hermosa que se ha sentado al lado de nosotros en la misma banca del tranvía. En las antípodas sólo estaría a veinte días, veinte cortos días de distancia, mientras que ahí a nuestro lado parece ocupar la otra ribera de la eternidad.



He pensado que lo mejor para mí es alojarme en esta misma calle, lo más cerca posible de la casa que ellas habitan, no sea que se me tome al fin y al cabo por un ente peligroso que espía el vecindario para hurtar; y al efecto, me he decidido por lo que primero se presentó, un rincón humilde, que tiene, eso sí, una ventana a la calle. Y ahí me tiene usted desde anoche presa de una deliciosa agitación, porque ya vivo honradamente en este barrio, y podré pasar horas enteras en mi nueva vida de espionaje. ¡Ah! y cómo he comprendido el valor vital de la esperanza esta vez. Tener algo qué hacer en la vida, amar una hora que ha de sonar, que se está elaborando lentamente en las entrañas del tiempo para nosotros, una hora cuyas campanadas vibrarán en el ambiente con una nueva y rara mu-

sicalidad. Ahí tiene usted lo que es la vida sustancialmente, la elaboración de un futuro: porque me parece que soy yo el que arrancará a la cantera de la eternidad informe esta hora que es mía y que yo aportaré al haber común de los hombres. La hora que yo arrancaré a la eternidad. Mas, ¿cuál de todas éstas es al fin? No importa su tardanza, desde la pequeña ventana de este cuarto piso yo la atraparé al paso, y no serán más sonoras las vibraciones del bronce que vibrante el choque de mi sangre en las arterias.

***

¡Ahí están! Lo he gritado así al verlas salir de su casa. ¡Ahí están!, he gritado para que mi alma lo oyese bien, para que no creyese que la engañaban mis sentidos. Y he quedado mustio, tembloroso, sonriente, con la sonrisa alelada del éxtasis ante estas dos mujeres que trazan la órbita de mi vida. ¡Dios mío, y qué bella es mi hija! Tiene la deliciosa risa de su madre, pero me parece menos reservada, más efusiva en el mirar de sus ojos, y marcha con esa elegante desenvoltura de las mujeres de las grandes ciudades y de las mujeres que saben que al moverse mueven la esbeltez de un cuerpo digno de admiración.



Vacilan sus formas, como vacila su edad entre señorita ya y niña aún, mas se presiente que su carácter va quemando las etapas, porque ante una leve vacilación de su madre la toma del brazo y, burlándose de ella con un delicioso reír de imperativa voluntad, la lleva consigo.

¡Bendito Dios! Jamás sér alguno sobre la tierra de los hombres fue más feliz que yo ahora.

***

¿Le había dicho yo a usted que he sufrido? Mentira. Nunca he sufrido. Esta felicidad que me embarga llena también el pasado, con un delicioso fulgor.

Se han deslizado los días en un estado de alma confuso para mí, que yo no conocía ni me era posible prever antes. Es algo como la mezcla de un anhelo con sumisión de la voluntad, que ahora comprendo existe normalmente en el sentimiento de la paternidad. Cuán diferente es del otro amor, de suyo tan imperativo y precipitado en sus resoluciones. Este no, verá usted: paso muchas horas en la expectativa de un segundo, el necesario para ver a mi gente salir y cruzar la esquina próxima en busca del tranvía; y como no puedo seguirlas sino de tarde en tarde, aquí me tiene usted como

esos eremitas del desierto que se alimentaban de poco pan y agua, pero siempre felices por la compensación que derivaban de su exaltado sentimiento.

Mas he hallado lentamente el derrotero que siguen, y casi casi vivo con ellas el curso normal de sus horas. Estoy seguro de que podría sentarme al lado suyo sin que me reconociesen, mas no me he atrevido a hacer esta tentativa, temeroso de mi misma emoción.

El otro día me di cuenta de este peligro, porque pude escuchar la voz de mi pequeña por primera vez. Y fue ello así: que tratando de tomar el tranvía en momentos de afán y de relativa aglomeración que a mí me permitieron aproximarme un poco, ella, que iba con dos de sus tías abuelas, quiso avanzar a tiempo que pasaba un automóvil y la regañaron, asustadas las otras, a lo cual ella les replicó, entre vanidosa y cariñosa: «Vamos, que me hace gracia que cuidéis tánto de mí, cuando yo sé defenderme». Y bien pudieran haberme matado a mí todos los automóviles del mundo sin mover un paso al oírla hablar así, con aquel acento tan castizo, de ceceo y pluralidad de segunda persona, ese «vosotros» tan arrogante y decidor, que hemos perdido en América, y aquella v labidental, y la c que acaricia el oído como un plumón de seda, como una intención



furtiva de besar. Y luégo era para mí como si oyese de sus labios el mismo tono volitivo del gran carácter de su madre, aquella su instantánea resolución, franca y segura de sí, todavía con un mimo de timidez infantil, en los ojos apenas. El esfuerzo que he tenido que hacerme para no tomarla en mis brazos y llevarla conmigo, como un raptor guerrero de las viejas luchas entre moros y cristianos. El acto heroico cotidiano, sobre todo el acto heroico de renunciación, exige de nosotros una fuerza de voluntad muchas veces mayor que otra alguna, por lo continuada y consciente, aunque no luzca su mérito ante el mundo, apagada como suele permanecer en la intimidad del alma.

***

Querido amigo: el día de hoy vale por los veinte mil y tantos de mi vida anterior. ¿Quiere usted que le diga la exacta verdad? Pues bien, yo no sabía qué era una emoción de felicidad suprema. Y, asustado, me pregunto: ¿Cuántas actividades duermen en nosotros que la vida no ha tenido ocasión de revelar en toda su potencia augusta? Y cuantos millares de millones de seres van muriendo sin saber ni remotamente que han llevado consigo tesoros,

caudales ingentes de vida interior, que pudo estallar en fulgurantes emociones de una gama desconocida para ellos?

¿Qué me ha ocurrido?, se preguntará usted al encontrarme tan fervoroso en mis expresiones, y quizá vacilando un poco ya de la ecuánime actitud de mi espíritu. Nada raro, en verdad, nada exótico, seguramente. Mas sí algo que asume en un segundo la representación total de mi vida y me compensa de cuantos fueron mis dolores, con tal exuberancia que me parece mentira o mera ilusión el que los haya experimentado.

Y ello ocurrió, como todo en la naturaleza, con una inefable sencillez, con la espontaneidad con que la luz ilumina, o avanza, callada, la corriente de los ríos. ¿No ve usted?: aprovechando de que ya conozco todos sus pasos, las he aguardado cerca del tranvía en la próxima estación terminal, y dejándolas subir adelante, he entrado discretamente y me he sentado en la banca que quedaba a sus espaldas, protegido por un periódico que me escudaba para contemplarlas a mi antojo. Yo sé a dónde van, y de ello hablan, porque es día de ir al banco. Recorreremos juntos muchas cuadras hasta cruzar la calle de Alcalá, donde ellas tomarán esa vía hacia el centro y yo seguiré no importa a dónde. Mas, no:



es preciso que le cuente a usted antes lo que es estar lado a lado con los dos seres que encierran el misterio y el encanto de mi vida sin poder entrar en relación con ellos. Mi impresión fue primero meramente emotiva, un verdadero estado de confusión mental en que me hubiese sido imposible contestar la más insignificante pregunta ni darme cuenta de lo que pasase a mi alrededor. Mas luégo surgió en mí el análisis de esa rara situación en que éramos tres y sólo éramos dos, que no hacíamos sino uno: tres para el que nos mirase, dos en el pensamiento de ellas, y uno en mí, porque me parecía que mi amor nos englobaba en una común espiritualidad, en un solo sér en ese instante. Y pensaba yo en cuán rica es la espiritualidad que ha adquirido el hombre, que puede sustituír a la realidad sensible otras recóndidas realidades. Con alargar veinte centímetros mi mano podía tocar sus hombros reunidos y despertarlas a la enorme verdad que tenían inconscientemente cerca de sus ojos. Eran dos mundos que ahí se conjugaban sin contradecirse, a pesar de su absoluta contradicción: el mundo de ellas con relación a mí y mi mundo con relación a ellas. Y comprendí cómo la vista nos obsequia una posesión que está muy poco distante de la propiedad, porque para mí eran mías en ese instante,

aunque yo, para ellas, no existiese en el mundo. Yo con ellas, y ellas solas, eran las dos realidades que no podía descifrar en ese instante, pero que me asediaban como un tema de inconsciente preocupación.

Y ocurrió que al desembocar a la Castellana mi pequeña se arregló un poco el cabello y, sacando un espejo diminuto de su pequeño saco de mano, se miró a él. Entonces su madre le dijo en voz baja y cariñosa: «¡No seas coqueta, hija! ¿Qué diría tu padre si te viese?» Y la pequeña, con una instantaneidad que yo conocía en su madre ya, y con un gesto de caricia, fingido reproche, adorablemente expresado con los labios y los ojos a la vez, replicó: «¡Me querría más que tú!»

Era verdad, una irrefutable verdad, que yo vivía entre las dos, que mi espíritu, idealizado, era la norma educativa y afectiva de aquellos dos seres, para mí supremos en el mundo.

«¡Me querría más que tú!» ¿Comprende usted todo el aroma de recuerdos íntimos que encierran esas cinco palabras para el hombre que se creía muerto en el espíritu de los que amó siempre?

Le confieso a usted que no soy capaz de absorber toda la felicidad que inunda mi alma, porque es ciertamente cual una inundación, y estoy como alelado y fuéra mí.



Cinco palabras que rompen, como un hálito divino, los muros que formaron doce largos años de dolor. Cinco palabras.... ¿Cómo negar que la humanidad se hizo el Verbo?

***

Al leer las páginas anteriores que llevarán a usted el recuento de lo más sustancial de mi existencia en estos últimos meses de mi vida, me ha sorprendido, y por un instante desconcertado, la ausencia injusta de toda opinión al rededor de Nilse. Es como si no la hubiese visto, o como si ella mereciese de mí un concepto poco favorable. Y no es así: mi razón tiene para ella el encomio más desinteresado que pueda darse; mas hé aquí que mi sentimiento parece dolorido aún, pues esquiva el nombrarla. He pensado que no soy el hombre moderno, sino que, a pesar de la confusa mezcla de razas que hay en mi sangre, prevalece en mis reacciones espontáneas el mudéjar celoso y rencoroso que se cruzó con mis antepasados. Porque la he querido y la quiero mientras permanece proyectada en el mundo exterior, no así si me la represento como la amada ideal y el «alter ego» de mis ilusiones. Finge mi imaginación dentro de su personalidad un no sé qué de ajeno a mí que

es como una porción de alma y de recuerdos sensoriales que el otro le dejó impresa para siempre, imborrable e inmutable ya. Su vida es un secreto que ya no pertenece a mí solo, su persona es un secreto que ya no tengo que custodiar, sino una propiedad en común con alguien. Hay otro que la puede llamar mía con tanto derecho, y aun más, que yo; y para quienes el tiempo es un dato nada más en el problema de la vida, sobre todo dentro de las realidades del sentimiento y las reacciones de la personalidad, aquello lo vemos como una injusticia insensata, pero inapelable, porque corresponde al instinto. Y mientras más la encomio a ella y más me desprecio a mí mismo, peor es para mi dolor y mi esquivez moral.

Es justo, sin embargo, decir a usted que ella sigue superándome, como personalidad que es de más noble y vigorosa contextura. Mi conducta fue guiada por un conjunto de pasiones que la sostenían y sostienen con un determinismo casi ineluctable, y es muy escaso el orgullo de mí que pudiese derivar de ella. En cambio su conducta es la de un sacrificio espontáneo de su juventud, de su belleza y de la sangre que bulle ardiente y sana en sus labios altivos y rojos. Ningún paralelo es posible entre los dos, porque yo huí como un vencido, mientras que ella se retiró de un campo lleno de promesas de victoria.



Es más grande que yo también por lo más grandioso de la lucha que ha debido empeñar consigo; porque combatía y combate el reclamo efusivo y fascinante del mundo exterior que la atrae con urgente caricia de ojos y palabras; y el mundo interno que martilla sus sienes con alocada impaciencia. Es la lucha incesante de los viejos ascetas, sin el aliciente de la gracia ni la promesa de la gloria, inerme personalidad ante el dragón sediento de vida de las piadosas leyendas. El lecho solitario de todas las noches en que despierta solitario el corazón todas las mañanas, cuando aún se tienen treinta años y ya el amor tiñó de escarlata los labios oprimidos e hizo cerrar los ojos en inefable sumisión, que no se olvida, y crece, como los ríos, al alejarse de su fuente.

Y más grande que yo, porque ha sabido encauzar sus sacrificios hacia la acción benéfica, rehaciendo en su propia hija la personalidad que un instante desequilibró una emboscada traidora del azar.

Más grande que yo, porque ella custodia mi nombre sin rencor, mientras que yo la amo rencorosamente aún, pobre bestia que soy, orgullosa de humanidad.

Cuando la observo mirar en torno el dilatado mundo, comprendo que su tragedia es gran-

de como el silencio inapelable con que sus ojos lo asombran en toda su indefinida extensión. Porque parece que sus ojos no reciben la visión del mundo, sino que lo impregnan del augusto silencio de su alma, que venció la tentación hedonista de la hora actual y se hizo una como maravillosa flor de la grandeza moral de su raza heroica; mientras que yo, con un pie en la modernidad y otro en la tradición, naufragué en la ruda transición que trajo a nuestras almas conturbadas este siglo.

***

Al lado suyo está nuestra hija que ha hipnotizado por tal manera mi voluntad que no sabría alejarme hoy un instante siquiera de su lado; que dentro de mí resume cuantos fueron mis ilusiones y sentimientos, y expresa en su personalidad el ensueño de amor que es Nilse dentro de mi alma en conjunción con mi alma misma en proyección hacia el futuro. Que es bella, y por bella y porque resume el pasado de mi especie y un no sé qué de confusos destinos por venir, se me confunde a veces con la divinidad, o con una divinidad, al menos. A su lado Nilse desaparece, desaparezco yo, y el mundo se hace un conglomerado nebuloso de cosas insignificantes.



Ayer ha dicho a su madre en el tranvía que le comprase un vigésimo de la lotería de Navidad. Y su madre le contestó con cariñoso reproche que no les es posible arriesgar tan locamente aquel dinero. Yo entonces me fijé por primera vez en todo este tiempo en que realmente su vida debe de ser estrecha, si no difícil ya, porque a pesar de la decorosa pulcritud con que cuidan de su vestir, su ajuar es notoriamente escaso y sencillo. Ante esta realidad que mi egoísta aturdimiento no me permitió ver antes, me ha invadido una gran ternura, y tuve de refrenarme ansiosamente para no decirles con el primer impulso que llegó a mis labios: «Aquí estoy yo». Luégo he luchado conmigo toda la tarde para no comprar ese billete con que sueña mi chiquilla y enviárselo por correo ¿Supone usted su encantadora sorpresa? Mas ¿cuántos ojos haría suspicaces en torno mío? Ello me será, pues, imposible.

De ahí que desde ayer me persiga la obsesión de presentarme en casa y resolver esta situación en que me encuentro.

¿Mi pequeña soñando con un billete de lotería que yo podría regalarle; darle un par de meses de embriagante ilusión, que la hiciese alegre día y noche, durante sesenta días y sesenta noches? Si viese usted la tímida expre-

sión de sus ojos cuando entabló su arriesgada demanda, segura, desde luego, de no ser atendida; y la benévola tristeza de sus ojos ante la justísima denegación, que no podía recusar.

¡Y pensar que yo he visto esto y he quedado inerte como un extraño!

⁂

¿Qué quiere usted, amigo mío? Lo he pensado largamente, y me parece que no me resta otra solución en la vida. ¡Ah, ello no es agradable ni podría serlo!

Mas, oiga usted: entrar de nuevo en la vida sin aportar una misión que la justifique es una mera cobardía de mi egoísmo. El me ha estado instigando con alucinantes promesas, hasta el punto de hacerme casi sucumbir a la deliciosa invitación de sus seducciones. Vivir con ellas bajo un mismo techo, y formar un solo espíritu los tres hasta que la vida se aleje furtivamente de mis ojos; sentir la mano de mi pequeña que enjuga mi frente y cierra mis ojos con la ternura filial de sus labios; ver en torno mío el calor sagrado de los afectos que disipan la melancolía de la soledad y del dolor.... sí, es bello de verdad, y me es indeciblemente amarga su renunciación, pero



es una crueldad para con ellas. Porque yo les aportaría sólo el cansancio de mis años y la incesante preocupación de mi enfermedad, que ya no me es posible esconder a sus ojos atentos; les aportaría un embarazo al curso normal de sus horas y proyectos, y quizá el llorar dos veces mi partida del mundo.

Y socialmente yo no puedo regresar a la vida sin hacer surgir una revolución en el juicio de propios y extraños ni trastornar, sobre todo, el alma inocente de mi hija, conturbándola para siempre con el angustioso pensamiento de un enigma.

Algo más aún: mi orgullo se anticipa a la decepción que aportaría mi pobre personalidad decadente a la juventud de Nilse y a la idealización que de mí ha hecho nuestra hija, quien de cuando en cuando contemplará algún retrato mío de la época en que aún el vigor de la vida daba un aspecto de atrayente serenidad a mis facciones. Hacerle cambiar esa imaginación que ya le es grata por una de tan inferiores circunstancias me aflige dentro del presentimiento de desengañada sorpresa que tendría en el primer instante.

¡Nó! Lo que una vez se hizo entra en el haber común de la naturaleza y no nos es dado volver atrás el tiempo y desandar la curva que han recorrido los astros. Los actos de

nuestra voluntad se objetivan en el mundo y prosiguen su camino haciendo vida aparte, como un hijo emancipado. Hé ahí por qué esa ficción de mi muerte se ha convertido en una realidad indestructible, al menos decorosamente indestructible.

En cambio, al fin y al cabo mi experiencia y mi filosofía han venido a rescatarme y me aportan un consuelo infinito, infinito como el acto que me ayudan a cumplir serenamente, hasta donde la serenidad es posible al obrar nosotros contra el delicioso refugio de la esperanza. Pues he pensado que la vida del hombre, contemplada objetivamente desde fuera de nosotros mismos, es equivalente a la acción en que se haya expresado, y que no tiene otro valor mensurable, ni puede aspirar a más. De ahí que, rota la tensión de mi voluntad para la creación de una obra de pensamiento, y soñando ya la hora de nona, no me resta sino realizar un gesto de hidalguía, y devolver a los míos, en forma de acción benéfica, lo que me resta de vitalidad, antes que la decrepitud o el dolor me obnubilen el sano criterio de las conveniencias y la ecuanimidad de mis resoluciones.

¡Ah!, y es bello lo que haré. ¿Sabe usted? Yo seré la lotería de Navidad para mi pequeña. Ese día tendrán del banco el aviso sor-



prendente de que ha sido abonado a su cuenta todo lo que poseo aún. Y nadie sabrá cómo fue aquello, pues lo haré a título de misteriosa restitución, lo cual no es mentira, sino la justa calificación de los hechos. ¿Se imagina usted la inmensa alegría de esa casa, adonde llegaré convertido en un regalo que disipa la estrechez de su vida y no da lugar ni siquiera a un esfuerzo de gratitud? Mi espíritu convertido en un regalo de Navidad para la hija adorable que continuará viviendo la vida de mi sangre y de mi espíritu con la belleza de la juventud y la alegría del porvenir que avanza como un canto de aleluya que viniese de esferas superiores, misteriosas e invisibles....

sometimiento
celos.
resignación
silencio
disimulo
paciencia
recapacitar
Pensar bien antes de obrar.
Le disgusta?.. K. K. K. - cede, cede, cede

PARECE que al decir "Las Propileas", conforme al uso común entre nosotros, en lugar de "Los Propileos", que traen los diccionarios, me he equivocado... ¿Cuándo acabará uno de aprender a escribir correctamente?

FAES

SALA DE PATRIMONIO
DOCUMENTAL
Centro Cultural Biblioteca
Luis Echavarría Villegas

BIBLIOTECA
Universidad EAFIT
100046215